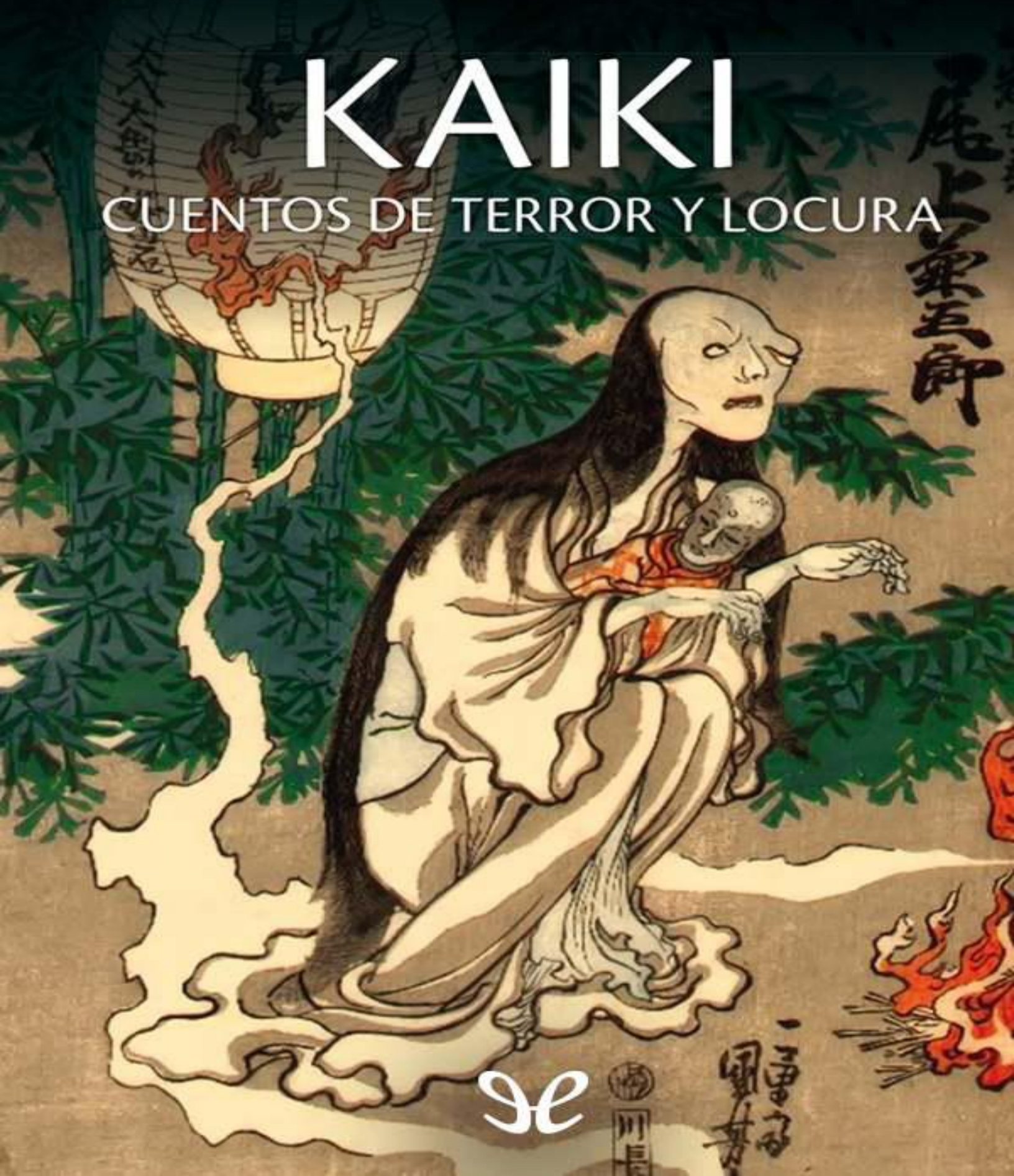


Akutagawa • Hisao • Izumi • Rohan • Tanaka • Murayama
Ôgai • Nakajima • Okamoto • Edogawa • Tanizaki • Kyūsaku

KAIKI

CUENTOS DE TERROR Y LOCURA



Hasta la introducción de los ideogramas chinos en el siglo VI, el japonés era una lengua oral que no tenía escritura. Se trata, seguramente, del país con la más amplia y antigua tradición oral. El monogataru era el oficio de contar historias oralmente y de entre todas ellas, las favoritas de los japoneses, que han trascendido más allá de sus fronteras, son las crónicas sobrenaturales y de miedo.

En esta recopilación, el lector disfrutará de una selección de escalofriantes relatos, historias que nos arrastrarán a un país plagado de mitos, leyendas ancestrales y supersticiones. Un lugar remoto y exótico en el que sus habitantes conviven con la arraigada creencia de que hay muchos tipos de monstruos, imaginarios y reales, ocultos entre nosotros.

Desde increíbles ermitaños que conservan las cabezas de sus víctimas hasta jóvenes marcados por el destino que anuncian un aciago final a los barcos en los que se suben, estos cuentos se moverán en la fina barrera que separa el mundo real del mitológico. Entre sus páginas, podremos ver la importancia vital del mar en la superstición de un país formado por más de tres mil islas o la oscuridad que ocultan los nuevos adelantos como las películas. Siempre sin olvidar la complejidad de la mentalidad japonesa, cuya fascinación puede llegar a convertirse en algo verdaderamente terrorífico.

Prepárese para disfrutar de doce inquietantes relatos que le pondrán los pelos de punta. Una lectura imprescindible para todos los aficionados a la novela gótica y de terror.





AA. VV.

Kaiki

Cuentos de terror y locura

ePub r1.0

Titivillus 17.11.2018

AA. VV., 2017

Traducción: Juan Antonio Yáñez & Isami Romero

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0





Ryūnosuke Akutagawa
(1892 - 1927)



Juran Hisao
(1902 - 1957)



Atsushi Nakajima
(1909 - 1942)



Kyōka Izumi
(1873 - 1939)



Kōda Rohan
(1867 - 1947)



Kōtarō Tanaka
(1880 - 1941)



Kaita Murayama
(1896 - 1919)



Mori Ōgai
(1862 - 1922)



Kidō Okamoto
(1872 - 1939)



Rampo Edogawa
(1894 - 1965)



Jun'ichirō Tanizaki
(1886 - 1965)



Yumeno Kyūsaku
(1889 - 1936)

Prólogo

Kaita Murayama (1896-1919), autor de *La lengua del diablo*, es un autor poco conocido en nuestros días. Desde el instituto se había sentido atraído por la literatura de Charles Baudelaire y Stéphane Mallarmé. Además, es famoso por la vida extraña y destructiva que llevó. Es uno de los representantes más claros del Decadentismo japonés. No solo escribió novelas; mostró un gran talento en la poesía y en la pintura, pero murió a la temprana edad de veintidós años.

Kidō Okamoto (1872-1939), autor de *El demonio del cabello blanco*, empezó su carrera profesional como periodista. Tras obtener cierto reconocimiento como crítico de teatro empezó a escribir libretos para obras de kabuki, normalmente versiones de obras antiguas pero también algunas nuevas. Más tarde llegaron sus obras de teatro moderno, las novelas negras y los relatos de fantasmas, algunos de ellos publicados por Quaterni. Finalmente fue nombrado miembro de la Academia de Artes de Japón, siendo el primer dramaturgo en obtener tal membresía, la más importante a la que podía aspirar un artista.

Kyōka Izumi (1873-1936), autor de *Kaiiki*: Un relato de espíritus marinos, fue discípulo de Kōyō Ozaki. Es uno de los representantes de la «novela ideológica», un género que criticaba la moral secular y las costumbres con un toque fantástico, utilizando fantasmas y dioses como base narrativa. Su estilo es tradicional y para los

lectores actuales no resulta una lectura fácil, lo que no ha impedido que crezca el número de fanáticos de sus obras.

Kōtarō Tanaka (1890-1941), autor de *La cara dentro de la hornilla*, no es un autor muy conocido en Japón. Después de cursar estudios básicos, Tanaka trabajó en la construcción naval y más tarde como profesor suplente de primaria. Este tipo de profesor carecía de los estudios reglamentarios, pero se le solía contratar en situaciones de emergencia. Tanaka escribió una gran cantidad de cuentos de fantasmas, o *kaidan*, género que hoy en día ha quedado olvidado. Es destacable su magnífica traducción de *Los cuentos extraños*, una famosa recopilación china que tuvo una gran influencia sobre Akutagawa y otros escritores de su generación. Tanaka había aprendido chino por su cuenta y disfrutaba analizando textos antiguos.

Ryūnosuke Akutagawa (1892-1927), autor del relato *Una noche de primavera*, no solo es uno de los escritores más conocidos de Japón, sino también uno de los más traducidos del mundo. Considerado un genio desde su juventud, escribió su ópera prima (por la que obtuvo un gran reconocimiento) mientras estudiaba en la Universidad de Tokio. Tras licenciarse empezó a trabajar como profesor, pero renunció pronto para dedicarse por completo a la literatura. Entonces eran pocos los japoneses que podían vivir de la escritura, pero Akutagawa lo consiguió, pasando a formar parte de la élite literaria del país. Sin embargo, el escritor se suicidó a los treinta y cinco años de edad. Su muerte no solo impactó en los círculos literarios; su grandeza era tal que dejó huella en la sociedad de la época.

Ōgai Mori (1862-1922), autor de *La serpiente*, fue junto a Sōseki Natsume uno de los escritores más importantes de la era Meiji, aunque a menudo se olvida que se dedicaba a la medicina militar. De hecho, logró el puesto de mayor prestigio al que era posible aspirar: General de la División de Sanidad Militar. Se trataba de una persona sumamente ocupada, pero a pesar de ello escribió muchas obras. No solo escribió novelas sino también ensayos y

traducciones, su repertorio era muy amplio. A finales del siglo XIX estudió en Alemania bajo la tutela de Robert Koch, descubridor del bacilo de la tuberculosis. Los cuatro años que pasó en Alemania no solo influyeron en sus conocimientos médicos sino también en sus obras literarias. Su hija Mari Mori se dedicó a la literatura como él.

Jun'ichirō Tanizaki (1886-1965), autor de *Jinmensō: El bubón con rostro humano*, empezó a escribir mientras estudiaba en la Universidad de Tokio. Desde ese momento y hasta sus setenta y nueve años, casi medio siglo, fue uno de los escritores más importantes de su generación y uno de los pocos que consiguió vivir de la literatura. Sus novelas gozan de una gran variedad y riqueza tanto de temáticas como de estilos, pero su principal característica es su peculiar erotismo, razón por la que sus relatos no se incluyen en los libros de texto (con la excepción de *El elogio de la sombra*, una célebre reflexión sobre la cultura japonesa).

Tanto el abuelo como el padre y los tres hermanos de Atsushi Nakajima (1909-1942), autor de *La momia*, eran estudiosos de chino antiguo, influencia que puede observarse en sus relatos. Su obra maestra, *La luna sobre la montaña* (publicada por Quaterni en *Un gran descubrimiento*, 2015), es un claro ejemplo de ello. Aunque este escrito aparece en los libros de texto de bachillerato y es de lectura obligada, las obras de Nakajima no fueron publicadas durante su vida. La mayoría se editó después de su muerte, cuando finalmente se reconoció su gran talento.

Rampō Edogawa (1894-1965), autor de *El infierno está en el espejo*, es uno de los escritores de novela negra más representativos de Japón. Es conocido por su alias artístico, que en caracteres chinos es el nombre del escritor estadounidense Edgar Allan Poe. Rampō no solo escribió ficción; también publicó varios ensayos sobre novela negra. Además, creó un premio literario que lleva su nombre para dar a conocer escritores noveles. Cabe señalar que muchas de sus obras se han convertido en clásicos de la novela de detectives y se siguen leyendo actualmente.

Jūran Hisao (1902-1957), autor de *La sombra de la muerte*, comenzó su andadura literaria en el teatro. Pasó cuatro años estudiando en Francia durante los que se centró en las obras dramáticas. A su regreso comenzó a trabajar como ayudante de dirección en una compañía teatral. Escribió varias novelas policiacas y de misterio, así como humorísticas e históricas. Las obras de Hisao estaban dirigidas al gran público, aunque eso no mermó su nivel literario.

Rohan Kōda (1867-1947), autor de *Una historia de apariciones*, es uno de los escritores más representativos de la era Meiji. Aunque actualmente son más populares escritores como Sōseki Natsume, ōgai Mori y Kōyō Ozaki (autor de *El demonio de color dorado*, el superventas de la era Meiji) Kōda gozaba en aquella época de una mayor autoridad que estos. Los relatos de Kōda tienen una marcada influencia de la literatura china y, debido a su lirismo, resultan complicados incluso para los lectores japoneses actuales. Es necesario señalar que en la era Meiji, sobre todo en la primera mitad, las novelas no se leían en silencio sino en voz alta. La hija de Rohan, Aya Kōda, fue también una célebre escritora.

Por último, Kyūsaku Yumeno (1889-1936), el autor de *El muchacho de los naufragios*, desempeñó trabajos muy variados después de dejar la Universidad de Keiō. Fue capataz de una granja, monje budista, maestro de *Yōkyoku* (el canto que se usa en el teatro Noh) y periodista. Su debut como escritor fue tardío, pasada la treintena, y murió a los cuarenta y nueve años. Su obra más famosa es *Dogura Magura*, una novela extensa y complicada que fue publicada un año antes de su muerte.

Jun'ichi Shibaguchi
Profesor de literatura japonesa
Universidad Agroveterinaria de Obihiro
Octubre de 2016

Nota de traducción

Para realizar las transliteraciones de los nombres de los personajes y de los lugares se usó el sistema Hepburn moderno, utilizando en particular el macrón para las vocales largas. Cabe destacar que en el caso de los nombres propios de los personajes nacidos después del período Muromachi se ha decidido invertir el orden japonés y se ha utilizado la forma castellana: aparece primero el nombre y luego el apellido. En el caso de los lugares japoneses se ha mantenido el sonido japonés; en cuanto a los lugares chinos, en lugar de mantener la pronunciación japonesa se ha utilizado la forma *pinyin*.

Con respecto al sistema de periodización histórica, se ha respetado el uso del sistema japonés utilizado en el texto y agregado la fecha según el calendario gregoriano. Asimismo, se han mantenido algunos términos en japonés ya que consideramos que su traducción literal no transmitía la esencia del texto.

La traducción es responsabilidad total de los traductores. Se ha tratado de recrear, en la medida de lo posible, una versión española de la original japonesa, aunque algunas frases suenen arcaicas en nuestro idioma. Asimismo, algunas palabras o frases pueden resultar despectivas y políticamente incorrectas.

Por último, queremos dar las gracias a Yōko Naitō. También a Jun'ichi Shibaguchi por su excelente prólogo, así como a José Luis Ramírez y a todo el equipo de Quaterni por la publicación de esta obra.

Los traductores
Octubre de 2016

Introducción

Existen, en otros idiomas, palabras que tienen un significado concreto y que resultan imposibles de traducir al castellano. En japonés, una de estas palabras es *kaiki* (怪 奇), un término que sirve para definir las cosas sobrenaturales y tétricas. En el caso de las novelas, las palabras serían *kaiki shosetsu* (怪奇小説).

En este libro, hemos seleccionado doce *kaiki*, doce relatos de terror y locura que le permitirán adentrarse en el proceloso mundo de los fantasmas, seres sobrenaturales y mitos populares del país del sol naciente.

Junto a relatos de autores tan prestigiosos como Ryūnosuke Akutagawa, Ōgai Mori o Jun'ichirō Tanizaki, encontrará otros de escritores no tan conocidos como Murayama o Kōtarō Tanaka, pero que también merece la pena conocer.

La definición que el diccionario hace de la palabra «miedo», es la sensación de angustia provocada por la presencia de un peligro real o imaginario. En el caso de un libro, el peligro es solo imaginario y, por tanto, subjetivo. Por este motivo no le podemos asegurar que leyendo esta obra pasará miedo, pero de lo que sí estamos seguros es de que con todos y cada uno de los relatos sentirá una extraña sensación de desazón, de desasosiego.

Para terminar, solo nos queda recomendarle, querido lector, que bajo ningún concepto lea este libro de noche a solas. ¿O quizá prefiera hacerlo así?... Que disfrute de la lectura.

La lengua del diablo

Por Kaita Murayama

Traducción de Juan Antonio Yáñez

/

Una noche serena a principios de mayo, alrededor de las once, estaba en el jardín contemplando el azul profundo del cielo cuando, de repente, se escuchó una voz en la puerta: «¡Telegrama!». Al abrirlo encontré lo siguiente:

«CUESTA KUDAN 301 KANEKO».

Me extrañó mucho. ¿Qué significaba eso de 301? Kaneko era el nombre de un amigo mío, el más peculiar de todos. El tipo era poeta y, tal vez por eso, también misterioso. Comencé a pensar en el extraño telegrama que tenía en la mano. Lo habían emitido a las diez y cuarenta y cinco en Ōtsuka. Aunque no entendía nada, decidí ir a la Cuesta de Kudan, así que me vestí y me puse en marcha.

Desde mi casa hasta la estación había bastante distancia. Durante el camino pensé mucho en Kaneko. Lo había conocido en

otoño, hacía un par de años, en una fiesta a la que solo había invitada gente excéntrica. Él cumpliría veintisiete este año, por lo que en aquel entonces era un joven poeta de veinticinco. Sin embargo, iba vestido como un anciano y en su rostro, de un tono curiosamente rojizo, se marcaban con claridad varias arrugas. Tenía los ojos grandes, brillantes y negros, mientras que su nariz era larga y ancha. La extraña forma de sus labios me llamó la atención. Los anfitriones de la fiesta eran gente inusual y, por esa misma razón, sus invitados eran también bichos raros. Si alguien normal los hubiera visto, seguramente le habrían parecido una horda de demonios. Pero, entre tantas singularidades, fueron los labios del joven poeta los que llamaron enormemente mi atención.

Estaba sentado justo frente a mí, por lo que pude observarlo hasta hartarme. Tenía los labios realmente gruesos, como dos tuberías de cobre con cardenillo, y temblaban sin cesar. Cuando comía era aún más espectacular. El verdigris de sus labios resaltaba el color rojo de su lengua al abrir la boca para tragar la comida a toda velocidad. Yo, que nunca había visto a alguien con unos labios tan gruesos, me quedé perplejo viendo cómo comía. De repente, sus ojos se posaron sobre mí. Se levantó y me gritó:

—Oye, ¿por qué me miras de un modo tan descarado?

—Tienes razón. Lo siento —le dije saliendo del trance, y entonces volvió a sentarse.

—Me alegra que lo entiendas. No es agradable ser el blanco de miradas indiscretas.

Dio un trago a la jarra de cerveza sin dejar de mirarme con sus ojos brillantes.

—Tienes toda la razón. Lo que pasa es que tu apariencia me parece interesante.

—¡Sigue sin ser agradable! ¡Qué te importa a ti mi apariencia! Parecía molesto.

—No te enfades. Bebamos algo para reconciliarnos.

Así fue como Eikichi Kaneko y yo nos conocimos.

Cuanto más me relacionaba con él, más extraño me parecía. Poseía una considerable fortuna y vivía solo, pues no tenía padres ni hermanos. Se había matriculado en distintas universidades, pero ninguna fue de su completo agrado. Nadie conocía la razón exacta por la que se había decidido por la poesía, ya que le disgustaba hablar de esa parte de su vida. Llevaba una existencia discreta y le desagradaba sobremanera recibir visitas en su hogar. Por ello, todo lo que hacía era un absoluto misterio. Se pasaba el tiempo recorriendo las calles, siempre en bares y tabernas.

Hacía dos o tres meses que no lo veíamos. Nadie sabía nada de él, ni por dónde andaba. Y aunque yo había logrado intimar con él y me había ganado su confianza, lo único que sabía de Kaneko es que era un personaje misterioso y excéntrico.

//

Mientras recordaba todo aquello, llegué a la cima de la Cuesta de Kudan. A mis pies, bajo el velo nocturno, se extendía la ciudad. Los farolillos de Jinbōchō brillaban en la oscuridad como diamantes incrustados en el mineral. Inspeccioné la cuesta de arriba abajo. Pensaba que Kaneko me estaría esperando allí, pero no conseguía divisar su silueta. Busqué cerca de la estatua de bronce de Ōmura, pero no encontré a nadie. Estuve media hora en la Cuesta de Kudan y después decidí ir a su casa, que se hallaba cerca de Tomisaka. Cuando llegué a su domicilio, una vivienda pequeña pero bonita, encontré allí a la policía. Sorprendido, les pregunté qué ocurría y me dijeron que Kaneko se había suicidado. Entré en la casa de inmediato y vi su cuerpo rodeado de dos o tres amigos y algunos agentes de policía. Se había matado clavándose en el corazón unas varillas que se usaban para remover el picón. Por sus heridas,

parecía haberlo intentado dos o tres veces. Estaba muy pálido, pero su rostro reflejaba tanta paz que parecía dormido. Según dijo el forense, el fatal desenlace había sido resultado de la confusión mental producto de la ebriedad. El cadáver apestaba a alcohol. Se creía que había muerto hacía poco, pues un transeúnte escuchó un gemido de agonía y avisó a las autoridades de inmediato.

No dejó ninguna carta donde expresara sus últimas voluntades, por lo que el telegrama me pareció todavía más extraño. Según la hora en la que estimaban que había muerto, todo había sucedido justo después de enviar la nota. Volví, pensativo, a la Cuesta de Kudan. ¿Qué significaba ese número, 301? ¿Qué tenía que ver con la cuesta? Miré a mi alrededor, pero no encontré nada. De pronto, caí en la cuenta. En el perímetro de la Cuesta de Kudan solo había una cosa con números superiores al trescientos: las tapas de piedra que cubrían el canal que corría a ambos lados de la pendiente. Empecé a examinar el lado derecho desde arriba y bajé mientras contaba los números. Revisé bien la tapa trescientos uno, pero no encontré nada extraño, así que empecé a contar desde abajo. Había trescientas diez tapas en total; la décima desde arriba sería la que buscaba. Volví a subir corriendo y revisé bien la tapa trescientos uno: entre la décima y la undécima se veía algo negro. Al sacarlo descubrí que se trataba de un sobre de papel encerado negro.

—Esto es, esto es —me dije, y volví volando a casa.

En el interior había un documento de portada negra. Cuando lo leí descubrí al verdadero Eikichi Kaneko por primera vez. Y era un ser verdaderamente espeluznante.

—¡No era un humano sino un demonio! —grité.

Mis queridos lectores: incluso ahora, al revelaros el contenido de aquel documento sigo sintiendo un profundo horror. A continuación os presento el texto íntegro.



Estimado amigo, he decidido morir. He afilado la varilla de hierro del brasero para clavármela en el corazón. Cuando leas esto, mi vida ya habrá terminado. En esta carta descubrirás que el poeta que elegiste como amigo era un malhechor excepcionalmente horrible, y sentirás vergüenza e ira por haberme entregado tu confianza. Sin embargo, si te es posible, compadécete de mí, pues soy digno de lástima. Te contaré ahora mi oscuro pasado sin esconder nada.

No soy oriundo de Tokio; nací y crecí en un pueblo en las montañas de Hida. Mi familia se había dedicado durante varias generaciones al comercio de madera y nuestro negocio era de los más prósperos de la región. Mi padre era una persona frugal y respetable, pero tenía una amante, una *geisha* de Nagoya con quien engendró un hijo. Ese hijo fui yo. Cuando nací, su esposa (es decir, mi madrastra) ya tenía otro hijo. Sé que resulta inmoral, pero mi padre obligó a convivir a su esposa y su amante, así que sus hijos también crecimos juntos. Cuando cumplí doce años, mi madrastra tenía ya cuatro hijos, y en abril de ese mismo año nació otro más. Ese hermano mío se convirtió en el centro de todos los rumores del pueblo, ya que había nacido con algunas características extrañas y tenía una mancha dorada en forma de luna creciente en la planta del pie derecho.

Un día, un adivino que vio al niño nos dijo: «Este niño tendrá una muerte horrible». Ahora que lo pienso, esta predicción resultó ser terriblemente cierta. En mi corazón infantil, aquella luna creciente también provocaba una sensación extraña. Además, aquel año había sido difícil para mí pues mi padre había muerto en octubre de forma repentina. En su testamento nos otorgaba a mí y a mi madre diez mil yenes y declaraba disuelta la relación familiar. El primogénito, que tenía tres años más que yo, heredó la casa. Mi padre era una persona amable que siempre se había preocupado

por mi bienestar y el de mi madre, pero la relación con mi madrastra era insoportablemente fría y distante. Era obvio que, de haber podido, habría maltratado a mi madre. Por eso, en cuanto terminó el funeral nos vinimos a Tokio. Jamás regresamos al pueblo ni volvimos a saber nada más de mi familia. Hemos vivido siempre de los intereses que nos reportaban esos diez mil yenes en el banco, pues mi madre era una mujer inteligente y modesta que nunca mostró ninguno de los vicios por los que son conocidas las *geishas*.

Ella murió cuando yo tenía dieciocho años. Desde entonces he vivido solo, buscándome la vida con la poesía. Esta es, a grandes trazos, mi historia. Y bajo su sombra me ha perseguido siempre una vida horrorosa que te contaré a continuación.

Ya desde pequeño fui un niño peculiar. Nunca fui revoltoso, como el resto de muchachos; era callado, me gustaba estar solo y no quería jugar con los demás. Subía a la montaña, me detenía a la sombra de una roca y me abstraía viendo las nubes cruzar el cielo. Aquel hábito romántico se convirtió en un vicio con el paso del tiempo y, dos años antes de marcharnos de Hida, padecí una extraña enfermedad. Sufría una comezón horrible en la espalda que me hizo perder la vitalidad. No podía caminar erguido y siempre estaba encorvado. Estaba pálido y cada vez más escuálido. Mi madre estaba muy preocupada y probó muchos tratamientos diferentes. Durante aquella época de sufrimiento descubrí algo extraño: me apetecía comer cosas fuera de lo común. Primero me dieron unas ganas enormes de comerme la cal de las paredes, así que lo hacía a escondidas. Estaba realmente sabrosa. Me gustaba especialmente la del almacén de mi casa; tanto comí que terminé haciendo un agujero en la gruesa pared.

De este modo empecé a albergar un profundo interés por probar cosas inimaginables, y el hecho de estar siempre solo resultaba muy conveniente para cumplir mis deseos. Comí varias veces babosas de tierra. También ranas y culebras, aunque este era un bocado común en la región. Comí larvas que sacaba de la tierra del jardín trasero. En primavera degustaba orugas venenosas de varios

colores, doradas, moradas y verdes. Estas últimas emitían un olor pestilente que de forma extraña satisfacía mi apetito. En una ocasión me encontraron con los labios hinchados porque me había picado una oruga. Engullía cualquier cosa, pero nunca me intoxicqué con nada. Parecía que mi insólito vicio iría a más, pero me fui a Tokio con mi madre y, al adaptarme a la vida urbana, la costumbre desapareció.

IV

Mi madre murió el invierno en el que cumplí dieciocho años. Lo pasé muy mal; estaba muy triste y me pasaba el día llorando. Físicamente era débil y, para rematar, sufrí una crisis nerviosa. Mi salud decayó por completo: parecía un fantasma y había vuelto a enfermar de la columna, como cuando era niño. Pensé que no me venía bien estar en Tokio, así que dejé la universidad para mudarme a Kamakura. Allí estuve algún tiempo, y después en Shichirigahama, Enoshima y otros lugares. Paseaba por la playa y me bañaba en el mar; esa era mi vida. Mi cuerpo cambió paulatinamente. Alejarme del ajetreo de la ciudad y vivir sin presiones, rodeado de hermosas playas, me hizo sanar física y mentalmente. Volví a mi estado natural. Mi corazón infantil, que tanto había disfrutado en la soledad de las montañas de Hida, despertó nuevamente.

Un día, al atardecer, me puse a pensar en lo insípida que me resultaba últimamente la comida. Me hospedaba en una buena posada, pero los alimentos me parecían desabridos. Además, después de bañarme en el mar siempre llegaba con hambre. Me giré para verme en el espejo: mi rostro, antes pálido, estaba enrojecido. Mis ojos, que antes parecían apagados, brillaban llenos de vida. Pero ¿por qué no disfrutaba de la comida si ya había

recuperado la salud? Saqué la lengua y la miré en el espejo; en ese instante me di cuenta: me había crecido. Medía poco más de diez centímetros.

¿Cuándo había crecido tanto? Y qué forma tan horrorosa tenía. ¿Esa era mi lengua de verdad? No, no podía ser. Pero al volver a mirarme en el espejo confirmé que aquel trozo de carne que colgaba entre mis labios cubierto de verrugas moradas era mi lengua. Además, al mirarla bien descubrí con sorpresa que lo que parecían verrugas eran en realidad agujas. La superficie de mi lengua estaba cubierta de una especie de púas, como la lengua de un gato. Las toqué con un dedo y, sí, estaban duras y pinchaban. ¿Cómo era posible algo tan extraño? Lo que más me sorprendió fue que en el espejo se veía claramente el rostro de un demonio rojo. Era una cara horrible. Tenía unos ojos grandes que brillaban con energía. Aquello me sorprendió tanto que me quedé petrificado. Y de repente escuché hablar al demonio del espejo:

—Tu lengua es la lengua del diablo, una lengua a la que solo satisface aquella comida digna de un diablo. Come, come de todo; encuentra aquello que sacia al diablo. Si no lo haces, tu apetito jamás quedará satisfecho.

Tras pensarlo, llegué a una conclusión.

—Ya no tengo nada que perder. Saborearé con esta lengua cualquier alimento y descubriré cuál es la dichosa comida del diablo.

Mi lengua se había convertido en la lengua del diablo y esa era la razón por la que todo me sabía insípido. Un mundo completamente nuevo se desplegó entonces frente a mí. De inmediato dejé la posada donde me hospedaba y alquilé una casa deshabitada en un pueblo solitario en el extremo de la península de Izu. Allí empecé una extraña vida llena de comida extraordinaria. Era cierto que la comida normal no proporcionaba ningún estímulo a mi nueva lengua, por lo que me vi en la necesidad de buscar comida específica para mí. Durante los dos meses que viví en aquella casa comí tierra, papel, lagartijas, sapos, sanguijuelas, salamandras, serpientes, y también medusas y peces globo. Comía las verduras

después de que se pudrieran y su olor y color me hacía sentirme genial. Ese tipo de comida era el que me satisfacía. Dos meses después, mi sangre comenzó a tener un tono extraño, entre verde y rojo. Sentía que mi cuerpo entero estaba a punto de alcanzar la eternidad, y entonces se me ocurrió algo.

«¿A qué sabrá la carne humana?», empecé a pensar.

Me sentí horrorizado al planteármelo pero, desde ese momento, no conseguí quitármelo de la cabeza: «Quiero comer carne humana». Eso ocurrió justamente en enero del año pasado.

V

Desde ese momento ya no pude dormir. Soñaba con carne humana. Me temblaban los labios y mi gruesa lengua se arrastraba como una serpiente en el interior de mi boca babeante. Me daba miedo toda aquella energía que surgía de mis deseos, así que intenté controlarlos. Sin embargo, el diablo de mi lengua me gritaba:

—¡Por fin has encontrado el mayor de los manjares de este mundo! ¡Sé valiente! ¡Come humanos! ¡Come humanos!

Desde el espejo, el diablo me miraba con una enorme sonrisa. Mi lengua era cada vez más grande y sus agujas brillaban con mayor intensidad. Cerré los ojos.

—No. Nunca comeré carne humana. No soy un aborigen del Congo. Soy un buen japonés.

Sin embargo, el diablo se burlaba de mí. Para terminar con ese miedo insoportable no tuve otra opción que mantenerme continuamente borracho. Me pasaba el día en los bares, intentando huir de ese deseo aunque fuera por un instante. Pero el destino no mostró piedad conmigo.

Nunca olvidaré la noche del cinco de febrero del año pasado. Volvía de Asakusa completamente borracho; estaba nublado y la oscuridad lo cubría todo impidiéndome ver más allá de mis narices. Mientras buscaba la luz de las farolas, sin darme cuenta me equivoqué de camino. Escuché el estruendo de una locomotora y me percaté de que estaba junto a las vías de la estación Nippori. Las crucé y subí la cuesta. Entonces, al entrar en el cementerio de Nippori, me caí.

Cuando abrí los ojos seguía siendo de noche. Encendí una cerilla y vi en mi reloj que era la una y media de la madrugada. Ya casi se me había pasado la borrachera, así que empecé a caminar por el cementerio. De repente, uno de mis pies se hundió en la tierra. Encendí otra cerilla y descubrí con sorpresa que aquel era un cementerio comunal y que había hundido el pie en un montículo de tierra reciente. En ese momento, se me ocurrió una idea horrorosa. Sin ser consciente de ello, busqué una pala y empecé a excavar en el montículo. Cavé sin cesar, como un loco, y al final seguí escarbando con las uñas. En poco menos de una hora, mi mano tocó algo de madera.

Era un ataúd.

Le quité la tierra y rompí la tapa a golpes. Entonces eché un vistazo al interior encendiendo una cerilla.

Ni antes ni después de ese momento tuve una sensación tan horrorosa. La débil luz del fósforo alumbraba la cara pálida y azulada de una mujer muerta. Tenía los ojos y la boca cerrados. Era una mujer joven y guapa, de unos diecinueve años, con el cabello negro y lustroso. En su cuello había sangre coagulada, negra y abundante, pues tenía la cabeza separada del torso. También le habían cortado los brazos y las piernas, que habían metido en el ataúd de cualquier manera. Lina sensación de horror me recorrió el cuerpo, pero me tranquilicé al entender que aquella mujer debió suicidarse arrojándose a las vías del tren y que habían enterrado allí su cuerpo provisionalmente. Saqué el puñal que llevaba en el bolsillo y descubrí uno de sus pechos. El olor de la putrefacción que

tanto me gustaba me golpeó la nariz. Corté su seno con dificultad, llenándome las manos de un líquido espeso. Después le corté un poco de mejilla. Al terminar, me asaltó un enorme temor. «¿Qué demonios pretendes hacer?», me gritó mi conciencia. Sin embargo, guardé bien en un pañuelo los pedazos de carne que había cortado y cerré el ataúd. Luego lo cubrí de tierra, como antes, y me apresuré a salir del cementerio. Pedí una carreta y regresé a mi casa en Tomisaka.

Al llegar a casa, cerré la puerta y saqué la carne del pañuelo. Puse a asar la mejilla y esta comenzó a emitir un delicioso olor. Estaba en éxtasis. Mientras se doraba, la lengua del diablo bailaba y brincaba en mi boca. No dejaba de babear y no pude aguantar más; devoré de un bocado aquella carne a medio hacer. En ese instante, caí en un trance parecido al que provoca el opio. ¿Cómo podía existir algo tan sabroso? ¿Podría seguir viviendo sin comerlo de nuevo? Por fin había encontrado «la comida del diablo». Durante mucho tiempo, mi lengua había estado esperando precisamente aquello: carne humana. ¡Ah! ¡Y por fin lo había descubierto! A continuación me comí el pecho. Bailé por la habitación como si me atravesara una corriente eléctrica y, una vez tranquilo, descubrí que me sentía saciado. Por primera vez en mi vida, había quedado satisfecho con la comida.

VI

Al día siguiente cavé un agujero bajo el suelo de mi habitación. Cuando terminé, lo rodeé de tablas de madera. Había construido una despensa de carne humana. «¡Ah! Aquí guardaré mi preciada comida», pensé. Me brillaban los ojos y, cuando caminaba por la calle, no podía evitar babear. Todos los humanos con los que me

topaba me abrían el apetito. En especial me parecían apetecibles los jóvenes de catorce o quince años. Cuando me encontraba con alguien de esa edad, a duras penas aguantaba las ganas de comérmelo. Debía pensar una manera de hacerme con la comida. Decidí que dormiría a mis presas para traerlas rápidamente a mi casa, así que me guardé un narcótico y un pañuelo en el bolsillo.

El veinticinco de abril, hace apenas diez días, tomé el tren desde Tabata hasta Ueno. Frente a mí iba sentado un muchacho de aspecto provinciano. Sin duda se trataba de un joven muy guapo, y al parecer viajaba solo. Empecé a salivar. En ese momento, el tren llegó a Ueno. El muchacho salió de la estación y se detuvo un momento, distraído; a continuación caminó hasta el parque de Ueno, se sentó en un banco y contempló, solitario, la luz de las farolas reflejada en el estanque Shinobazu.

Miré a mi alrededor; no había allí ni un alma. Saqué de mi bolsillo el frasco con el narcótico y humedecí el pañuelo. El muchacho seguía abstraído, observando el estanque, así que no fue difícil apresarlos y presionar el pañuelo contra su nariz. Forcejeó durante dos o tres segundos, pero el narcótico pronto surtió efecto y se desplomó en mis brazos. Bajé rápidamente las escaleras de piedra y, con el muchacho en brazos, llamé a una carreta a cuyo conductor indiqué que se dirigiera a Tomisaka a toda prisa. Tras llegar a casa y cerrar bien la puerta examiné al muchacho a la luz: era hermoso. Saqué un cuchillo grande y afilado que había preparado y se lo clavé con todas mis fuerzas en la cabeza. Sus ojos, que hasta aquel momento habían permanecido cerrados, se abrieron por completo un instante, pero sus pupilas negras perdieron su brillo de inmediato y su rostro empezó a palidecer. Guardé el cadáver del muchacho en mi despensa bajo el suelo.

Había decidido devorar al niño con tranquilidad. Mientras asaba algunas partes de su cuerpo, me comí su cerebro, sus mejillas, la lengua y la nariz. Su sabor era tan intenso que creí volverme loco. El cerebro tenía un gusto realmente sorprendente. Cuando quedé satisfecho, caí rendido hasta el día siguiente. Abrí los ojos cerca de las nueve de la mañana y me dispuse a llenarme el estómago de nuevo.

¡Ah! Fue horroroso. En aquel momento ocurrió algo tan horrible que decidí quitarme la vida. Había bajado a la despensa subterránea con el ansia de una bestia, pues me tocaba disfrutar de sus manos y pies. Tomé la sierra y me detuve un instante, pensando qué cortar primero. Agarré la pierna izquierda y, cuando vi la planta del pie, me sentí como si me hubieran clavado una lanza de hierro en el estómago. ¿No era una luna creciente dorada lo que había allí? Me vino a la memoria el nacimiento de mi hermano menor, acontecimiento que expuse al principio de esta carta. En aquel momento, el pequeño debía tener ya quince o dieciséis años. Era una situación espantosa: sin querer, me había comido a mi hermano. Recordé que el niño llevaba un paquete y decidí abrirlo. Dentro había cuatro o cinco cuadernos en los que ponía «Gorō Kaneko». Ese era su nombre. Además, al revisar sus notas descubrí que, tras saber de mí, había decidido venir a Tokio a buscarme. ¡Ah! Por eso no puedo seguir viviendo. Amigo mío, he querido dejarte esto por escrito. Por favor, compadécete de mí.

Así terminaba la carta. Tras leer su contenido no pude menos que dudar de la lucidez de Kaneko. Cuando la policía examinó su cadáver, no vi en su lengua ni rastro de las agujas que había escrito. Lamentablemente, la lengua del diablo no había sido más que una ilusión del poeta.

(1915)

El demonio del cabello blanco

Por Kidō Okamoto
Traducción de Isami Romero

I

Soy una persona a la que no interesan los cuentos de fantasmas. No busco que me los cuenten y tampoco me gusta narrarlos, pero en mi juventud me topé con un extraño acontecimiento. Han pasado los años, pero todavía no he conseguido entenderlo.

Hace quince años viví en una casa de huéspedes en Kōjimachi, cerca de la puerta Hanzō, pues asistía a la facultad de Derecho que se encontraba en el noroeste, en Kanda, al otro lado del Palacio Imperial. Era una casa de huéspedes ordinaria, una vivienda normal. Habían hecho algunas reformas en el edificio, que tenía siete habitaciones. Era, como quien dice, una casa común y corriente.

La dueña era una mujer agradable de unos cincuenta años, quizá un poco mayor. Vivían con ella su hija, de veintiocho o veintinueve años, y una sirvienta. Las tres se ocupaban de atender a los huéspedes. Un tiempo después nos enteramos de que tenía

mucho dinero; como su hijo estudiaba en Kioto y sin él se aburría y se sentía sola, había decidido alquilar las habitaciones hasta su graduación. Era un pasatiempo para ella. Por lo tanto, a diferencia de otras arrendatarias, la nuestra era muy amable con nosotros. Nos trataba como si fuéramos de la familia y todos los huéspedes estábamos muy satisfechos.

Por esa razón la llamábamos «aya» en lugar de «casera». Sé que es un poco raro que la llamáramos así, pero como he dicho se trataba de una mujer cariñosa y amable, y «casera» nos parecía un poco frío. Su hija se llamaba Isako. Su apellido... No puedo revelarlo. Lo dejaremos en Horikawa, un apellido ficticio.

Todo comenzó una noche despejada a principios de noviembre. Acudí al templo de Ōtorisan que estaba en Yotsuya Sugacho, al oeste de mi casa. Era la festividad de *Tori no Machi* y también la primera vez que la pasaba en Tokio. Como no tenía ganas de ir a Asakusa, pensé en acercarme a Yotsuya, que estaba más cerca. Después de cenar, me dirigí allí dando un paseo. No tenía mucha fe, debo admitirlo.

Como acababa de comenzar noviembre, hacía buen tiempo y había mucha gente de compras. Dejé atrás la muchedumbre y entré en el templo a rezar. Cuando volví a salir, seguía habiendo mucha gente. Una voz se dirigió a mí entre el gentío:

—Buenas noches, Suda. ¿Tú también estás aquí?

—¿Has venido a rezar al templo?

—Bueno, algo así.

Riéndose, el joven me enseñó un pequeño rastrillo para la arena y una piedra envuelta en una hoja de bambú: amuletos que venden durante el *Tori no Ichi*. Se llamaba Takeo Yamagishi, aunque este también es un nombre ficticio. Vivía en la misma casa de huéspedes que yo. Como nos dirigíamos al mismo lugar, comenzamos a caminar juntos.

—Cuánta gente, ¿no te parece? —le dije—. ¿Qué vas a hacer con lo que has comprado?

—Es un regalo para Isako —me contó Yamagishi—. El año pasado también se los compré, así que este año he decidido seguir con la costumbre.

—¿No son caros? —le pregunté, pues no conocía el valor de esas cosas.

—Bueno, he intentado regatear, pero como estamos a principios de noviembre los vendedores no dan su brazo a torcer.

Nos dirigíamos a Yotsuya Mitsuke cuando Yamagishi se detuvo frente a una cafetería.

—¿Te apetece un té?

Entró sin esperar respuesta, así que tuve que seguirlo. Nos sentamos en una mesa vacía que hacía esquina. Pedimos un té inglés y unos pastelillos.

—Suda, tú no tomas alcohol, ¿verdad?

—No, no bebo.

—¿Nada de nada?

—Absolutamente nada.

—Yo tampoco. Y mira que lo he intentado, ¿eh? —me dijo con aire pensativo—. Pero me ha sido imposible.

¿Por qué quería beber si no le sentaba bien? Me parecía curioso. Al verme sonreír, Yamagishi suspiró:

—Bueno, en tu caso quizá es mejor que no bebas, pero a mí me vendría bien poder beber un poco... —repitió antes de añadir, con una sonrisa—: Te estarás preguntando por qué. La razón es que, si no bebo, Isako me rechazará.

No sé por qué creía eso Yamagishi, ya que Isako parecía mirarlo con buenos ojos. Todos los huéspedes pensábamos que la muchacha intentaba conquistarlo.

Isako era la hija mayor; su hermano, el que estaba en Kioto, era menor que ella. La joven se había casado a los veintiún años, pero su marido enfermó y murió poco después de la boda. Tras quedarse viuda regresó a la casa familiar, donde llevaba siete u ocho años viviendo en soledad. Era una pena. Nosotros conocíamos la historia, aunque solo de forma superficial. Debo decir que la muchacha no

era fea, todo lo contrario. Como su madre, era una mujer amable y refinada. Puede que fuera cosa mía, pero tras su apariencia delicada y elegante se escondía una gran soledad.

Yamagishi rondaba los treinta años. Era fornido y gozaba de buena salud. Tenía una presencia muy masculina y vestía muy bien, ya que provenía de una familia adinerada. Cada mes recibía dinero extra, aunque fuese poco, y lo ahorraaba. Desde cualquier punto de vista, de los siete huéspedes él era el mejor partido, así que nos parecía lógico que Isako se interesara por él. La madre también sabía que su hija estaba enamorada de Yamagishi, e incluso se rumoreaba que había dado su visto bueno a la relación. Así que cuando mencionó a Isako no me sorprendió, y por supuesto tampoco sentí celos.

—¿Isako bebe? —le pregunté con una sonrisa.

—¿Quién sabe? —me contestó él, negando con la cabeza—. No estoy seguro, pero probablemente no. Es más, ella me ha advertido que no lo haga...

—Pero ¿no acabas de decirme que si no bebes te va a rechazar?

Empezó a reír a carcajadas, tan fuerte que el resto de clientes de la cafetería se asustó y se giró para mirarnos. Me sentí un poco avergonzado, así que bebimos y comimos rápido; Yamagishi pagó la cuenta y salimos a la calle de nuevo. Una gran luna de invierno había aparecido sobre los pinos del embarcadero. Aunque hacía buena noche, el viento soplaba desde el noroeste como si nos acompañara.

Dejamos atrás Yotsuya Mitsuke y seguimos hacia el este en dirección a la avenida que llevaba a Kojimachi. Después de atravesar el puente, el silencio se hizo entre nosotros. Mientras miraba la luz de la estación de bomberos, Yamagishi me preguntó de pronto:

—¿Tú crees en los fantasmas?

No esperaba ese tipo de pregunta. Titubeé un poco, pero contesté con sinceridad.

—No. La ciencia no ha conseguido probar su existencia, así que no creo en ellos.

—Haces bien —asintió Yamagishi—. A mí me gustaría no creer, pues tu postura es la más razonable.

Dicho esto, se calló de nuevo.

Aunque mi trabajo actual me exige hablar mucho, en la universidad era muy reservado. Si mi interlocutor no decía nada, yo tampoco abría la boca. De modo que seguimos caminando en silencio, pisando las hojas caídas.

—Suda, ¿te apetece comer anguila? —me preguntó Yamagishi un rato después.

—¿Qué?

Miré a Yamagishi. Acabábamos de tomar té en Yotsuya; era extraño que se le antojara cenar anguila.

—Has cenado antes de marcharte de casa, ¿verdad? —me dijo, como si leyera mis pensamientos—. Yo salí temprano y no he comido nada. Pensaba picar algo en la cafetería, pero no tenían nada salado.

Al parecer había estado fuera desde aquella tarde y los dos pastelillos que se había comido en Yotsuya no fueron suficientes para quitarle el hambre. Sin embargo, comer anguila era un lujo. Bueno, no para alguien con tanto dinero como él, pero para un estudiante como yo era un antojo demasiado caro. Actualmente se encuentra en la carta de cualquier restaurante o fonda, pero en aquella época era un manjar escaso. Además, el restaurante donde él quería entrar era muy lujoso; yo no podía acompañarlo.

—Entonces me despido aquí. Tendrás que cenar tú solo, si no te importa. Ya nos veremos.

Yamagishi no dejó que me fuera.

—No me parece bien. Anda, acompáñame. Me apetece comer anguila, pero también quiero contarte una cosa. Hablo en serio, hay algo de lo que quiero hablar contigo.

No pude negarme y, cuando quise darme cuenta, estaba en la segunda planta del restaurante.

Antes de seguir con mi relato es necesario que explique cómo era mi relación con Yamagishi.

Vivíamos en la misma casa de huéspedes, pero aparte de eso teníamos una conexión especial: los dos queríamos ser abogados. Era como mi hermano mayor, mi *senpai*¹¹, y yo lo respetaba. Existía una gran diferencia entre su capacidad intelectual y la mía, lo cual fortalecía mi sensación de inferioridad; Yamagishi dominaba todos los tecnicismos legales y, además de inglés, hablaba alemán y francés. Yo me alegraba mucho de conocer a alguien con tanto talento. Acudí a su habitación multitud de veces para preguntarle mis dudas, y él siempre se mostró amable conmigo. Para mí, Yamagishi era casi un maestro. Lo respetaba y admiraba, y él me tenía cariño.

Sin embargo, había un detalle que siempre me había parecido extraño: Yamagishi había suspendido cuatro veces el examen de abogacía. ¿Por qué no lo había logrado, habida cuenta de sus cualidades intelectuales? Hasta donde yo sabía, otros menos brillantes lo habían pasado sin ningún problema. Los exámenes eran una especie de ruleta, no siempre los superaban los más capaces, pero suspender no una ni dos, sino cuatro veces, no tenía explicación.

—Mi problema es que soy nervioso y cobarde —se excusaba siempre Yamagishi.

Pero, desde mi punto de vista, no era en ningún sentido un hombre cobarde. No parecía creíble que le pudiera el miedo o la presión de un examen. Era un misterio. No había otra palabra para definirlo.

A pesar de eso, recibía una jugosa paga de sus padres y no parecía deprimido por sus múltiples fracasos. Estaba tranquilo y

seguía viviendo en la casa de huéspedes. De hecho, hasta ese momento me había invitado dos o tres veces a comer anguila.

—Eres joven, seguro que ya tienes el estómago vacío. No te preocupes por mí, come. No te cortes, por favor.

Decidí tomarle la palabra y comencé a comer. Nos trajeron sake pero, como ninguno de los dos bebía, nos dedicamos solamente a comer. Mientras esperábamos nuestra segunda porción de anguila asada con salsa de soja me dijo en voz baja:

—Mira, he decidido que este será mi último año aquí. Estoy pensando regresar a mi tierra.

Me quedé anonadado, tanto que no pude contestarle de inmediato.

—Ya sé que es repentino. Entiendo que te sorprenda, pero creo que ha llegado el momento de desistir y volver a casa. No tengo suerte, estoy gafado. Parece que la abogacía no es lo mío.

—Eso no es cierto.

—Yo antes pensaba lo mismo. Me decía: «¡No puede ser! ¡Si los fantasmas no existen...!».

¿Había escuchado bien? ¿Fantasmas? Un poco antes había dicho lo mismo, pero fingí que no lo había escuchado.

—Me has dicho que no crees en los fantasmas, ¿verdad? —me preguntó—. Yo tampoco creía en ellos. De hecho, me reía cada vez que alguien me contaba una de esas historias. Pero precisamente yo, que no creía en ellos, estoy siendo ahora mismo acosado por uno. Y aquí estoy, a punto de renunciar al que siempre ha sido mi sueño. Tú, que eres escéptico, creerás que estoy diciendo una estupidez. ¡Ríete si quieres!

No podía reírme. Si Yamagishi decía tal cosa era porque existía una evidencia clara que lo demostraba. ¡Pero era imposible! Los fantasmas no existían. Me quedé callado, dudando de lo que había oído mientras Yamagishi miraba uno de los focos del techo. Estábamos sentados en un reservado amplio del segundo piso, solos. Nuestra única compañía era el frío de la noche.

Debían ser las nueve de la noche. Oímos el sonido del tren que pasaba frente al mesón y el agitar de los abanicos que estaban usando abajo para airear las anguilas. ¿Era mi imaginación, o parecía que el foco sobre mi cabeza se había oscurecido? La sombra blanca de la flor de té, colocada en el *tokonoma*^[2], parecía triste y pálida, pero no lo suficiente para recrear el ambiente de los relatos de fantasmas. Un poco después, Yamagishi reanudó su explicación.

—No me enorgullece, pero he estudiado mucho. Tenía la certeza de que pasaría el examen de abogacía sin ningún problema. Puede que sea vanidoso, pero creía que podía.

—Claro, yo tampoco lo dudo —contesté rápidamente—. No hay razón para que alguien como tú no pase ese examen.

—Sin embargo, no lo paso —dijo, sonriendo con tristeza—. Tú lo sabes mejor que nadie. Esta es la cuarta vez que suspendo.

—Lo sé, y es muy extraño. ¿Por qué será?

—Ya te he dicho por qué: me acosa un fantasma. ¡Es una estupidez, lo sé! Sé que no tiene sentido, pero esa es la verdad. No puedo hacer nada al respecto. Nunca se lo he contado a nadie, pero recuerdo la primera vez que hice el examen, ese maldito examen. Mientras lo realizaba apareció ante mis ojos la imagen borrosa de una mujer. Era imposible que estuviera allí, no podía ser cierto. Estaba esquelética y era muy alta, tenía el cabello blanco. No sé si llevaba kimono, pero veía su rostro con claridad. Habrás creído que era una anciana porque te he dicho que tenía el pelo blanco, pero no debía tener más de treinta años. La mujer estaba ante mi pupitre, mirando fijamente mi examen. Y no pude escribir nada. Tenía la mente tan nublada que prácticamente no sabía dónde estaba. ¿Quién sería esa mujer? ¿Tú qué crees?

—Pero... —dije, confuso—. No estabas solo, ¿verdad? Había otros muchos aspirantes, cada uno en su pupitre, y además el examen tuvo lugar durante el día, ¿no?

—Sí, en efecto. Así fue —asintió Yamagishi—. Era mediodía y el sol entraba por las ventanas. En la sala había muchos otros

examinándose. Y, sin embargo, nadie más vio a aquella mujer de cabello albino. Estaba ante mí, pero los demás escribían sin inmutarse a mi lado; solo me acosaba a mí. Al final entregué un examen lleno de respuestas sin sentido. Fue un desastre. Los examinadores habrían tenido que estar ciegos para aprobarme. Así fue como suspendí la primera vez, pero no me desanimé, ya que soy optimista por naturaleza. Además, mi familia podía permitirse pagar mis gastos durante un año más.

—¿Quién crees que era esa mujer? ¿Tienes alguna teoría?

—Pensé que había sufrido una crisis nerviosa —me contestó Yamagishi—. Había estudiado mucho para aquel examen, me acostaba cada noche a las dos o las tres de la madrugada, repasando, y la tensión debió pasarme factura. Me autodiagnostiqué neurastenia. Por tanto, no consideré que fuese nada raro.

—¿Volviste a verla? —le pregunté incisivamente.

—La historia no acabó ahí. En aquella época vivía en una casa de huéspedes en Kanda, pero era muy ruidosa y yo tenía los nervios crispados, así que me mudé a Koishikawa, cerca de la Universidad de Tokio. El año siguiente hice el segundo examen y el resultado fue el mismo: ¡la mujer apareció ante mi pupitre! Con el cabello blanco, mirando fijamente mi hoja de respuestas. «¡Maldición! ¡Ha vuelto!», pensé, pero no me atreví a enfrentarme a ella. Sentí que se me nublaba la vista, estaba confuso... Era como estar en un sueño. Para no aburrirte: volví a suspender. Pero no me desanimé. Seguía culpando a mis nervios, así que decidí cambiar de aires. Pasé tres meses en la playa de Shōnan, descansando, y me sentía mucho mejor. Cuando regresé a Tokio me mudé al lugar donde vivimos ahora, la casa de las Horikawa. Hasta entonces, era el sitio más acogedor donde había estado. Me alegraba pensar que allí podría estudiar bien, y entonces llegó el momento del tercer examen, el del año pasado. Estaba recuperado; me sentía preparado y me dije: «Esta vez sí». Me dirigí al lugar del examen con decisión. Comencé a contestar muy bien, pero apareció de nuevo la mujer del pelo

blanco y pasó lo de siempre. No te contaré los detalles, pues ya sabes qué pasó. Salí de allí muy deprimido.

Después de escuchar una historia tan increíble, yo mismo me sentía como en un sueño. En ese momento nos trajeron la segunda ración de anguila, pero ya no tenía apetito. Yamagishi tampoco probó bocado.

///

Me interesaba más escuchar la continuación del relato que comer anguila, así que le pregunté:

—Entonces, ¿fueron de nuevo los nervios?

—No lo sé —suspiró Yamagishi—. Empecé a pensar que había algo más. ¿Sabes? Yo siempre contaba a mi familia el resultado de mis exámenes, pero omitía el detalle de la mujer del pelo blanco. Nadie me creería y, si lo decía, pensarían que lo había inventado todo, así que achaqué mi fracaso a la falta de estudio. En fin... No creí necesario informar de ello a mi familia, así que me lo callé. Sin embargo, después del tercer suspenso, me dije: «Aquí pasa algo raro». Estaba empezando a sospechar. En aquel momento recibí una carta de mi padre donde me pedía que regresara a casa. Él trabaja como abogado en Kyūshū. Se casó y tuvo hijos muy joven; tenía veintitrés años cuando yo nací. El año pasado cumplió cincuenta y dos años y, gracias a que cuenta con el reconocimiento de sus colegas, puede vivir desahogadamente. Sin embargo, mi fracaso estaba empezando a enfadarlo. Volví una temporada a casa y me quedé hasta Año Nuevo, ya lo sabes. ¿Has notado algún cambio en mí desde mi regreso a Tokio?

—No, no he notado nada —dijo, negando con la cabeza.

—Cuando volví a casa, me sentía avergonzado. Había suspendido tres veces el mismo examen, así que no me apetecía presentarme delante de mi padre. ¡Soy humano! Cuando intenté excusarme, se me escapó lo de la mujer del cabello blanco. Mi padre apretó los labios, me miró fijamente y me preguntó: «¿Es eso cierto?». Le contesté que sí. Él se quedó callado y no volvió a dirigirme la palabra, lo que me hizo sospechar aún más. El comportamiento de mi padre sugería que sabía que se trataba de algo más que una crisis nerviosa, pero no dijo nada más y yo tampoco lo hice. Sin embargo, dos o tres días después me dijo: «No vuelvas a Tokio, no tienes por qué hacer ese examen». ¡Eso me dijo! Como no quería parecer un parásito, le pedí que me diera una oportunidad más. Regresaría a Tokio y, si suspendía otra vez, volvería de inmediato. Logré convencerlo y regresé a la capital. El examen de este año era mi última carta, el momento de demostrar mi talento. Pero, bueno, como ya sabes, el resultado fue el mismo. —Sonrió con tristeza y continuó—: La mujer del cabello blanco volvió a aparecer en el lugar del examen y suspendí. Aunque cada año he tomado asiento en sitios distintos, ese ente me ha seguido como una sombra. No hay forma de escapar de ella. Debe ser un fantasma, no puede ser otra cosa. Tras suspender esta vez me puse furioso; ese espectro me había estropeado cuatro convocatorias. Entonces decidí no darme por vencido y repetir el examen el año que viene, pero hace unos días recibí una carta de mi padre pidiéndome que regresara a casa. Tengo que cumplir mi promesa, no puedo desobedecerlo. Sin embargo, una parte de la carta me tomó por sorpresa. Decía así:

»“Aunque consiguieras aprobar el examen, la abogacía no te traería más que infelicidad. Esa es mi opinión. Aprovecha esta oportunidad, decídete y vuelve a casa; busca trabajo aquí. Sé que te resultará difícil tirar a la basura el esfuerzo de todos estos años, pero no solo me parece adecuado para ti: yo mismo renunciaré a mi profesión. Abandonaré la abogacía este año”.

—¿Por qué? —intervine.

—No lo sé —me contestó Yamagishi, pensativo—. Pero he decidido aceptar su consejo. Me marcho de Tokio, a finales del año me iré de la capital. Mi padre tiene algunas tierras, puede que esté pensando en dedicar la última etapa de su vida a la agricultura. Estoy pensando seriamente en ayudarlo, o buscaré otro tipo de trabajo. Ya lo meditaré con detenimiento cuando me haya marchado.

La tristeza me invadió de repente. ¡Qué lástima! El padre dejaba la abogacía y el hijo decidía rendirse, abandonar su sueño y volver a casa. Mi *senpai*, a quien tanto respetaba, se marchaba, y yo no podía hacer nada para ayudarlo. Bajé la mirada y escuché en silencio sus siguientes palabras.

—La historia que te he contado esta noche es un secreto entre tú y yo. No se la cuentes a nadie, ¿de acuerdo? Prometeme que no se lo dirás ni a su madre ni a Isako.

Se habrían sorprendido al saberlo, sobre todo Isako, pero no era necesario que lo supieran; respetaría la petición de Yamagishi.

No comimos ni un bocado de la segunda ración de anguila, pero nos pareció un desperdicio dejarla y pedimos que nos la envolvieran para llevar. Yamagishi dijo que se la llevaría a Isako. Un rastrillo, un amuleto y una ración de anguila. Isako se alegraría mucho, pero yo me sentía triste porque conocía la historia que había detrás.

Cuando salimos soplaban un viento invernal, helado y más fuerte que antes. Caminamos hasta la casa de huéspedes en silencio.

IV

Le dimos a Isako sus regalos y se puso muy contenta. El aya también. Para Isako, la felicidad era doble porque eran presentes de

Yamagishi. Yo estaba muy deprimido, así que me despedí y me fui a mi cuarto.

En la casa de las Horikawa había cinco habitaciones en el primer piso y dos en la planta baja. Yamagishi vivía abajo, en un cuarto de seis tatamis. Yo me alojaba en la primera planta, en un dormitorio de cuatro tatamis y medio orientado al norte en el que nunca daba el sol. Hacía mucho frío y cuando había mucho viento, como aquella noche, uno se congelaba con solo oír el crujir de las ventanas. Como no me apetecía ponerme a estudiar, me metí en la cama, pero no logré dormirme. No podía conciliar el sueño, aunque no había esperado otra cosa.

No dejaba de pensar en la conversación de aquella noche.

¿Quién era la mujer del pelo blanco? Yamagishi creía que era un fantasma, pero yo no podía creer que un espectro apareciera de día y con tanta gente presente. No parecía posible. Además, su padre había actuado de un modo extraño al enterarse, lo que indicaba que había algo más. ¡El padre de Yamagishi sabía algo más! Iba a dejar la abogacía y había aconsejado a su hijo que no hiciera el examen. Debía haber alguna relación. Suponía que estaría relacionado con la profesión del padre, con algún secreto de su trabajo, pero Yamagishi no me había revelado más detalles. Puede que su padre le hubiera desvelado el secreto en aquella última carta. Era plausible que aquella fuera la razón por la que se había rendido y decidido abandonar la ciudad.

Mi mente comenzó a imaginar.

Ya que el padre de Yamagishi era abogado, aquello tendría que estar relacionado con algún litigio. No debió ser un juicio penal, probablemente fuera civil. Fuera la demandante o la demandada, el resultado había sido perjudicial para una mujer, una de cabello blanco. O bien se había suicidado o había muerto en gran agonía; eso era lo de menos. Lo importante era que antes de morir maldijo al padre de Yamagishi, y el producto de esa animadversión estaba haciendo sufrir a su hijo. Así planteada, la historia cumplía con todos los requisitos del típico cuento de fantasmas. Pero ¿sería posible

que algo tan asombroso ocurriera en la vida real? Tenía que admitirlo, era imposible.

Había olvidado un detalle: tenía que averiguar si la mujer del cabello blanco aparecía solo durante el examen o si lo hacía en cualquier otro lugar. Por lo que me había contado no era así, pero tenía que asegurarme bien.

Mientras pensaba todo eso oí el canto de un gallo, el de la tienda de arroz del vecindario.

A la mañana siguiente, el viento era tan frío que parecía que ya estábamos en invierno. Yo no había conseguido conciliar el sueño, pero a pesar de ello desayuné apresuradamente y me fui a clase. Para entonces el viento había cesado, el cielo estaba azul y despejado. Temía que algo ocurriera en mi ausencia; era una corazonada. Cuando regresé aquella tarde no noté ningún cambio: Isako estaba atareada y Yamagishi leía en su cuarto. Gran parte de mi angustia desapareció.

A las seis, cuando Isako me trajo la cena a la habitación, era casi de noche; ya se sabe que en noviembre es casi de noche a esa hora. Solo iluminaba mi cuarto la farola del exterior.

—Hoy hace mucho frío, ¿no te parece? —me dijo Isako. Estaba tan pálida como siempre. Su piel era casi transparente.

—Sí. ¡Menudo invierno nos espera!

Isako siempre dejaba la bandeja y se iba, pero aquella noche se sentó junto a la puerta.

—Suda, ayer saliste con Yamagishi, ¿verdad?

—Sí... Claro —contesté sin dar detalles. Me resultaba un poco incómodo que me preguntara sobre Yamagishi.

—¿Te contó algo? —me preguntó, como si supiera la verdad.

—¿Algo? ¿A qué te refieres?

—Últimamente recibe muchas noticias de su familia. Este mes han llegado tres telegramas y varias cartas.

—¿En serio? —dije como si no lo supiera.

—Creo que pasa algo importante. ¿Tú no sabes nada?

—Ni idea.

—¿Él no te contó nada ayer? Tengo la corazonada de que se marchará pronto. No hablasteis de eso, ¿verdad?

Estaba sorprendido, pero había prometido guardar el secreto y no podía contar nada. Como si me leyera la mente, Isako insistió.

—Tú siempre estás con él. Sois muy amigos. Sabes algo, ¿verdad? No me mientas. ¡Dímelo, por favor!

En otras circunstancias se lo hubiera contado, pero sabía que eso solo traería más problemas. Además, no sabía hasta qué punto había avanzado la relación entre Isako y Yamagishi y no quería meter la pata. Tenía que cumplir mi palabra. Resistí el interrogatorio y me hice el tonto. Pero Isako palideció, hizo una mueca y dijo algo inverosímil:

—¡Yamagishi es un hombre horrible! ¡Me da miedo!

—¿Por qué?

—¿Recuerdas la anguila que me trajo anoche?

Entonces Isako me contó lo siguiente: como era muy tarde había dejado la anguila en una de las alacenas de la cocina para comérsela hoy. En el vecindario había un gato negro callejero que por la mañana aprovechó un descuido de la sirvienta para comerse una de las brochetas de anguila. Pensaron que se la habría llevado al patio trasero para comérsela pero, cuando fueron a buscarlo, lo encontraron vomitando. El gato estaba envenenado. Y había muerto.

Al escuchar su relato, sentí que no podía seguir eludiendo aquella conversación.

—¿Estás segura de que el gato se envenenó con la anguila? —le pregunté, negando con la cabeza—. ¿Y el resto de brochetas?

—Estaba asustada, así que se lo conté a mi madre y decidimos tirarlas. Además, rompimos el rastrillo y tiramos el amuleto.

—Pero nosotros comimos anguila y míranos, estamos bien...

—¡Por eso digo que es un hombre horrible! —exclamó con la mirada brillante—. Me dijo que era un regalo, pero su intención era envenenarme. Si no fue así, ¿cómo es posible que vuestras

anguilas no tuvieran nada y las nuestras estuviesen envenenadas?
¿No te parece raro?

—Estoy de acuerdo, es muy raro, pero... Eso no es totalmente correcto. Las anguilas no las compramos para regalártelas sino para comerlas; como sobraron, las pedimos para llevar. Yo estuve todo el tiempo con Yamagishi y no vi que les pusiera nada. Te doy mi palabra. O la anguila se pudrió por la noche, o el gato se envenenó con otra cosa. Esta es la explicación más convincente. Ni Yamagishi ni yo tenemos nada que ver en esto.

A pesar de mi acalorada defensa, no conseguí convencer a Isako. Además, había empezado a mirarme mal y eso me hizo enfadar.

—¿A qué vienen todas estas sospechas? ¡Solo ha muerto un gato! ¿Hay alguna otra razón? —le pregunté.

—Hay otras razones, sin duda.

—¿Cuáles?

—¡No te las voy a decir! —me contestó Isako. Era evidente que no pensaba responder ninguna pregunta.

Estaba enfadado, pero no era prudente discutir con Isako en aquel estado de histeria. Habría sido una pérdida de tiempo, así que decidí callarme. En ese momento escuchamos la voz de su madre e Isako se retiró en silencio.

Mientras comía no dejé de dar vueltas a lo ocurrido.

A diferencia del asunto del fantasma, lo del veneno parecía ser cierto. Tanto Isako como el aya creían que Yamagishi había intentado envenenarlas así que, por su bien, era mi deber resolver aquel embrollo.

Mi duda era: ¿sabrá él todo el alboroto que se ha armado? Tenía que enterarme de eso primero, así que cené y bajé de inmediato. Me dirigí al cuarto de Yamagishi para preguntarle, pero no lo encontré. Después de cenar había salido a pasear.

Mi cabeza era un caos. No tenía ganas de subir a mi habitación, así que me marché de casa. Al salir, el aya me vio y me llamó.

—¡Suda! ¡Suda!

Me detuve junto al buzón al escuchar mi nombre. El aya se acercó corriendo. Tras asegurarse de que nadie nos oía, me preguntó en voz baja:

—¿Isako te ha dicho algo?

No sabía qué responder, así que no dije nada.

—¿No te ha contado nada sobre la anguila de anoche?

—Sí, lo ha hecho —contesté con decisión—. Algo de un gato negro que murió tras comerse la anguila.

—El gato se ha muerto, eso es verdad, pero... Estoy muy preocupada por Isako.

—¡Sus sospechas no tienen fundamento! ¡Yamagishi jamás haría nada que la dañara!

Estaba tan alterado que el aya se quedó anonadada, pero volvió a mirar sobre su hombro y susurró:

—No sé si lo sabes, pero últimamente no dejamos de recibir telegramas y cartas para Yamagishi. Eso está afectando mucho a mi hija. Teme que vaya a regresar a su pueblo...

—Aunque eso fuera cierto, ¿qué le importa a ella? ¿Es que Yamagishi tiene algún compromiso con Isako? —le pregunté, ya sin ningún respeto.

El aya parecía molesta. No respondió y se quedó un momento callada. Eso me confirmó que las sospechas del resto de huéspedes eran ciertas: había algo entre Yamagishi e Isako. Además, era obvio que el aya había dado su consentimiento.

—Ya sabes cómo es Yamagishi; aunque regrese a su casa, no creo que lo haga sin avisar. Todo esto tiene fácil arreglo, no es necesario preocuparse tanto. Y, diga lo que diga Isako, esto no tiene nada que ver con el asunto de la anguila.

A continuación le expliqué al aya lo ocurrido, como había hecho con Isako.

La mujer lo entendió y asintió.

—Tienes razón, Yamagishi no pudo hacer algo así. Isako es muy tranquila normalmente, pero últimamente está bajo mucha presión.

—¿No estará sufriendo un ataque de histeria?

—Es posible —dijo la dueña con tristeza.

Aunque seguía un poco enfadado, al ver la expresión preocupada del aya, que siempre había sido tan buena conmigo, me apené mucho. Quería consolarla. En ese momento vino el cartero a recoger la correspondencia y tuvimos que alejarnos de allí.

Cuando nos giramos, vi que Isako estaba en la puerta. Nos estaba mirando. Apenas podía distinguirla, pues la luz de la farola era muy tenue. La joven se dio cuenta de que la habíamos visto y entró en la casa de inmediato.

V

Me despedí del aya y caminé en dirección a Kojimachi. En ese momento, un coche pasó de largo. Estaba oscuro, pero tenía encendidos los faros delanteros. Me pareció raro. En el interior iba una señora que parecía tener el pelo blanco. Me recorrió un escalofrío y me detuve. El coche pasó como el viento. No sé a dónde se dirigía, simplemente desapareció.

Es posible que fuera una alucinación. Tenía que serlo. Yamagishi me había hablado mucho sobre el fantasma, sobre aquella mujer de cabello blanco, y por eso había creído que la ocupante del coche era ella. Aunque hubiera tenido el pelo blanco, son muchas las ancianas que tienen canas. Era solo una mujer de cabello blanco, no la que estaba atormentando a Yamagishi. Era absurdo, ¿por qué iba a ser la misma persona? De todos modos, aquella tétrica visión me había asustado un poco.

—Madre mía, qué miedoso. Soy un auténtico cobarde —me dije, socarronamente.

Seguí caminando por la calle iluminada, junto a las vías del tren. No soplaban el viento, pero hacía mucho frío. Cuando llegué a

Yotsuya Mitsuke comencé a andar cada vez más deprisa. No llevaba sombrero ni abrigo y el frío me atravesaba los huesos, pero tenía la sensación de que había pasado algo siniestro en mi ausencia. Mis pasos se hicieron más rápidos al acercarme a la casa. Crucé la calle. La luz de la luna alumbraba el asfalto cubierto de escarcha. En algún lugar de la ciudad ladraba un perro.

Atravesé la puerta de la casa de las Horikawa y me quedé paralizado. Mientras yo daba la vuelta a Yotsuya Mitsuke, Isako había ingerido un veneno o un medicamento fuerte y estaba muerta. Yamagishi no había regresado todavía. La joven se había quitado la vida en su cuarto y había dejado una nota en el cinturón de su kimono. Estaba dirigida a su madre: «Yamagishi me ha asesinado».

Solo ponía eso. El aya estaba desconsolada. La policía y los peritos estaban ya allí, investigando el lugar donde había ocurrido.

La sirvienta les contó lo del gato muerto y me interrogaron. Cuando Yamagishi regresó, lo arrestaron. Isako se había suicidado, pero aún no se había aclarado el asunto del gato. Además, la nota culpaba directamente a Yamagishi. Era comprensible que lo hicieran.

En el interrogatorio, Yamagishi negó su relación con Isako.

—Solo nos vimos una vez, a principios de verano. Yo estaba dando un paseo bajo los cerezos de la embajada inglesa. Isako me estaba siguiendo, y cuando me di cuenta la invité a acompañarme. Hablamos durante una hora, pero eso fue lo único que hicimos. En cierto momento me preguntó: «¿Por qué no te has casado?». Yo le contesté con una sonrisa: «Nadie se casaría con un hombre que no es capaz de aprobar el examen de abogacía». Ella insistió: «Pero supón que alguien quisiera. ¿Te casarías?». Yo contesté: «Si hubiese una persona tan amable, lo haría con mucho gusto». Eso es todo lo que recuerdo. Solo eso. Isako no volvió a decirme nada más. Yo tampoco lo hice.

El aya lo constató:

—Yo sabía más o menos que mi hija estaba enamorada de Yamagishi. De ser posible habría querido cumplir ese deseo, pero

no creo que haya habido una relación amorosa entre ellos dos.

Tras analizar sus declaraciones, la policía llegó a una conclusión: Isako se había deprimido al descubrir que Yamagishi iba a marcharse y fue el desamor lo que la llevó a suicidarse. No había otra explicación. Ella misma mató al gato; quería probar el efecto del veneno y lo puso adrede en la anguila. Le hicieron una autopsia al gato y descubrieron que se trataba del mismo veneno que había usado para suicidarse.

Lo que no quedó claro fue por qué dejó el gato muerto como prueba, y por qué acusó a Yamagishi de querer envenenarla. Puede que fuera una reacción de su ataque de histeria, producto del desamor. No había que tenerlo en consideración.

Así, Yamagishi fue puesto en libertad. No hubo más escándalo y todo se solucionó de manera normal. Pero había un detalle que seguía siendo un misterio: el cabello del cadáver de Isako se había vuelto blanco de manera natural. Cuando la metieron en el féretro, tenía el cabello cano como el de una anciana. Dicen que fue debido al veneno que ingirió pero, en el velatorio, su madre contó lo siguiente:

—Esa noche, cuando me despedí de Suda y regresé a casa, no encontré a Isako. No sabía dónde se había metido. Me senté junto a la estufa y escuché que un coche se detenía ante la casa. Pensé que alguien había venido. Salí a ver quién era pero no había ni rastro de ningún coche. Me pareció raro, así que eché un vistazo en los alrededores y fue entonces cuando la sirvienta empezó a gritar: «¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!». Regresé a casa, asustada. Isako estaba muerta en la habitación de Yamagishi.

Todos estábamos escuchando en silencio, Yamagishi incluido. Yo era el único que no podía callarme, o eso creía. Estuve a punto de decir: «Ese coche...», pero me contuve. No me pareció buena idea decirlo delante del aya, que no sabía nada.

Al día siguiente, cuando terminó el funeral, Yamagishi tomó el tren nocturno. Regresaba a su tierra. Yo lo acompañé hasta la estación de Tokio. Era una noche sin estrellas, oscura y fría.

Mientras aguardábamos en la sala de espera, le conté rápidamente el incidente del coche. Yamagishi asintió y le pregunté:

—¿Solo veías a la mujer del pelo blanco durante el examen? Dime, ¿no la veías en ningún otro sitio?

—Desde que comencé a vivir en la casa de las Horikawa la veía a menudo —me contestó sin titubear—. Ahora te lo puedo contar: la cara de ese fantasma, de ese demonio de cabello blanco, era muy parecida a la de Isako. Me contaron que después de su muerte su cabello se volvió blanco, pero voy a decirte una cosa que no contaré a nadie más: para mí siempre fue de ese color. Blanco.

Me quedé paralizado y un escalofrío atravesó mi espalda. Justo en ese momento sonó la campana que anunciaba la salida del tren.

(1928)

Kaiiki: un relato de espíritus marinos

Por Kyōka Izumi

Traducción de Isami Romero

I

Un camino entre las dunas conducía al mar salvaje. A ambos lados había sendos acantilados que se encontraban en el punto central como las cabezas unidas de dos terribles bestias. Justo al lado del camino, casi pegada a uno de los despeñaderos, se hallaba una pequeña casa donde vivía un pescador con su familia.

Uno de estos acantilados se había enfrentado a las olas desde tiempos remotos con la firmeza de un escudo metálico, protegiendo el lugar de la marea, tan fuerte allí que deshacía la nieve, y el carrizo había desaparecido por completo de las dunas.

Matsugorō caminaba por el acantilado cuya fachada detenía el golpe de las olas como si estuviera preso entre dos peligrosas fieras. Había dejado esperando en casa a su amada y bella esposa, Onami, así como a un tierno bebé. A continuación bajó a la playa de las dunas, se adentró en el mar, y remó a través del mar salvaje como una gaviota cruzando el cielo al amparo de las nubes.

El viento transportaba desde la playa el olor de las algas y de los lirios japoneses e impregnaba las mangas del kimono de Onami. En ausencia de su marido, pasaba el día en soledad, cantando nanas a su hijita y atareada con las labores del hogar, tejiendo, cosiendo o cocinando.

Ya estaba acostumbrada al sonido de las olas, pero en ocasiones la despertaba el cloqueo de las gallinas. Una noche, un ruido interrumpió el sueño que compartía con su bebé y salió a la puerta. Los insectos cantaban bajo la luna llena. Pensó en su amado esposo y tomó unas gotas de rocío para humedecerse el pecho bajo la ropa. Prestó atención sobre el susurro del viento entre las hojas, por si escuchaba alguna embarcación, pero solo oyó un cuco. Las enormes ballenas del invierno impactaban contra los colmillos del mar que se arremolinaban en dirección contraria. Volvió a la cama, acunó al bebé y lloró hasta que sus lágrimas quedaron congeladas sobre la almohada.

Mientras, su marido estaba en la oscura noche, sobreviviendo a la lluvia y el viento, con el remo en la mano y las nubes sobre la cabeza, rodeado de los peces y las olas del mar.

Para ganarse la vida, el pescador viajaba de puerto en puerto y de bahía en bahía. El sur era caluroso y el norte, frío; en el trayecto a veces hacía sol y otras estaba nublado. Al oeste de Boshū, en la intersección con Tateyama-Hokujō, donde se encontraban Maehara, Kamogawa, Furukawa, Shirako y Kotto, y también en la orilla de Senkura o en las playas de Emi-Wada solían aparecer espíritus marinos. Rodeado de agua por todas partes, más allá de la blanca vela no había nada más que océano. Era sabido por todos que aquella extensa masa de agua era un lugar de grandes corrientes.

La casa del pescador estaba en la costa de Emi. Se habían mudado allí tras casarse, con apenas veintitrés años. Estaba construida de madera, con vistas a la orilla y rodeada de carrizo entre los imponentes acantilados de piedra que se alzaban como los muros de un castillo.

Aquel otoño, su mujer había dado a luz a la pequeña Ohama, que en esos momentos dormía plácidamente impregnando de ternura toda la casa: el tatami, los futones, y el perro de papel maché y el tentetieso que tenía como juguetes. Onami estaba fuera, tendiendo la ropa con las mangas remangadas sin miedo a que el sol quemara su blanca piel urbana. El sonido de las olas parecía el de las cuerdas de un *koto*^[3]. Sonaba de un modo tan familiar que resultaba dulce.

Sobre las tres apareció una silueta entre los árboles. La figura se acercó al huerto, donde volaban unas libélulas rojas, y gritó:

—¡Extra, extra!

//

—Sannosuke, ¿qué hay de nuevo? —preguntó Onami al niño mientras cosía. Lo conocía bien, pues pasaba por allí todos los días al volver de la lonja.

El chico, que tenía trece años, llevaba una mano metida dentro del kimono; al parecer había comprado una bolsa de dulces y la llevaba allí guardada. Sacó una caña de azúcar, la mordió con los dientes delanteros y empezó a masticarla. Parecía un *fukusuke*^[4], de esos a los que se tiran dardos en los puestos de las ferias. Llevaba un trapo atado a la frente y un kimono azul marino un poco desvaído; su cinturón amarillo se encontraba medio roto y se lo había sujetado con un lazo.

El padre del muchacho era muy devoto de Amitababha y llevaba siempre un rosario budista, incluso mientras reparaba sus redes rotas. Los cuervos se posaban en el tejado para observar al hombre. Este siempre tenía a mano el rifle que había pertenecido a su familia desde hacía tres generaciones. Sentado con las piernas cruzadas,

mostrando sus rodillas desnudas, tomaba con cuidado el arma y, después de inhalar profundamente, se incorporaba. Aunque le entrara polvo en los ojos y se le saltaran las lágrimas, no fallaba ningún disparo; los pájaros negros siempre caían. «Recógelos», decía a su hijo sin inmutarse. Luego rezaba el *namuamidabutsu* y seguía reparando sus redes.

Cenaban los cuervos asados. Debían haberse comido unos treinta y tres mil trescientos. Como creía que Sannosuke podía ser la reencarnación de alguno de ellos, el padre lo había apodado «Pequeño Cuervo».

El niño movió las cejas de arriba abajo y sonrió a Onami mostrando sus dientes blancos.

—Oye, ¿sabes lo que me ha pasado? Esta mañana me dolía la barriga y el Inaba-Maru partió sin mí, pero se me pasó enseguida.

—Vaya, menudo incordio. ¿Estás recuperado del todo? —le preguntó la mujer mientras tiraba de las puntas de su kimono carmín.

—Ah, sí. Ya no tengo nada.

—Oye, pero si te comes todo eso te dolerá de nuevo la barriga, ¿sabes?

—¿Por qué dices eso?

—Es lo que ocurrirá si te das un atracón de dulces.

—Ah, ¿te refieres a estos?

Entrecerró los ojos y se lamió el labio inferior.

—¡Qué tiene de malo que coma un poco! Los compré en la tienda de la abuela para regalárselos a mi novia, pero parecían deliciosos y no pude evitar comer uno. Solo uno, ¿eh? Voy a darle el resto a ella. —Apoyó las manos en la baranda y, señalando el lugar donde estaba la cama del bebé, preguntó—: ¿Está dormida?

—Sí. Acabo de ponerla a echar la siesta.

—Qué poca consideración, encima de que le he traído los dulces. Oye, Ohama, ¿por qué no te despiertas? —exclamó con el ceño fruncido—. No te preocupes, Onami, no voy a despertarla, pero, mira, hay unas moscas revoloteando a su alrededor.

—¡Qué moscas tan molestas! Hay que tener la mosquitera puesta aunque sea mediodía y no haya mosquitos. ¡Pobre hija mía, qué cariño le tienen esos bichos! He puesto pegamento, pero se quedan pegadas y hacen mucho ruido. Oye, Sannosuke, ¿a qué has venido?

—A capturar unas cañadillas para añadirlas a la sopa de pasta de soja —contestó el muchacho con gesto serio.



El muchacho era hogareño, pese a su edad y a vivir en circunstancias humildes en una casa siempre cubierta por la neblina de las salinas.

—Me sorprende, Sannosuke, que seas tan familiar. Tratas muy bien a la niña —le dijo Onami con una sonrisa.

El chico se rio con timidez.

—No es para tanto. Desde que Ohama nació no gastó ningún dinero en mí, y ahorro todas las monedas que llegan a mis manos. Por eso puedo comprarle juguetes y dulces.

La mujer observó la labor que tenía en la mano.

—¿Por qué eres así? —le preguntó con tristeza—. A tu edad, en vez de traer cosas a un bebé, deberías gastar el dinero en lo que quisieras. Me haces muy feliz pero, en serio, me gustaría que gastaras tus ahorros en ti.

Sannosuke bajó los ojos, contento.

—No importa, no te preocupes. Prefiero que disfrute de ello mi futura esposa.

—Caramba, ¡qué cosas dices! —exclamó Onami, sonriendo—. ¡Eres muy generoso!

Sannosuke asintió.

—Todos los hombres somos iguales; también tu marido, Marugorō, es así. Aunque deba enfrentarse a grandes tormentas, gana dinero para mantener el hogar y que Ohama y tú tengáis lo necesario. Por eso no le importa pasar frío.

—No digas tonterías —le respondió la mujer, que no pudo evitar ruborizarse al oír sus palabras.

—No es ninguna tontería. A cambio, tú trabajas en casa, ¿no? Cuando me case, también me gustaría que mi mujer se quedara cosiendo mientras yo salgo a pescar.

—Claro. Voy a hacer algo para ti, Sannosuke. ¿Qué te gustaría?

—Bueno, mejor en otro momento. Ahora estoy bien con lo que llevo puesto.

El joven puso la bolsa de dulces sobre la baranda, pero estaba tan nervioso que un par de caramelos salieron rodando.

—¡Vaya! —exclamó, y se puso de rodillas para recogerlos. Se metió uno en la boca y lo saboreó—. Está delicioso.

La mujer dejó su labor y se incorporó.

—Sannosuke...

—Dime.

—El cinturón que llevas está hecho un desastre. Aprovechando que estás aquí, te lo voy a arreglar.

—No te molestes —contestó, dando un paso atrás.

—¡Pero si se te cae a trozos!

El niño silbó, dio media vuelta y echó a correr a toda velocidad, tarareando el principio de una canción popular.

—¡Oh!

Un perro de color café que estaba tomando el sol se asustó y salió huyendo, levantando arena con sus patas al correr.

—¡Te lo tienes bien merecido, chucho debilucho! —le gritó al perro—. ¿Es que no sabes quién soy? ¡Te enfrentas, nada más y nada menos, que a Sannosuke, el Pequeño Cuervo!

—¡Qué susto me has dado, caray! —exclamó Onami—. ¿Por qué gritas de repente? Ay, en serio, casi se me sale el corazón.

La mujer se sentó en el porche. Se colocó bien los talones de las sandalias y se puso una mano en la espalda. Contempló el cielo un instante, cansada, mientras se masajeaba el pecho.

—¡Qué perro tan cobarde! Seguro que te has escapado de una gran casa de Tokio, una de esas donde las mujeres caminan arrastrando sus kimonos.

Onami tomó la labor que había dejado, se secó un poco los ojos y se metió un mechón de cabello detrás de la sonrosada oreja.

—¡Qué ruidoso eres! Deja ya de gritar al perro, no seas malo. ¡Qué sabrás tú de mujeres!

—He visto las que aparecen en los *nishiki-e*^[5]. Y a todas les arrastra el kimono.

—Esas son princesas de otras épocas. Yo serví en la mansión del señor Inaba y a nadie le arrastraba el kimono.

—No quiero que me arregles el cinturón. Si fueras una sirvienta, o mi esposa, no me importaría, pero la esposa de otro hombre no debe mostrarse tan sumisa. No quiero que Ohama se críe así.

Sannosuke tenía una expresión altanera que no encajaba con su rostro infantil; parecía un muñeco con la tripa llena de engranajes.

Onami lo miró con seriedad.

—Presumes de ser muy valiente, pero creo que en realidad no tienes agallas. ¿Es que ya no recuerdas lo que pasó en mayo?

—¿En mayo? —repitió Sannosuke, poniendo los ojos en blanco.

—Creo que fue en esa época. Genji, Senta y el viejo Riemon dejaron de llamarte Pequeño Cuervo y empezaron a decirte Sannosuke el Llorica, el Llorón, el Quejica. Te dijeron que iban a cambiarte el nombre porque te asustas con facilidad y siempre estás llorando —le dijo con tono burlón. El muchacho hizo una mueca

mientras jugueteaba con su cinturón y bajó la mirada—. ¿Ves? Eres un llorón.

—Es que... Es que... Eso no es verdad —dijo Sannosuke, con rabia reflejada en el rostro—. No hay nadie de mi edad que pueda manejar un atunero, ¿sabes? Los mocosos de esta zona se pasan el día jugando en la playa. Solo saben pescar *medakas* en las presas o atrapar las carpas que chapotean en las zonas poco profundas del río Furukawa. En cuanto te adentras en el mar, el oleaje es fuerte. Las olas se alzan hasta el cielo, altas como una montaña. Y eso cuando el día es bueno. Si encuentras tormenta, todo se oscurece por completo y no puedes distinguir las olas de las cascadas. El agua dulce se mezcla con la salada.

Y a través de las redes llenas de sal se escucha un cantar, como si alguien llorara en la costa.

Le temblaron los hombros y agitó con fuerza los brazos.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué te llaman Sannosuke el Llorón?

El muchacho hizo una mueca y siguió toqueteando el cinturón.

—Es que... ¡Tengo que irme!

V

Onami intentó detenerlo.

—Oye, espera. Tengo algo que pedirte.

El niño ya había emprendido la huida, pero se detuvo.

—Es que tengo prisa.

—Oye, escúchame. ¡Espera un momento, caray!

Se puso de pie para perseguirlo, pero el niño, después de cinco pasos, dio media vuelta de un salto y se detuvo ante Onami.

—¿Qué quieres? —le preguntó, levantando la barbilla.

La mujer retrocedió, sobresaltada.

—Caramba, has vuelto a asustarme.

—Siempre igual. Qué cobarde eres.

—Ah, claro, como si usted fuera muy valiente, don Sannosuke. Cuéntame por qué te pusiste a llorar.

—Si no es posible ser valiente y llorar, entonces será cierto que soy un cobarde —dijo el muchacho, parpadeando varias veces—. ¿Hay alguien en este mundo que sea fuerte y llorón a la vez?

—No lo creo.

—Tú también habrías llorado. Lo que pasó fue que unas luces fantasmagóricas, unos fuegos espectrales, rodearon el barco durante toda la noche. El viejo Riemon es un desgraciado. Dijo que yo había llorado, pero no contó que él se había pasado toda la noche rezando —le dijo, con los ojos bien abiertos.

La mujer no sabía si era verdad, pero escondió su ansiedad y cambió el tono de sus palabras.

—¿Dices que unos fuegos fantasmagóricos rodearon el barco?

—Oh, no... —Sannosuke intentó taparse la boca—. Mejor me callo.

Apartó la mirada con una leve sonrisa, pero parecía asustado.

La mujer fingió desinterés, pero en realidad quería saber más.

—Está bien, no somos familia y no tienes obligación de contarme nada. Pero, dado que eres una persona ajena a esta casa, ya no serás el prometido de Ohama.

Juntó las mangas para retirarse y le dio la espalda.

El niño se golpeó la cabeza con las manos, como si se castigara.

—¡He metido la pata! Onami, no quería esconderte nada. Tanto Matsugorō como el viejo Riemon me dijeron que mantuviera el secreto y no te lo contara. Me advirtieron que, si lo hacía, te asustarías.

—Nadie me ha dicho nada. Me habría gustado que, al menos tú, me lo contaras.

—De acuerdo, te lo contaré. Pero no digas a nadie que he sido yo quien ha abierto la boca.

—¿Cómo voy a decirlo?

—Ohama tampoco debe saberlo, ¿de acuerdo?

Sigilosamente, miró desde la veranda el mosquitero que cubría la cama del bebé.

—¿Qué va a saber la niña?

—Bueno, no me gustaría que tuviera pesadillas.

—Oye, ¿tan terrorífico es lo que os pasó? —le preguntó Onami, agarrándose a una de las columnas del porche.

—Sí, tanto que yo lloré y Riemon rezó. En mayo embarcamos tres días para pescar bonito, así que pasamos dos noches en el mar. Esto sucedió a medianoche, después de cenar. Había tanta niebla que no sabíamos dónde estaba la costa, ni tampoco las montañas. Llevaba lloviznando desde el mediodía y Senta manejaba el timón mientras el resto nos resguardábamos. De pronto nos dijo: «Tengo mucho frío y hace mucho viento, que alguien me releve», y abandonó su puesto. El barco se tambaleó, pero de pronto se detuvo el oleaje y comenzamos a avanzar sin saber a dónde nos dirigíamos.

La mujer encorvó la espalda y se agarró el pecho.

VI

—«La verdura de la cena estaba demasiado salada y quiero refrescarme la garganta. No me importa que sea con agua de lluvia», dijo el viejo Riemon, y relevó a Senta. Un poco más tarde, el viejo le dijo: «Oye, eres un zorro astuto. Te has ido porque has visto algo, ¿verdad?». El otro le contestó: «No digas tonterías. En serio, solo tenía frío». En ese momento, desde las olas, alguien comenzó a llamarnos: «*Joi, ajoi*». No sabíamos de dónde venía ese sonido. Parecía estar cerca, pero también se escuchaba lejos. Media hora después oímos al viejo gritar. «¡Venid! Maldita sea, ¡qué noche tan

horrible! Creo que me ha dado un cólico. ¡Que venga alguien, que no me puedo mover!». «Ve y agarra el remo, que me duele la cabeza», se excusaba uno. «Ve tú, maldita sea, que yo tengo beriberi», contestaba otro. Nadie quería salir. Matsugorō se dirigió a mí con la brújula en la mano: «Que se ocupe el niño». Nos dimos cuenta de que, dadas las circunstancias, yo era el único preparado para hacerlo. Así que grité: «¡Dejadlo en mis manos!».

Después de decir esas palabras, el muchacho se apretó con fuerza el cinturón.

—Cuando salí, las olas golpeaban el barco y la lluvia lo había dejado todo resbaladizo. Me armé de valor, tomé el enorme remo de *zeko/va* y remé con todas mis fuerzas. La lluvia me calaba la ropa y no sabía dónde empezaba el cielo ni dónde terminaba el mar. Era como si flotara sobre las montañas que se ven a lo lejos a mediodía. Noté un gran estruendo debajo del barco. «*Ajoi, joi, ajoi*». Una extraña voz vibraba en todos los rincones de aquel mar negro. «Si buscas el oeste, ve hacia poniente; si prefieres el sur, ve hacia ese lado», escuché decir. Las olas bramaban y aquella voz flotaba y se sumergía; un momento parecía lejana, al siguiente la sentía al lado. Al cabo de un rato aparecieron los fuegos. Entre el barco y la costa, a unos dos kilómetros en medio del mar negro, se alzaban en fila unas llamas grandes y brillantes. En ese momento me asusté y no lo pude evitar: lloré.

—Oh —exclamó Onami.

—«Guarda silencio, no se lo cuentes a nadie», me ordenó el viejo Riemon desde abajo. «Esas son las almas de las personas de tierra firme. Dicen que, si a los quince años no las has visto, jamás las verás. Eres afortunado; tú solo tienes trece años», me explicó Senta. Al escucharlo sentí frío en las muñecas y agarré el remo con fuerza.

—Es normal que lloraras por eso. Tuviste miedo.

La brisa agitó el cabello de Onami y ella también sintió miedo. El sol del atardecer brillaba sobre la cara del muchacho, las libélulas rojas y el mijo.

—Soy el prometido de Ohama, no lloraría solo por eso. Aquellas extrañas llamas se acercaban a nosotros. Remé cuanto pude. En ese momento cambiaron de apariencia; formaron una gran ola, se alzaron sobre nuestras cabezas y a continuación se hundieron bajo el barco como un acantilado. Entonces asumieron la forma de una especie de serpiente marina. Y, mientras tanto, seguían escuchándose las voces: «*Ajoi, joi, ajoi*». Flotaban, se hundían, emergían, se alejaban, subían, bajaban...

VII

—Después, para mi sorpresa, parecía que se acercaba alguien remando entre las llamas. Como no quería que nos alcanzara, remé lo más rápido que pude. Sin embargo, seguía acercándose. Tenía que hacer algo, pero estaba muerto de miedo y me quede petrificado. Las llamas seguían acercándose. De pronto se alzaron como un pájaro, alejándose del agua, y se colocaron frente a la proa. Nos habían rodeado por completo. Entonces formaron una elipse deforme y apareció una turbia sombra de color amarillo. Esa luz amarilla lo cubrió todo, desde la proa hasta la mitad del barco, como una mujer con los brazos abiertos. Era enorme, en serio. De repente, el remo se volvió muy pesado. No me lo esperaba y lo solté. Palidecí y uno de los hombres me dijo: «Muchacho, tienes la cara amarilla... Se trata de un fuego fantasmal». «Rema en silencio, no hagas nada más», me ordenó Matsugorō. ¿Qué otra cosa podía hacer? Seguí mirando ese fuego. Era borroso, amarillo, y en la parte inferior se movía algo que parecía una serpiente.

—¡No me digas! Pero, Sannosuke, ¿qué era? —le preguntó la mujer, nerviosa, y se sentó a la sombra del alero.

Como estaban a finales de otoño, el sol abandonó su color amarillo por un púrpura pálido.

—No comprendía nada, pero era como si alguien hubiera estirado y golpeado los intestinos de un pez globo de ojos rojos. Era de un carmín intenso, aunque luego se volvía pálido. Lo único que recuerdo era que se acercaba a la proa, se alejaba y caía al mar en una espiral que brillaba como los ojos de un pez al verse alejado por las olas. Ya no me pesaban los hombros y el barco comenzó a avanzar a buen ritmo. Los hombres estaban en silencio y se escuchaban unos ronquidos tenues. Amaneció y la mar se calmó. Suspiré de alivio, pero volví a escuchar ese sonido: «*Ajoi, ajoi*». Como me habían dicho que remara en silencio, no lloré, pero en mi interior estaba gritando. Me tapé las orejas para no oírlo, pero, maldita sea, el fuego había poseído el barco y no dejaba de llamarme. Ya no había oleaje, pero seguía en un lío. Las llamas se extendieron de repente como si fueran los enormes testículos de un perro mapache. A su alrededor, las olas brillaban amarillentas. En el centro había unas islas negras, estrechas y relucientes. Mi padre me contó una noche que los fuegos fantasmagóricos eran una maldición de los tiburones. Eso explicaba los ojos, dos bolas rojas que me fulminaban. Entonces se separaron y aparecieron cientos, no, miles de peces nadando entre las olas amarillas. Parecía una noche en el mar de China, o en la India, o incluso en Holanda, pero no lloré por eso —dijo el niño con un suspiro. Hizo una pausa y miró a su alrededor.

El cielo y el mar más allá de las dunas, enfrentados como bestias, estaban un poco amarillentos.

—Un rato después, volvieron a rodearnos como si fueran monos. Las llamas menguaron hasta el tamaño de un hombre agachado. Oscureció de inmediato. Esas malditas llamas fantasmales comenzaron a burbujear y se escondieron sobre el timón y debajo de mis pies. Me tapé los ojos. Cuando atraparon el remo que yo sostenía, se me pusieron las uñas amarillas e incluso los ojos se me tiñeron de ese color. Las olas que golpeaban el lateral del barco también amarillearon. Brillaba todo de un color dorado, como si el barco estuviera hecho de oro. Eso no habría estado mal, ¿verdad, Onarni? Pero se trataba de un embrujo, así que no auguraba nada bueno. En algunos momentos, las llamas se desvanecían como si fueran humo, pero el monstruo recuperaba las fuerzas y volvía a la carga. Intenté remar, pero el fuego maldito se había encaramado al timón. Me puse furioso. En ese momento, el viejo Riemon me preguntó: «¿Ya ha alcanzado el timón?». «Sí, y sigue avanzando», le respondí. Cuando escuchó mi respuesta, Matsugorō dijo: «Eso no es bueno. Ya sabéis lo que hay que hacer». Parecía deprimido. «Niño, mira, fíjate en lo que hay en el centro del fuego fantasmal: vas a ver a los muertos, ese es el aspecto del infierno», me dijo Senta. «Es solo un niño, no le digas tonterías», replicó Matsugorō. Entonces no pude aguantar más y me puse a llorar y a chillar de miedo.

Parecía un cuento fantástico, pero la mujer no dijo nada. El color había abandonado sus labios.

—En ese momento, la silueta de Matsugorō apareció en la penumbra. «Déjame a mí, vete a dormir», me dijo. «Este espíritu está siendo un hueso duro de roer, ¿verdad?». Levantó las palmas de las manos. «Se avecina mal tiempo, descansa un poco», dijo mientras agarraba el remo y miraba hacia el cielo. Yo giré la cabeza en esa dirección, por donde el sol se había escondido: todo estaba teñido de un turbio color rojo. Las olas parecían *umibōzus*^[6] negros del tamaño de montañas. Me reuní con los demás. Eramos ocho o nueve personas en el interior del barco, en medio de un mar desconocido y rodeados de monstruos. Se avecinaba una fuerte

tormenta y el único que seguía moviéndose con energía era Matsugorō. Me estremecí solo de pensarlo, pero siendo el capitán era su deber actuar de esa manera.

La mujer parecía angustiada.

—Bueno, ese es su trabajo —suspiró.

El muchacho giró de repente la cabeza y se tapó las orejas con las manos.

—Estruendos... Sonaban por todas partes. Era como si el monje del templo budista Chōenji estuviera tocando las campanas del mediodía. Me terminó ganando el sueño. Sentí como si un luchador de sumo me hubiera lanzado y, cuando abrí los ojos, descubrí que había agua en el suelo. «Estamos en un embrollo, achicad el agua». Los hombres corrían por todas partes. La estera salió volando. Había un ruido terrible; de repente, estaba cayendo un aguacero. Esos malditos *umibōzus* negros estaban en todas partes, a derecha e izquierda. Se pusieron en fila, agarrados de las manos, y cuando levantaron los brazos se abrió una especie de boca en sus mangas de las que salieron unas columnas de agua que golpearon el barco. «*Ajoi, ajoi*». Seguían oyéndose esas voces; podíamos escucharlas desde todas partes.

IX

—En ese momento, el barco comenzó a avanzar a toda máquina. Unas voces nos llamaban, pero no eran nuestras. Eran las llamas fantasmagóricas que seguían sobre el timón. De pronto apareció una sombra. Tenía forma de barco. Estaba rodeada de un humo de color gris y aparecía y desaparecía. «Gracias a los dioses. Es una isla. Puedo verla. Calmaos todos», dijo Senta. «Oh, ¡hemos conseguido llegar a una isla!», exclamó el viejo Riemon. Entonces

se resolvió la silueta de una montaña y de la oscuridad emergieron las ramas de un gran árbol que se movía sobre el agua. Flotaba sobre las olas como si fuera a incrustarse en el mástil. «¿Es que has perdido la cabeza? ¿Qué demonios dices, viejo? No es una isla ni una montaña; un barco fantasma nos está atrayendo hacia los arrecifes. ¡No perdáis la cabeza, mantened la calma!», nos gritó el capitán. Pero seguía arrastrándonos. Entonces Matsugorō empezó a desnudarse. «Quiero llegar a tierra firme y respirar aire puro. Dioses, salvadnos...», suplicó.

—¿Mi marido? —preguntó la mujer, y tragó saliva.

—Sí. El fuego fantasmal seguía controlando el timón. El resplandor amarillo lo cubría todo. El capitán se amarró una maroma a la cintura y nos dijo: «Voy a descubrir qué demonios está pasando, si se trata del *saha*^[7] o del infierno». No es de extrañar que lo apodaran «el Mérgulo». Se sumergió como el ave marina. La cuerda medía unas cien brazas, pero el mar la arrastró de golpe. Nadó treinta metros, quizá cuarenta. Parecía un arpón; a veces emergía, se contorsionaba, miraba a su alrededor y seguía nadando hacia las olas donde lo esperaban los *umibōzus*. Los demás agarrábamos la cuerda. El viejo Riemon estaba rezando. Un rato después, Matsugorō regresó. Colocó las manos sobre el timón; parecía un dios. «No hay nada. Lo que tenemos delante es un arrecife, no perdáis la cabeza», nos dijo. «Gracias, capitán, nos has salvado la vida», le dijimos todos, uniendo las manos. Tanto los *umibōzus* como la isla y la sombra del barco fantasma habían desaparecido de golpe. Lo único que quedó fueron esas olas que parecían montañas. Sin embargo, las llamas volvieron a aparecer por todas partes. El cielo, el barco, las caras de los hombres y las olas, incluso el inmenso mar, eran de color amarillo. «¡Maldita sea! ¿Qué queréis, llamas del demonio? Otra vez están por todas partes», gritamos todos, cabreados y resignados. Pero no eran las llamas; era el sol, que había aparecido en el cielo de oriente. No creo que puedas imaginártelo. El cielo y las olas habían regresado a la normalidad; lo que había emergido del agua la noche anterior, como las aletas de

un tiburón, había desaparecido y lo único que se podía ver en el horizonte amarillo eran las montañas lejanas.

La mujer parecía aliviada.

—¡Qué bien! Entonces, ¿la costa estaba cerca?

—No, nos habían arrastrado mucho, más de lo que pensábamos. Estábamos a unas treinta leguas.

—¿Treinta leguas? —se asombró.

—No son tantas, Onami. Cuando amaneció, fuimos testigos de varias apariciones entre el cielo y el agua: cuerpos sin cabeza, una rana que lanzaba fuego, perros con los lomos en llamas, vacas y caballos, cosas amorfas que, como en una lámpara mágica, aparecían y desaparecían.



—Después de eso, el viejo Riemon nos dijo que no se había topado con un monstruo tan obstinado como el de la noche anterior en todos sus años de vida. Según parece, los monstruos marinos suelen marcharse al amanecer, pero este fue distinto. Todos los miembros de la tripulación estaban pálidos y ojerosos. El remo había quedado libre, pero esa cosa seguía pegada al timón. Gracias al sol, fue palideciendo hasta desaparecer por completo. Había un punto en el agua que seguía burbujeando, como si hubiera allí un grupo de sanguijuelas. Comenzó a absorber todo lo que había a su alrededor pero acabó arrastrado por una ola. Entonces nos miramos unos a otros. «¡Qué bien!», gritamos todos, pero, Onami, eso no era lo único bueno. ¿A que tienes un kimono nuevo? Pues fue gracias a aquella noche. ¡Qué gran pesca! Cuando se puso de pie en la proa, unos bonitos plateados llovieron sobre el capitán.

Comenzaba a anochecer. El muchacho contempló las nubes negras con el ceño fruncido.

La mujer también las miró. Cerró los ojos y comenzó a recordar.

—Entonces, aquella noche lluviosa de mayo, tú lloraste y el viejo Riemon rezó. Mi marido se lanzó al mar, poniendo en peligro su vida en mitad de un terrible oleaje. Aquella noche, el sonido de las olas era tan terrible que me asusté, aseguré la puerta con cadenas y me acosté junto a Ohama. Mi marido me había dicho que, por muy grandes que fueran las olas, el acantilado las detendría; que es tan seguro como un muro de metal. Solo tenía que confiar en su protección. Aun así, podía escuchar cómo impactaban las olas, la batalla entre el acantilado y el mar. En serio, pensé que iban a destruir las rocas. Abracé a mi niña y la amamanté, melancólica, mientras ella dormía sin enterarse de nada. Pero mientras nosotras estábamos aquí, vosotros estabais viviendo eso: las olas terribles, los espeluznantes fuegos fantasmales, los *umibōzus* negros, el barco fantasma, todo ello a bordo de una embarcación que para el mar era poco más que una simple hoja a la deriva... —La mujer negó con la cabeza—. Y, aun así, mi marido no me contó nada.

Una lágrima resbaló hasta el cuello de su kimono.

—Lo siento —le dijo el muchacho con firmeza, aunque no entendía la situación—. No te lamente, Onami; Matsugorō se esfuerza mucho para que no paséis frío ni sufrimiento. Yo haré lo mismo. No volveré a llorar. Seré el marido de Ohama y saldré a la mar con mi suegro. Pero tú a cambio tienes que cumplir con tu parte, tienes que cocinar para él y comprarle alcohol. Yo no bebo, pero me gustan las batatas. Cada vez que volvamos cargados de bonito verás el humo desde la playa, y entonces pondrás a cocer unas batatas y me asarás unas algas pardas, ¿eh, Onami? —Le dio una palmada, se incorporó y se arregló la parte superior del kimono—. Cuando sea mayor, Ohama vendrá a esperarme a la playa. ¿Cuándo podrá?

La mujer sonrió con dulzura bajo la luz del atardecer.

—Ah, será muy pronto, quizá mañana. Antes de que nos hayamos dado cuenta ya será una muchacha. Oye, Sannosuke...

XI

—¿Sí?

—Mira, yo no necesito kimonos nuevos y mi hija tampoco necesita dulces. Si realmente quieres ser su marido, te pido que no seas pescador. Elige otro oficio. Ese es mi deseo. ¿Lo cumplirás? —le preguntó, y volvió a sentarse en el porche.

El niño no estaba escuchándola; se giró al oír los graznidos de los cuervos que habían volado demasiado bajo. Luego, se puso de puntillas y alzó la mirada.

—Onami, hoy regresa el Inaba-Marú, ¿verdad?

—Sí, mi marido me dijo al salir que regresaría por la tarde. Pero ¿me has escuchado, Sannosuke?

Intentaba ocultar su nerviosismo, pero él no le hacía caso.

—No quiero. ¿Por qué vienen esos cuervos del templo sintoísta de las montañas? Esos rufianes se dedican a robar; en cuanto ven llegar un barco pesquero, se lanzan a atracarlo. Onami, mira, acaba de llegar el barco a la orilla y trae una buena pesca.

—Entonces mi marido ya está de vuelta. Sannosuke, ¿vamos a la playa?

La mujer estaba tan contenta del regreso de su marido que había olvidado todo lo demás. Se arregló la ropa.

—Todavía no lo veo. Mira las ramas de ese árbol, ahí están posados los cuervos, montando bulla. Huelen su presa desde cinco o seis leguas de distancia; esperan aquí y nos atacan cuando bajamos el pescado a la playa. Mira, ¿qué te he dicho? Acaban de llegar quince o dieciséis cuervos más. Al parecer, el barco ha traído

un gran botín. Onami, vas a tener otro kimono nuevo. —Chasqueó la lengua con impertinencia—. Si hubiera estado a bordo de ese barco, hoy habría ganado un dineral. He perdido la oportunidad por estar vendiendo periódicos. No voy a poder comprarle ningún juguete a Ohama.

Bajó la mirada y golpeó unas conchas con la punta del pie. Las libélulas rojas salieron volando y sus sombras revolotearon por el aire hasta verse cubiertas por las garras de los cuervos.

La mujer parecía molesta de repente.

—Te he dicho, Sannosuke, que ella no necesita juguetes ni ropa. Solo te pido que no seas pescador. Quiero que te dediques a otro oficio —le dijo, con la voz lacrimosa.

—¿Por qué me pides que no sea pescador? ¿Por qué? —le preguntó el muchacho con cara seria.

—Recuerda lo que me has contado. No sabemos qué hay en el mar, y eso da miedo. Cuando mi marido y tú salís a pescar, nosotras nos quedamos solas. ¿Qué pasaría si saliera del mar una de esas cosas? Abrirían la casa como una concha y nos atraparían sin dificultad. Ohama es solo un bebé y yo apenas tengo fuerza. Me angustio solo de pensarlo.

El niño escuchó anonadado las palabras de Onami. Se mordió el labio superior, bajó los ojos y se rio.

—No seas boba. No digas tonterías. ¡Qué graciosa eres! ¿Cómo van a venir los peces a pescar a los humanos? ¿Van a levantarse sobre sus colas y agarrarnos con sus aletas? ¿Cómo se te ocurre, Onami?

—Obviamente, no estoy diciendo que vayan a venir unos bonitos o unos verdes caminando desde la playa, pero en las profundidades del mar hay cosas que desconocemos, y por la noche podrían venir nadando sobre las olas.

La mujer miró sobre su hombro, nerviosa, la habitación donde dormía su hija. Aquel día, Sannosuke no sería el único que iría a visitarla.

XII

—Ah, parece que está oscureciendo. Es como si estuviéramos dentro de un agujero.

En aquel solitario atardecer, hasta la ropa de seda de color carmín parecía negra. El salitre del mar llegaba transportado en el viento.

El muchacho miró la hilera de *jizos*^[8] del camino por donde había llegado.

—El capitán está haciendo todo lo posible para que podáis mudaros a la ciudad, a una casa con lámparas de gas.

—No quiero que me malinterpretes; me gusta mi vida tal como es. Yo puedo aguantarla, pero me preocupa Ohama. Dedícate a otra cosa, Sannosuke, aunque sea solo a vender periódicos. Es lo único que te pido. Mi marido se enfadaría si lo descubriera, así que no le cuentes lo que hemos hablado hoy. ¿De acuerdo? ¿Me has entendido, Sannosuke?

Después de escuchar sus razones, hasta los cuervos que estaban en las ramas asintieron.

—¿Qué hago entonces? Lo consultaré con mi padre, pero esto de los periódicos no es buen negocio. Tendré que ponerme un cascabel en la cintura y correr para que se fijen en mí.

Se mordió un dedo, claramente infeliz.

—No te pido que sea ahora mismo. Pero, en un futuro, es lo que quiero —le dijo Onami con amabilidad.

La mujer se puso en pie y tocó la barandilla con suavidad. Se estremeció y volvió a mirar hacia el lugar donde estaba la niña dormida.

—¡Qué ruido hacen esos malditos cuervos!

Sannosuke volvió a reírse.

—A lo mejor están ya por aquí los peces que han venido a pescaros.

—Qué horror, no me asustes.

Ohama se movió y el mosquitero también lo hizo.

—¡Acabas de despertarla! ¿Para qué me asustas? —exclamó Onami con una media sonrisa.

—Oye, si ya se ha despertado déjame verla un poco. He aguantado todo este tiempo porque no quería molestarla ni hacerla llorar.

El muchacho se retorció para conseguir verla.

—Mírela, caballero. Tiene mi permiso.

—Veamos. Pero, oye, estoy descalzo.

Saltó al porche y comenzó a gatear sobre sus rodillas.

—No hay problema, pasa.

—Es que tú siempre te preocupas por la limpieza.

—En serio, no te preocupes —le dijo Onami mientras apoyaba al bebé contra su mejilla, y ladeaba su rostro blanco—. Los cuervos no dejan de graznar. ¡Qué ruidosos son!

Sannosuke contempló el cielo. Los pájaros salieron volando hacia el templo sintoísta de la montaña y entonces se escuchó un disparo. Bang.

—Sannosuke...

—Oh, mi padre acaba de cazar otro cuervo. Si se entera de que estoy aquí, me regañará.

—Vete entonces.

Onami se apoyó en la puerta corredera del cuarto con el bebé acurrucado cariñosamente en su pecho.

XIII

—Oye, cuando vuelva mi marido le diré que te compre unas verduras, así tu padre no te regañará. En serio, es que hoy me

siento sola. Estoy preocupada. Quédate un poco más. —Pero el muchacho ya se había marchado—. Bueno, Ohama, tu padre debe estar a punto de llegar.

Apoyó la cara en el rostro del bebé y salió al porche.

A lo lejos se oyó la voz del muchacho: «¡Extra, extra!».

—No es más que un niño todavía —se dijo. Entonces vio una figura negra de pie bajo la cornisa y creyó que había regresado—. ¡Caray, cómo te gusta asustar a las personas! ¿Estás ahí, mocoso? —lo regañó, pero luego retrocedió, temerosa.

La cosa negra que estaba bajo la cornisa medía tres veces más que Sannosuke, tenía la cabeza redondeada y las mangas de su ropa eran planas. Se trataba de un monje budista.

La mujer se encorvó y cerró con fuerza los labios.

Aquel bonzo tenía un aspecto monstruoso. Se desvió hacia el porche y se detuvo en la entrada que daba hacia la playa, en el espacio vacío entre las dunas sobre el que se cernían las dos bestias enfrentadas del acantilado. Era tan alto que ocultaba el sol. Parecía que hubiera oscurecido. Lo único que Onami podía ver era el cielo y los rayos del sol reflejados en el mar. El Inaba-Marú, a bordo del cual está su marido, estaba justo debajo de aquel banco de nubes.

Entonces se levantó una neblina que envolvió al monje haciendo que no supiera si era delgado o gordo; lo único que distinguía eran sus enrojecidos ojos hundidos y una nariz puntiaguda, grande y negra. No llevaba la ropa mojada, pero las pisadas que había dejado estaban húmedas y llegaban hasta el mar. Parecía que a su espalda había algo vivo moviendo el cuerpo.

Onami era miedosa, pero aun así no pensó de inmediato que se tratara de un siniestro dios marino que había salido a pescar humanos; creía que era un monje molesto y siniestro, un pordiosero que acababa de llegar a la aldea. Intentó deshacerse de él. Se metió en el cuarto y buscó algo de dinero en el armario.

Quería que se fuera lo antes posible. Salió al porche claramente preocupada.

—¿Sí? —le preguntó. Incluso en esa situación, la voz de la mujer era amable.

El monje negro levantó la mirada pero no se fijó en ella. Parecía comprender la situación en la que se encontraba y que llevaba un bebé en brazos. No vio la palma abierta en la que Onami le ofrecía dinero. Bajó la cabeza y la movió dos veces, indicando que no iba a aceptarlo. Parecía irritado.

La mujer lo miró fijamente mientras arrullaba al bebé, que se había puesto a llorar.

—¿Qué pasa? ¿Qué desea?

Seguía pensando que se trataba de un pordiosero.

Después de un rato, el monje levantó uno de sus dedos como si le pesara, señalando lo que tenía debajo de esa gran nariz.

Después de hacerlo, respiró profundamente, haciendo mucho ruido.

Tenía hambre.

«¡Sannosuke, vuelve!».

La mujer gritó el nombre del muchacho en el fondo de su alma. Se dio cuenta de la situación en la que se hallaba y entró de nuevo al cuarto.

XIV

Su corazón latía tan rápidamente como si se hubiera topado con un ladrón.

Se apresuró. Gateó hasta la cocina, que estaba junto al dormitorio, y se acercó al recipiente del arroz cocido. Luego, con el bebé todavía en brazos, vertió agua en un balde de madera. Apenas sabía qué estaba haciendo, pero logró preparar tres bolas de arroz.

Las puso en una bandeja de madera dañada por la brisa del mar. Apartó con el talón el recipiente del arroz y salió de inmediato.

—Somos una familia pequeña, por eso no tenemos mucho. Le doy mi comida. Solo le pido que se vaya ahora mismo, por favor.

Onami se acercó un poco para dejar la bandeja fuera del porche. El monje seguía señalándose la boca, y su pecho sucio parecía tener escamas. Movi6 las manos y de un golpe tir6 la comida, que qued6 desparramada por el suelo como los cangrejos aplastados por los caquis.

La respiraci6n del monje era pesada.

La mujer se qued6 paralizada.

—¿Qu6 hace? —Dio un paso atr6s—. No deber6 actuar de esa forma. ¿Qu6 es lo que no le gusta? —le pregunt6. Estaba enfadada, pero tambi6n asustada—. ¿Acaso le parece inapropiado dar bolas de arroz a un monje? Puedo prepararle algo mejor, entonces. ¿Eso quiere? Lo hubiera hecho antes, pero no tengo las manos libres. Debo cuidar a mi beb6, por eso no puedo atender a los visitantes... Oiga, tengo unas berenjenas encurtidas. Con eso le puedo preparar un *ochaduke*^[9].

A la luz del atardecer, se dio cuenta de que el monje hab6a asentido. Eso hizo que Onami se relajara.

—Entonces se lo preparar6 —le dijo de buen humor.

Cuando vio que se hab6a ido hacia la cocina, el monje se adentr6 como la noche en la casa.

La mujer vacil6 al verlo pero, como estaba sola, no pod6a hacer demasiado al respecto.

Lo 6nico que quer6a era que se fuera lo antes posible. Iba a entregarle la cena de su marido y se lament6 de su debilidad. El beb6 se hab6a dormido y se lo meti6 envuelto en el pecho, dentro de su kimono. As6, prepar6 la mesa.

—Apres6rese, por favor. Mi marido es obstinado y tiene mal temperamento. Si no sabe que se encuentra aqu6 y lo descubre, puede hacerse una idea equivocada. Por favor.

Le sirvi6 el taz6n de arroz.

El monje se había sentado en el centro del cuarto con las piernas cruzadas. Ocupaba casi todo el espacio, pero de pronto alargó las piernas, tiró el tazón de arroz y se puso de pie.

—¿Qué hace?

Onami retrocedió, asustada. Se le había abierto el kimono e intentó taparse rápidamente.

—¿Qué le pasa?

El monje abrió la boca y señaló de nuevo, pero ahora hacia otra parte. Apuntó con el dedo el pecho de la mujer.

«Dame la cría», creyó escuchar antes de perder el sentido.

Cuando su marido llegó y consiguió que recuperara la consciencia, Onami comenzó a temblar, desesperada. Había cargado a su hija con demasiada fuerza. Ohama estaba fría.

Este es el destino del pescador que deja a su débil esposa esperando en casa.

Esa noche, en Emi, sobre la arena blanca y los acantilados de color índigo, apareció la luna. El muchacho gritaba con tristeza mientras corría: «¡Extra, extra!». En ese momento, las olas del mar mostraban su rabia.

(1906)

La cara dentro de la hornilla

Por Kōtarō Tanaka

Traducción de Juan Antonio Yáñez

I

—Hoy también te derrotaré —dijo Sanzaemon Aiba al oponente que se encontraba al otro lado del tablero de *go*, el viejo posadero que administraba los baños termales.

—Ayer sentí rabia por la derrota, por eso no he podido dormir pensando en nuevas estrategias. Pero hoy será diferente, no voy a perder tan fácil.

El posadero soltó una risa llena de lástima y comenzó a colocar sus fichas en el tablero.

—Ya, entonces no puedo bajar la guardia. ¿Eso significa que no debo tratarte como un oponente débil?

Mientras colocaba las fichas por todas partes, Sanzaemon notó que las puntas de los dedos del viejo posadero temblaban. Era una costumbre que tenía cuando se ponía nervioso.

—Hoy, no voy a perder tan fácil, señor.

Al viejo posadero le gustaba mucho el go pero sus habilidades eran muy limitadas. Para que la partida fuera más igualada tenía que darle cuatro o cinco fichas de ventaja. A pesar de todo, Sanzaemon solía jugar al go con él para matar el tiempo entre baño y baño.

—Voy a pedirte que te esfuerces un poco más.

Ya habían pasado veinte días desde que Sanzaemon dejó Edo, la capital, para venir a las montañas de Hakone.

—Hoy le voy a ganar señor.

El sonido de las fichas que ambos colocaban parecía reverberar. Era un día soleado de comienzos de verano. En el exterior, justo detrás de la puerta corrediza que permanecía abierta, se divisaban las montañas y una vereda por la que, ocasionalmente, apenas podía distinguirse la figura de alguna persona entre la bruma.

—¿No es un cliente el que viene? —alertó Sanzaemon al viejo posadero en vista de que no podía adivinar si la figura era la de un hombre o la de un pájaro.

—Sí, señor, la persona que ha venido es un cliente, pero se trata de uno problemático. No sé qué hacer con él.

El viejo posadero estaba abstraído en el juego.

—Si es un cliente problemático, deberías rechazarlo, ¿no? —dijo riendo Sanzaemon.

Mientras reía, echó un ojo hacia la veranda. Allí estaba parado un bonzo^[10] delgado y de piel muy pálida.

—Es un bonzo peregrino.

Sanzaemon lo saludó con una tibia reverencia.

—¿Les molesto si observo? Es que a mí también me gusta mucho el go.

El bonzo le devolvió el saludo a Sanzaemon con otra reverencia. Finalmente, el viejo posadero se percató del dueño de esa voz.

—Ah, es usted señor bonzo. Por favor, siéntese.

—Espero que no les moleste que me quede mirando el juego.

El bonzo vestía un traje religioso negro y desgarrado. Desató la cuerda del sombrero de paja de bambú que traía en la cabeza y se puso de pie frente a la veranda, quedando en diagonal al tablero de *go*.

—Bien. Empecemos.

Sanzaemon comenzó colocando su ficha.

—Bueno, entonces es mi turno, ¿verdad? ¿La pongo aquí o allá?

El posadero comenzó a colocar su pieza como si se hubiera olvidado por completo de la presencia del bonzo.

—Entonces, yo la pongo aquí.

La voz apacible de Sanzaemon contrastaba con el tono nervioso del posadero.

—No puede ser. ¡Otra vez! Se ha unido esta con esta. Volví a perder. Señor, me rindo —le dijo el posadero, desilusionado.

Sanzaemon, por su parte, rio a carcajadas.

—Hoy no estaba destinado a perder. ¡Qué sorpresa!

—Gracias.

El posadero se rascó la oreja derecha y luego dirigió su mirada hacia aquel bonzo.

—Señor bonzo, qué le parece. ¿Le gustaría jugar conmigo? —dijo Sanzaemon.

—Me gusta mucho el *go*, pero no se me da bien.

—Es más emocionante tener un nuevo rival, que jugar siempre con la misma persona. ¿Qué tal una partida?

El bonzo no se mostró disgustado. Al verlo, Sanzaemon insistió:

—Venga, una partida nada más.

—No creo ser un digno rival.

El bonzo se hacía de rogar pero aun así subió del otro lado de la veranda y se sentó con las piernas cruzadas.

—Pero se está sentando sobre las tablas. Venga, siéntese por aquí, por favor.

Sanzaemon invitó al bonzo a ocupar uno de los tatamis. Sin embargo, este negó con la cabeza.

—Estoy acostumbrado a sentarme sobre piedras y tablas.

Sanzaemon colocó el tablero de *go* frente a él, manteniendo uno de sus pies sobre el riel de la puerta corrediza.

—Usted y yo, en igualdad de condiciones. Yo pongo primero, bonzo.

Sin embargo, el bonzo tomó el contenedor de fichas que el posadero había sacado.

—Entonces, comienzo.

Mientras Sanzaemon decía aquello, el bonzo ya había colocado una ficha.

—No debe hacerlo. Yo voy primero.

—Venga, la próxima vez empezará usted.

Sanzaemon y el bonzo comenzaron a colocar las fichas, asumiendo ambos una actitud relajada mientras resonaba el *traca traca* de las fichas en el tablero. Al cabo de un rato, el tablero se llenó de fichas blancas y negras. Sanzaemon sabía que había sido derrotado.

—He perdido, por dos o tres intersecciones.

A pesar de la derrota, Sanzaemon había disfrutado el juego con tan buen contrincante.

—¡Qué dice! Como máximo fueron dos —dijo el bonzo.

Examinando el juego con detalle, el bonzo había vencido a Sanzaemon por dos intersecciones.

—Juguemos de nuevo. Comienzo yo.

Sanzaemon se adelantó a colocar su ficha antes que su rival. El bonzo acató aquello y esperó su turno para colocar la suya. El resultado de la partida fue una derrota del monje, por dos intersecciones. Sanzaemon se lo estaba pasando realmente bien.

—Ahora empiezo yo.

El bonzo colocó su ficha.

—¡Qué divertido es esto!

El posadero también se divertía, tanto como si estuviera jugando.

Sanzaemon y el bonzo jugaron hasta el atardecer en un toma y daca en el que alternaban juegos ganados y perdidos. Era un verdadero equilibrio emocionante de habilidades que se disfrutaba bastante. Cuando dieron por terminado el juego, el bonzo se dispuso a retirarse. En ese momento, Sanzaemon le dijo:

—¿Pertenece usted a algún templo cercano?

Sanzaemon se sentía apenado por dejar ir a un rival tan bueno.

—Vengo de la ermita que está allá, subiendo aquella montaña.

El bonzo se puso de pie y se colocó el sombrero de paja en la cabeza.

—Bueno. Hasta la próxima. Tal vez mañana podríamos repetirlo.

—Perfecto. A mí me fascina el *go*, así que mañana, pasado, o si le place todos los días puedo venir a jugar con usted.

—Fantástico. Comenzaba a aburrirme, ya que no sabía qué hacer.

—Entonces, nos vemos mañana.

El bonzo salió de la posada y se puso en marcha, subiendo la colina como si fuera un pájaro que volaba hacia la luz del atardecer.

—No sabía que había un monje por esta zona —dijo el posadero.

—Yo tampoco.

Sanzaemon siguió con sus pensamientos en los baños termales.

—No lo había visto nunca... ¿Dónde habría estado?

—Por esta zona circulan muchos bonzos como ese —le contestó el viejo posadero, pero luego se acordó de algo—. Hay muchos tipos de bonzo y, bueno, no tenemos que conocerlos a todos. Sin embargo, creo que él no representa ningún peligro.

—¿Existe alguna historia extraña acerca de los bonzos?

—Sí que las hay. Dicen que en esta montaña vivía un monje misterioso y, cuando alguien lo mencionaba, él mismo acababa con

su vida. Pero son cuentos. Hasta ahora no ha sucedido nada extraño, ni hemos visto a ese misterioso personaje. Sin embargo, hay gente que cree que existe.

—Bueno, sea él o no, me alegra que sepa jugar al *go*.

Al día siguiente, el bonzo volvió. Sanzaemon, que lo había estado esperando ansioso, de inmediato sacó el tablero. Primero, comenzó él. Gracias a ello, ganó, como había hecho el día anterior. Luego, cada vez que su adversario comenzaba la partida, Sanzaemon terminaba invariablemente perdiendo. Aquel día, el bonzo también continuó jugando con Sanzaemon hasta el atardecer antes de retirarse.

El bonzo continuó acudiendo diariamente. A Sanzaemon le daba pena que siempre fuera el monje quien se tomara la molestia de ir a visitarlo. Además, quería saber qué clase de vida llevaba aquel personaje. Por ello, un día pensó que sería buena idea ir a visitarlo, por lo menos una vez. Sanzaemon así se lo hizo saber.

—Me da mucha pena que siempre sea usted quien venga a jugar. Estaba pensando que sería bueno que yo correspondiera su visita.

—Mi ermita está en una montaña llena de lobos y zorros. No es un lugar agradable y no hay mucho que ver por allí. Es mejor que no venga.

—Para mí no sería ninguna molestia. Además, no estaré tranquilo si no voy por lo menos una vez.

—No. No es necesario que se moleste. El lugar donde vivo no es un lugar al que la gente acuda. Muchas gracias, pero no insista.

—Ah...

Sanzaemon desvió la conversación hacia el juego de *go*.

—Entonces, juguemos otra partida.

El bonzo asistió a la posada diez días seguidos. Sin embargo, un día que lo estaban esperando, no apareció. No había comentado que tuviera un compromiso u otro asunto personal. Sanzaemon no tenía ganas de jugar con el posadero, así que salió en dirección a Edo para divertirse un poco, acompañado de un joven sirviente.

La montaña a comienzos del verano estaba adornada por los nuevos brotes de los árboles. Mirando hacia abajo, en el valle ubicado al lado derecho del camino, se podía observar el agua que como la plata se arremolinaba sobre las negras rocas. Desde aquel valle, se escuchaban los cantos de los cucos. Sanzaemon salió del camino principal en busca de algún sitio agradable y se introdujo en una vereda que llevaba a un pequeño cerro.

Sobre él, se alzaba la sombra del enorme monte Komagatake, sobre cuya cúspide se movían las nubes blancuzcas. El sendero se introducía en un bosque de cipreses. Pasando la enorme montaña ya no se alcanzaba a ver el azul del cielo. Sobre las ramas de los cipreses colgaban helechos que saturaban como una niebla y enfriaban los alrededores. Desembocó en una zona de bosque frondoso para luego salir a un pequeño claro por donde corría un río.

—Patrón, por allí hay una cabaña.

Justo detrás de él iba el joven siervo, por lo que Sanzaemon se giró. Le señalaba con el dedo a lo lejos, en lo alto del otro lado del claro.

—¿Dónde dices?

—Allí mismo.

Había rocas que coronaban las ramas de los negros árboles como la crin de un caballo. Debajo se divisaba lo que parecía ser una pequeña cabaña.

—Es cierto, una cabaña —dijo Sanzaemon recordando al bonzo—. Es posible que él se encuentre allí.

—¿A quién busca usted?

—A un bonzo que todos los días viene a jugar al *go* conmigo.

—Ese bonzo a quien busca, ¿no se encuentra en algún templo budista?

—No. Parece que viene de algún tipo de retiro. Puede ser aquel lugar. Será mejor ir a echar un vistazo. Y si no, quizá sea la cabaña del guardia de montaña. De todas formas, ya tengo hambre.

Sanzaemon avanzó con cuidado. Las rocas parecían formar un tapete pétreo que permitía llegar al otro lado sin problema alguno. Continuaron en esa dirección.

Entre la maleza y las rocas había un camino por el cual parecía haber pasado un humano, pensaba Sanzaemon mientras avanzaba. No obstante, las enredaderas y las rosas salvajes se desperdigaban por aquella zona y les obstaculizaban el paso. Así que, se detenían de vez en cuando mirando dónde pisaban.

Una cabaña se mostró ante sus ojos bajo la sombra de una roca. Sanzaemon tomó aire y se dirigió a la entrada.

—Holaaaa. Disculpe. ¿Hay alguien en casa?

—¿Quién es? —se escuchó desde dentro y luego alguien se asomó.

Era él: el bonzo peregrino.

—Aunque le insistí que no viniera, usted vino hasta aquí. Bueno... está bien. Pase.

El bonzo hizo un gesto de disgusto. Sanzaemon recordó las palabras de rechazo cuando le sugirió la visita. Pensó que hubiera sido mejor no haber venido.

—No. No es que haya venido ex profeso a verlo. Lo que pasa es que hoy, como no nos vimos, estaba muy aburrido. Por ello pensé traer al muchacho a un lugar con un buen paisaje. Entonces, al llegar al valle que estaba allá abajo, vimos esta ermita y me acordé de usted y pensé que sería buena idea hacerle una visita rápida.

—Sí, bue... pasen. Les serviré un poco de té.

El bonzo regresó al interior de su refugio, así que Sanzaemon se quitó las sandalias y se introdujo en el lugar. Dentro de la ermita había paja desperdigada y en el frente habían colocado un *butsudan*^[11] que, sin embargo, se mantenía cerrado.

Del lado izquierdo, tenía dos hornillas donde estaban dispuestas una tetera y una olla. El bonzo se puso delante de la hornilla y se sentó. Sanzaemon tomó asiento frente a él.

—Siento haberlo importunado. No tardaré en dejarlo solo.

Sanzaemon pensó que el bonzo detestaba las visitas porque le impedían realizar sus servicios religiosos.

—No. No tiene que ver con molestarme. Hay una pequeña razón... Bueno... vamos a calentar un poco de té.

El bonzo le lanzó una mirada poco amigable.

—No hace falta que hierva agua para el té. No necesito beber nada, no se moleste —dijo Sanzaemon, mientras echaba un vistazo a la tetera.

Debajo de ella, justo bajo la hornilla, se estaba asomando un rostro humano. Era una cara horrible de color azul pálido. Sanzaemon se asustó; sin embargo, como era un hombre valiente, no dijo nada y en su lugar miró al bonzo a los ojos. El monje debió notar algo porque se giró repentinamente. De pronto, el rostro desapareció.

—Ah. Aunque estamos en una zona repleta de árboles me he confiado y se me ha acabado la leña. Voy a salir un momento para traer algunas ramas. No se vaya, no tardaré.

El bonzo salió así, sin más. Sanzaemon acercó la espada que tenía cerca y, en estado de alerta, inspeccionó el interior de la cabaña. Especialmente allí, debajo de la hornilla. Resultaba peligroso permanecer mucho tiempo en aquel sitio, por lo que pensó en irse cuanto antes. Y como era una vergüenza para un samurái retirarse de un lugar, como si escapara, pensó en dejar una generosa limosna. Si salía ahora y se encontraba frente a frente con el bonzo, no le quedaría otra opción que culparlo de algo y empujarlo. Lo mejor sería colocar la ofrenda de inmediato y abandonar el lugar antes de que regresara el monje. Sanzaemon volvió a mirar debajo de la hornilla.

«Lo mejor será que lo deje dentro del *butsudan*», pensó.

Sacó la cartera de su bolsillo y envolvió unas monedas en un pañuelo.

—¡Genkichi!

Sanzaemon se giró hacia la puerta y llamó al joven, que lo esperaba sentado.

—¿Sí?

El joven se puso de pie.

—Mete esto en el *butsudan*.

—Sí.

El joven recibió de Sanzaemon el paquete enrollado y se dirigió hacia aquel mueble religioso. Con mucho respeto, abrió el *butsudan*. De pronto, algo lo sorprendió y terminó retrocediendo de un brinco.

—¡Eh... eh... eh...! —gritó.

Como Sanzaemon había visto ya lo que había debajo de la hornilla, se imaginó lo que debía haber allí.

—¿Qué pasa?

—Una cabeza. Hay una cabeza cercenada.

—Ummm.

Sanzaemon se mantenía de pie. Delante de una extraña y oscura figura del Buda, había una cabeza de un hombre colocada mirando hacia delante.

—Bueno, trae ese paquete.

Sanzaemon le arrebató de las manos la ofrenda y la colocó justo entre el Buda y la cabeza.

La figura del Buda era extraña, le brillaban los ojos, tenía tres caras y seis manos.

—Ahora, sal y espérame fuera. Haz como si no hubieras visto nada.

Sanzaemon cerró la puerta y se fue a sentar al lugar donde estaba antes. Su joven acompañante hizo lo propio y tomó asiento en las piedras que había en la entrada.

—Ah, qué cosas. Aunque estamos en medio del bosque, escasea la madera.

El bonzo había vuelto con unas cuantas ramas secas bajo el brazo.

—Se lo agradezco y me disculpo por tantas molestias.

Sanzaemon mostraba serenidad, aunque estaba atento a cualquier cosa que pudiera suceder.

—No puedo creer que se me haya olvidado tener madera estando en medio del bosque —decía el bonzo mientras introducía las ramitas debajo de la hornilla.

Sanzaemon intentaba echar un vistazo allí debajo. El rostro volvió a asomarse de pronto. Inmediatamente, el bonzo apretó el puño e intentó darle un golpe. Pero, en un instante, la cara se volvió a esconder. Al ver eso, el bonzo tomó unos pedernales que tenía al lado y prendió el fuego. Luego, los empujó debajo de la hornilla.

—Esta tetera estuvo hace poco en el fuego, así que no tardará mucho en calentarse.

—Nos marcharemos pronto, así que, por favor, no se tome tantas molestias.

Sanzaemon estaba alerta, atento a cualquier conducta sospechosa.

—Si tuviéramos un tablero de *go*, lo retaría a un juego —le dijo el bonzo, con voz serena, como cuando visitaba la posada.

—Cierto. Si lo hubiera, yo aceptaría.

Sanzaemon, sin embargo, no bajaba la guardia.

—Muy bien. El té está listo.

Mientras decía eso, el bonzo trajo de algún lado dos tazones y una cucharilla.

—Bueno. Me tomaré una taza y no le molestaré más.

—No se preocupe, no es necesario irse con tanta prisa.

—El camino de vuelta es tortuoso. No debemos entretenernos más de la cuenta.

El bonzo sirvió el té y colocó un tazón frente a Sanzaemon y llevó el otro a la entrada. Cuando el bonzo se giró hacia otro lado, el samurái tiró el té sobre la paja del suelo.

—También hay té para usted, que acompaña al señor.

La voz del joven siervo se escuchó junto a la del bonzo. Sanzaemon tomó la espada y se puso de pie.

—Le hemos causado muchas molestias, así que nos retiramos. Si mañana tiene tiempo, podremos jugar.

—¿Se marchan entonces? Bueno, nos vemos mañana.

Sanzaemon se puso las sandalias, siempre cuidándose de no darle la espalda al bonzo. Su joven acompañante permanecía de pie, frotándose las manos.



Sanzaemon bajó la montaña dejando atrás aquella cabaña mientras vigilaba sus espaldas.

—Señor, ¿probó usted aquel té? —preguntó, jadeante, el joven sirviente.

—¿Qué hiciste tú?

—Yo lo tiré.

—¿Ah, sí? Hiciste bien. No debíamos beberlo de ninguna manera. Yo fingí que bebía y también lo tiré.

Sanzaemon urgía al joven para que apurara el paso mientras recorrían el camino de vuelta. Finalmente llegaron a la posada. Seguían tan alterados, que inmediatamente, llamaron al viejo posadero.

—Hoy vimos algo increíble. Posadero. ¿Recuerdas al bonzo que viene diario a jugar al *go*? ¿Sabes lo que ha pasado?

—¿Vieron algo?

—Claro que lo hicimos. Pasamos por su cabaña y vimos algo horrible.

El posadero levantó la mano y lo interrumpió, como si de pronto hubiera pasado algo por su mente.

—Señor, espere. No me lo diga. Si se trata de aquel extraño bonzo, si habla de él con la gente, perderá la vida. No debe hablar de ello. Salga pronto de mi casa. Pase esta noche en algún otro lado. Por favor, regrese a Edo. Ya me lo han dicho todo. Le pido que se vaya cuanto antes.

El color del rostro del posadero había cambiado y su voz era temblorosa.

—Pero ¿qué es esto? No puede ser...

Sanzaemon estaba completamente pasmado.

—N... no diga nada. Usted vio algo completamente extraño, ¿no es así? Le pido que se vaya de aquí pronto sin decir ni una palabra. De ninguna manera vaya a hablar con nadie al respecto. Si lo hace, le va a costar la vida.

—Oye, ¿pero no es extraño?

—Ya, ya..., por favor, no siga. No le estoy mintiendo. Váyase pronto... ¡Ahora!

Sanzaemon tampoco entendía bien lo que el posadero le estaba diciendo. Pero en vista de tantos acontecimientos inexplicables se apresuró a pagar y se puso en marcha rumbo a Edo, donde pensó en arreglar unos asuntos.

Ya había atardecido. Sanzaemon y el joven encontraron una posada al pie de la montaña y la noche siguiente se hospedaron en Fujizawa. Después, continuaron su camino y cuando llegaron a la posada de Kanazawa, a Sanzaemon lo esperaban dos o tres vasallos que habían venido desde su residencia en Edo.

—¿Y ustedes qué están haciendo aquí? —preguntó Sanzaemon, lleno de extrañeza.

—Nos dijeron que usted regresaba hoy, por eso hemos venido a recibirlo.

—¿Quién os lo dijo?

—Ayer, un monje cuarentón vino y le dijo al guarda que nuestro señor volvería de manera repentina desde Hakone el día de hoy.

—¿Has dicho un monje cuarentón?

—Sí, era un bonzo que vestía ropa de color negro muy gastada y raída.

Sanzaemon ya no dijo nada más. Por la noche llegó a su residencia en Edo. Allí, lo esperaban amigos y familiares gustosos por su regreso. Cuando Sanzaemon entró en su residencia, todos se reunieron frente a él. Su hijo consentido, el más pequeño, de

cuatro años, permanecía de pie en ese momento en el pasillo exterior de la casa. De pronto, se escuchó un extraño grito que hizo salir a Sanzaemon alarmado. En el pasillo yacía el cuerpo decapitado del crío.

(1934)

Una noche de primavera

Por Ryūnosuke Akutagawa

Traducción de Juan Antonio Yáñez

Escuché esta historia no hace mucho por boca de N., una enfermera. N. se muestra, ante todo, como una mujer bastante tenaz. Una persona cuyos colmillos se vislumbran afilados detrás de unos labios resecos.

En aquel entonces convalecía, con gastroenteritis, en el primer piso de la posada donde se alojaba mi hermano pequeño. Aunque ya llevaba con diarrea una semana, esta no mostraba signos de que fuera a remitir. Así que N., quien en principio había venido por mi hermano, se esforzó en cuidarme a mí.

Una tarde lluviosa de mayo, mientras cocía el *okayu*^[12] en un pequeño cazo de barro, N. me contó con despreocupación la siguiente historia.

* * *

Una noche de primavera de cierto año, la señorita N. terminó en casa de la familia Noda, en Ushigome, tras una conferencia de enfermeras. No había ningún varón al frente de la familia Noda. Allí se encontraban una mujer mayor que llevaba el pelo al estilo *kirigami*, una chica joven y soltera, su hermano pequeño, y por último una criada. Cuando la señorita N. llegó a esa casa, sintió una extraña sensación depresiva. Quizá fuera porque tanto la joven

como su hermano habían contraído tuberculosis. O quizá fuera por el pequeño y raquítico jardín, que rodeaba una habitación exterior de cuatro tatamis y medio^[13] e independiente del resto de la casa, invadido por la maleza. De hecho, la densa hierba, en expresión de N., «sobresalía como bambú negro perforando un porche».

La mujer mayor llamaba a la muchacha «señorita Yuki», y el hermano era sencillamente Seitarō. La señorita Yuki parecía poseer un ánimo dotado de mayor iniciativa, hasta el punto de que, cuando N. le tomaba la temperatura, esta le sorprendía revisando el termómetro por su propia cuenta. Seitarō, por el contrario, no suponía el menor trabajo para N. No solo obedecía siempre a lo que se le ordenaba, sino que se sonrojaba cada vez que tenía que hablar con ella. La anciana parecía estimar en mayor medida a la señorita Yuki que a Seitarō. A pesar de que era este quien estaba peor de salud.

—No recuerdo haberte criado así de débil.

La vieja siempre se quejaba de manera parecida cuando acudía a aquella habitación exterior donde descansaba Seitarō. A pesar de ello, Seitarō, ya próximo a cumplir los veintiuno, rara vez ofrecía réplica. Por el contrario, fijaba la vista al techo y cerraba los ojos avergonzado. Y su rostro se desvanecía, transparente, blanco. Decía N. que mientras le cambiaba las compresas a veces apercibía las sombras de la maleza circundante apropiándose de aquellas mejillas.

Una noche, poco antes de las diez, N. acudió a un vecindario bien iluminado y alejado dos o tres manzanas para comprar algo de hielo. Al regresar, mientras ascendía por el desierto camino de la colina que conducía a la residencia, algo agarró a N. por detrás. Por supuesto, se asustó. Pero lo que más le sorprendió fue que cuando retrocedió, encogida de miedo, y se giró para encarar a la persona sobre sus hombros, el rostro que alcanzó a entrever en la oscuridad no era otro que el de Seitarō. Y no solo era el rostro. El pelo corto, el kimono azulado con motas blancas, todo remitía a Seitarō. Pero no había manera de que Seitarō, quien dos días antes había sufrido

una hemorragia en los pulmones, pudiera andar de un lado para otro. Sin mencionar que de ninguna forma él se aprestaría a aquella pantomima.

—¡Señorita, dame algo de dinero! —le conminó con voz aniñada, si bien aún agarrándola con resolución.

Era algo tan poco propio de él, que N. se preguntó si verdaderamente era su voz. N., con valentía, le replicó al tiempo que apresaba la mano de su asaltante con su mano izquierda:

—¿Qué es esta falta de respeto? Soy parte de esa casa, así que si me hablas así llamaré al guarda.

Sin embargo, su oponente continuó repitiendo como si nada su «¡dame algo de dinero!». N., tras recuperar despacio su posición, volvió a contemplar al muchacho. Los rasgos faciales todavía se correspondían, sin lugar a dudas, con aquellos que adornaban la timidez enfermiza de Seitarō. Una súbita ansiedad abrumó a N. y, sin dejar escapar la mano, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Señor guarda! ¡Ayuda, por favor!

Al oír los gritos de N., el chico intentó liberarse de ella. Al mismo tiempo, N. lo soltó. Entonces él escapó, corriendo torpemente pero como alma que lleva el diablo.

N., perdiendo el aliento (más adelante se daría cuenta de que tenía varios paquetes de hielo anudados al pecho), se precipitó a la entrada de la residencia de los Noda. Al asomar su cabeza en la sala de estar se avergonzó ligeramente ante la vieja, que tenía el periódico vespertino desplegado frente a ella.

—¿Qué te ha pasado, N.? —le preguntó la vieja con tono de reproche. No se debía solo a que se había asustado por el mido de los pasos apresurados de N., sino porque N. se reía mientras su cuerpo no dejaba de temblar.

—Nada, es solo que cuando volvía por la colina alguien me gastó una broma...

—¿Alguien?

—Sí, alguien me agarró por detrás y me dijo: «¡señorita, dame algo de dinero!».

—Ah sí, ahora que me acuerdo, por esta zona hay un gamberro malcriado, llamado Kōbori o algo así, que aterroriza al vecindario...

En ese momento una voz se impuso desde la habitación de al lado. Era, claro, la señorita Yuki. Reconvenía tanto a N. como a la vieja con una brusquedad inesperada:

—Madre, ¿podrían bajar un poco la voz?

N., ligeramente ofendida por las palabras de la señorita Yuki —no, no era ofensa sino más bien desdén—, aprovechó la oportunidad para levantarse y salir de la sala de estar. Pero el rostro del asaltante que tanto se parecía a Seitarō aún permanecía frente a sus ojos. No, no su rostro. El contorno y la silueta de la propia cara de Seitarō.

Cinco minutos después, N. regresó al porche y recogió las bolsas de hielo para llevarlas a la habitación exterior. ¿Podría ser que Seitarō no estuviera allí, que hubiera muerto incluso?... N. no podía despreocuparse del todo de tales pensamientos. Pero cuando llegó allí y miró dentro, Seitarō dormía apaciblemente bajo la tenue luz de la lámpara. Su rostro era tan pálido como de costumbre. Como si estuviera hecho para que la maleza que crecía en torno al jardín proyectara sombras en él.

—Vamos a cambiar esa bolsa de hielo —dijo N., no sin antes mirar detrás de ella.

* * *

Una vez que N. hubo terminado de relatar su historia, la miré y le dije con malicia:

—Mmm... oiga, sobre ese tal Seitarō. A usted le gustaba ese joven, ¿no es así?

La respuesta de N. fue instantánea, y más nostálgica de lo que hubiera pensado en un primer momento:

—Sí, así es.

La serpiente

Por Ōgai Mori

Traducción de Isami Romero

«¿Por qué me habré hospedado en una casa tan ruidosa?», me pregunté en mitad de la calurosa noche de verano. Mientras ahuyentaba el ruidoso mosquito que rondaba mis mejillas, contemplé desde el balcón las rocas y los árboles del jardín.

Junto a los cojines había un fumigador de mosquitos en el interior de un recipiente de barro. Lo utilicé y emitió un tufo azulado. No corría aire y la nube me rodeó como una bruma, pero eso no disuadió a los molestos mosquitos. Pensé que se debía a las dos o tres copas que había tomado en la cena; mi aliento estaba probablemente impregnado de un aroma alcohólico. No debí beber tanto, pero tenía sed y no pude evitarlo. Ahora me arrepentía de haberlo hecho.

Cuando me condujeron a mi habitación conté al pasar el número de dormitorios. Aquel era sin duda un lugar con historia, en las montañas de Shinshū y cerca de la estación del tren. Una de las habitaciones estaba ocupada, pues se escuchaba la voz de una mujer.

Hablaba tan rápido que era imposible entender sus palabras. Su tono era monótono, como si contara las cuentas de un rosario budista, y repetía sin cesar una palabra propia del dialecto local que según tenía entendido quería decir: «¿Verdad?».

Puse atención y me quedé un rato escuchando, pero no oí palabra alguna de su interlocutor. Al parecer, la mujer estaba hablando sola.

En ese momento apareció el anciano que me recibió a mi llegada, un hombre llamado Seikichi.

—Siento las molestias. Es que tenemos en casa a una enferma, y es muy ruidosa —se disculpó.

No sabía que los enfermos hablaran sin cesar. ¿Estaría loca?

Aunque no entendía sus palabras, su tono de su voz era de súplica.

Las campanas de un reloj resonaron a lo lejos. Saqué el mío del bolsillo y descubrí que ya eran las diez.

La luna alumbraba el pequeño jardín con un destello pálido ligeramente extraño. El sol había secado la lluvia que me sorprendió el día anterior en el camino montañoso, pero la hierba seguía húmeda. «Aquí hace fresco, señor», me dijo el anciano al atardecer. En ese momento había allí un sapo enorme que abría la boca sin cesar. Estaba cazando los mosquitos que tanto odiaba, así que, al recordarlo, miré la fuente, pero ya no estaba ahí.

La habitación, que tenía acceso a la contigua a través del balcón, constaba de ocho tatamis. Sobre el *tokonoma* pintado de negro colgaba un paisaje borroso de algún maestro de la Escuela Sureña de China. Junto a la puerta corredera, ahora cerrada, había un poema de Du Fu en una caligrafía gruesa y vulgar. Me pareció oír un ruido. Miré la puerta corredera, en cuya base de bambú, iluminada por la luz borrosa de la lámpara, habían escrito «Armonía». Se abrió y apareció de nuevo el anciano, que llevaba un viejo kimono ligero y un *hakama*^[14].

—Ya he preparado la cama. Que descanse.

—Se lo agradezco, pero todavía no puedo dormir. Es usted de aquí, ¿verdad? Por su acento no lo parece.

—Sí, soy de aquí, aunque en mi juventud trabajé en Tokio como sirviente. Por eso mi acento es distinto —me dijo mientras se rascaba la calva.

Con el paso de las horas, el silencio se había hecho en el edificio y se escuchaba con mayor nitidez la voz de la mujer. No pude evitar incorporarme.

—Lo siento mucho. Es realmente ruidosa, ¿verdad? —me dijo el anciano. Parecía asustado y sentí un poco de lástima por él.

Cuanto más escuchaba, más misterioso me parecía, y aunque sabía que era algo *indiscret*^[15], decidí preguntar quién diantres era aquella mujer.

Seikichi apoyó la mano derecha en el tatami y se dispuso a ponerse en pie.

—¿Necesita algo más? —me preguntó.

—Nada en concreto. Pero, si no está ocupado, quisiera preguntarle algo.

—Dígame —respondió, y volvió a sentarse.

—No es su costumbre quedarse levantado hasta tan tarde, ¿verdad? ¿No le molesta que lo retenga aquí, conversando conmigo?

—No hay problema. Esto no es una posada y normalmente nos acostamos temprano, pero esta noche celebraremos un velatorio y tengo tiempo.

—¿Ha dicho velatorio? ¿Eso significa que ha fallecido alguien recientemente?

—Sí. Mañana se cumplen veintisiete días de la muerte de la madre de mi señor.

—Oh, entiendo. ¿Y no es un incordio tener que atender a un viajero y una enferma justo en la fecha del velatorio? Siento mucho causar molestias. Venga, en el balcón estaremos más frescos; salga para que podamos hablar a gusto.

—Muchísimas gracias. Mire, para nosotros es un honor hospedar a alguien tan distinguido como usted, que viene de la oficina de prefectura. Sabemos las molestias que está encontrando, así que le estamos muy agradecidos por su comprensión —dijo el anciano. Al ver que el fumigador de mosquitos se estaba acabando, sacó uno nuevo y lo cambió.

A continuación me respondió a todo lo que le pregunté.

* * *

La familia que vivía en aquella casa se apellidaba Hodumi. Era uno de los tres clanes más acaudalados de la prefectura.

El anterior patriarca del clan, que ya había fallecido, pagaba una gran cantidad de impuestos y estaba a punto de ser nombrado parlamentario cuando, debido a una enfermedad, tuvo que retirarse. Había sido un gran admirador de Shōzan Sakuma^[16] y hasta el día de su muerte tuvo siempre cerca su *Ensayos de la cárcel*, un libro de poemas de lectura muy complicada.

Al parecer había sido creyente budista. Siempre decía que los japoneses tenían que estudiar la cultura occidental, pero que no debían convertirse al cristianismo pues este era muy inferior al budismo. Era tanta su fe que se pasaba el día hablando de las bondades del budismo y recordando a todos que no debían olvidar las cuatro gratitudes. Todo esto me lo contó el anciano. Yo comprendía lo que quería decir; recordé que una de nuestras obligaciones con el Estado era «pagarle con nuestra gratitud».

La esposa del patriarca era una mujer bondadosa que nunca negaba nada a su marido y siempre había tratado bien a sus criados, empezando por el propio Seikichi. Vivió mucho, hasta los ochenta años, y hasta el día de su muerte veintisiete días antes había dado limosna a diez pordioseros diarios, veinticinco centavos a cada uno de ellos. Algunos sirvientes jóvenes se burlaban de ella a sus espaldas y llamaban «convidados de la vieja» a los que acudían a recibir esas monedas.

El matrimonio no tuvo hijos hasta que en 1868, el primer año de la era Meiji, la señora se quedó embarazada. Tenía cuarenta años. Se alegraron mucho, pero el médico frunció el ceño y dijo que nunca había atendido a una primípara de esa edad.

A pesar de eso, el señor actual nació sin problemas, justo cuando abrieron la primera escuela de primaria de la región. Lo llamaron Chitaru. Seikichi había decidido dedicarse al comercio y

pidió trabajo en una tienda de Nihonbashi con la que el patriarca tenía negocios. Le dijeron que no aceptaban hombres tan jóvenes, pero gracias a la recomendación de su señor le permitieron entrar como aprendiz.

Durante la rebelión de Satsuma, en 1877, la tienda era uno de los pocos lugares donde se encontraban provisiones, lo que les generó grandes ganancias. Como ya llevaba bastante tiempo trabajando allí, el dueño de la tienda le prometió buscarle una esposa y convertirlo en su socio, pero entonces falleció el patriarca de la familia Hodumi. Tenía sesenta y cinco años y había sufrido un derrame cerebral. Sus últimas palabras a su esposa antes de morir fueron: «Pide ayuda a Seikichi».

Entonces Seikichi agarró todo lo que tenía y regresó con los Hodumi. La señora ya superaba los cincuenta y Chitaru acababa de ingresar en un instituto de Nagano. Dada la situación, Seikichi tuvo que encargarse de todos los asuntos de la familia Hodumi y no llegó a casarse nunca.

Chitaru era un buen chico, aunque un poco débil. Se le daba bien estudiar y, siguiendo los deseos de su difunto padre, se preparó para ir a la universidad. Su madre se quedaba a dormir en el templo budista donde yacía su marido y esperaba con anhelo las vacaciones de verano y de fin de año.

Entonces, la salud del joven comenzó a empeorar. Cada vez que se esforzaba demasiado en sus estudios, se mareaba y desmayaba. Una vez se desplomó en el auditorio y sus compañeros tuvieron que llevarlo al templo.

A pesar de ello, se graduó y se marchó a Tokio para hacer el examen de acceso a la universidad. Suspendió varias veces. Su madre no consideraba adecuado que se forzara y le recomendó que entrara en Waseda. El muchacho se resignó y siguió su consejo.

Cuando llegó a la edad adulta se presentó a las pruebas para el servicio militar voluntario, pero no aprobó el examen físico. Se graduó en Waseda justo cuando estalló la guerra chino-japonesa.

Como ya era un hombre adulto, le cedieron la administración de los negocios de los Hodumi, que hasta entonces había llevado su madre. «Seikichi, encárgate tú de ellos, adminístralos como has hecho hasta ahora», le dijo Chitam, sin mostrar interés alguno por ocuparse de tales asuntos. La señora ya había superado los sesenta y había decidido retirarse, por lo que el sirviente tuvo que volver a encargarse de todos los negocios de la familia.

Aunque Chitaru era un buen hombre, había algo en él que a Seikichi no le cuadraba.

Se había casado al año siguiente de volver de Tokio, con veinticuatro años. Su esposa, Otoyo, pertenecía a un antiguo clan de la misma localidad, de clase inferior a los Hodumi, y también acababa de volver tras estudiar en Tokio.

Se decía que un hombre de Echigo había dicho tras verla que, si bien su tierra era un lugar de mujeres bellas, nunca había visto ninguna como ella. Cuando eran pequeños todo el mundo decía que Chitaru y Otoyo hacían muy buena pareja y, aunque era broma, lo cierto era que congeniaban bien. Se rumoreaba que la chica se había marchado a estudiar a Tokio para estar a la altura de Chitaru cuando se casara con él. Y, justo cuando cumplió los dieciocho, volvió de la capital.

Cuando la madre de Chitaru le preguntó qué opinaba de un posible matrimonio, este le respondió que le daba igual. La mujer lo tomó como un sí, se alegró mucho y de inmediato comenzó con los preparativos. La otra familia también estuvo de acuerdo, y el mediador les confirmó que Otoyo había aceptado. Su compromiso fue publicado en todos los periódicos de Nagano y tanto parientes como desconocidos enviaron sus felicitaciones a la pareja.

Todos estaban alborotados por la boda; el único que no parecía contento era el viejo Seikichi, que estaba preocupado por la expresión tranquila del rostro de Chitaru. Le recordaba un momento de su propia vida, cuando el dueño de la tienda le prometió, a los treinta y cinco años, que iba a buscarle una esposa. Como no sabía quién era ni cómo sería, pasó varios días nervioso y sin poder

concentrarse en el trabajo. Por esa razón le preocupaban las palabras que Chitaru había pronunciado, que le daba igual casarse. No le importaba nada. No le interesaba el negocio familiar y tampoco su esposa, pero Seikichi era el único que pensaba que esa era la verdadera esencia de Chitaru.

Se celebró la boda y a la mañana siguiente se encontraron todos en el desayuno. Hasta ese momento solían sentarse en la cabecera la señora y su hijo, y Seikichi ocupaba el lugar más alejado. Esta había sido la costumbre desde la muerte del patriarca. Algunos parientes gustaban de meter las narices y entrometerse, pero en ese punto no mostraron ninguna crítica. Esa mañana, Chitaru estaba flanqueado por su madre y su esposa. La señora estaba muy contenta por tener a su nuera en casa y no dejaba de hablar a su hijo. Otoyó los escuchaba en silencio; apenas comió nada y fue la primera en retirarse. El anciano, que observaba desde lejos, pensó que quizá se había sentido un poco aislada de la conversación, y lo mismo debieron suponer la señora y su hijo.

Sin embargo, actuó de la misma manera en la comida y en la cena: Otoyó siempre era la primera en levantarse de la mesa. A partir del día siguiente, poniendo como pretexto que estaba ocupada, empezó a llegar tarde al comedor. Chitaru le preguntó por qué lo hacía y ella le confesó que odiaba las charlas de su suegra. Aquella era una regla que había establecido el patriarca anterior: mientras comían solían hablar de las cosas buenas que habían pasado en el vecindario, como si estuvieran repasando el periódico local. Si no había ocurrido nada, hablaban del libro que habían leído el día anterior o de cualquier otra cosa.

A Chitaru le parecía extraña la actitud de su esposa. Era cierto que sus charlas sobre las cosas buenas podían ser aburridas, pero difícilmente las consideraría una tortura. Cuando preguntó a su esposa por qué le resultaban tan insoportables, ella le dijo que odiaba aquellas historias tan hipócritas.

Cuando lo supo, la señora se esforzó por hablar menos, tanto que dejó de hacerlo casi por completo.

El hogar de los Hodumi se convirtió en una casa silenciosa.

* * *

Después de oír la historia, la puerta corredera que tenía escrito «Armonía», por la que había entrado el viejo Seikichi, se abrió de nuevo sigilosamente.

Entró un hombre bien vestido de unos cuarenta años. Llevaba puesto un *haori*^[17] negro y blanco de lino de Satsuma.

—Soy el dueño de esta casa, me llamo Chitaru Hodumi —dijo con nerviosismo—. Doctor, le extrañará que no haya venido a saludarlo sabiendo que estaba usted aquí, y más ahora que lo molesto de improviso, pero desde hace unas semanas no me siento bien y he estado, descansando. Cuando me avisaron de su visita estuve tentado a negarme porque mi madre había fallecido, pero como las desgracias son constantes y este viejo parecía tan deprimido, pensé que la presencia de un distinguido académico como usted lo animaría. Creo que Seikichi le ha contado nuestra historia. Mire, la situación de nuestra familia es realmente trágica.

»He estado en la habitación contigua hasta hace un momento. Sé que es de mala educación escuchar a escondidas, y me disculpo por ello. Como le ha contado el viejo Seikichi, desde pequeño he hecho sufrir a mi madre, y al final he dejado que muriera en la soledad de esta casa. Cuidé de ella hasta donde pude, pero en sus últimos años hizo de mi matrimonio un infierno. Muchos me habrían aconsejado separarme de mi esposa, pues no hemos llegado a tener hijos y su mal no se cura fácilmente, pero lo cierto es que nunca ha actuado con maldad; simplemente, no se llevaba bien con mi madre. Podríamos habernos separado o podría haberme ido de casa, pero mi esposa no lo habría aceptado. Si hubiéramos terminado en los tribunales, nuestra reputación se hubiera visto dañada; los Hodumi somos una familia muy conocida en Shinshū y no quería que los periódicos publicaran nuestros problemas íntimos. Así llevamos ya catorce o quince años.

»El viejo Seikichi es un hombre íntegro, como ha podido comprobar, y ha tenido mucho aguante. Ha guardado silencio siempre, pero al parecer piensa que soy un mal hijo y que me pierde el amor por mi esposa. Esa no es la verdad. No puedo negar que me falta decisión, quizá porque no he tenido nunca una meta en la vida. No conseguí entrar en la universidad, por lo que carezco de estudios superiores. Si hubiera contado con unos principios éticos sólidos, unos por los que no me hubiera importado sacrificarme, quizá no habríamos llegado a este punto. Si no me hubieran importado las críticas de la sociedad, si no me importara la muerte, ni siquiera la mía propia, quizá habría podido hacer algo. Pero carezco de todo ello, y el problema sigue sin resolverse. Y al final mi madre ha fallecido y mi esposa se ha vuelto loca. No sé qué me deparará el futuro.

Los ojos enrojecidos del patriarca me observaban fijamente. Sentí miedo. El viejo Seikichi miraba hacia abajo con los brazos cruzados. Sonaron las campanas del reloj, anunciando que eran las once.

—Entonces, ¿era su esposa la persona que estaba hablando hace un rato? —le pregunté.

—Así es. Se pasa así todo el día. Sufre alucinaciones y no deja de hablar de esa manera. No se duerme hasta quedar exhausta.

—Ya veo. Según me ha contado Seikichi, su esposa odiaba las charlas de sobremesa sobre las cosas buenas. Así fue como comenzó todo, pero ¿a qué se debió?

—En realidad es una tontería. Según mi esposa, no existe la verdadera bondad. Si existiera, en un país como el nuestro apenas tendría esa virtud una persona, y nos sería imposible hallarla porque alguien así aparecería una vez cada mil años. Por tanto, cuando alguien hace o dice algo bueno, lo hace para quedar bien o porque gana algo con ello. Para ella eso era trampa. Como nadie hablaba con orgullo de las cosas malas que hacía, y las buenas eran mentira, lo mejor era quedarse callado. A mí me parecía una tontería, pero también me parecía significativo. El año pasado, un

amigo del colegio con quien me llevaba muy bien en Tokio vino a unas termas cercanas y pasó por mi casa para saludarme. Me contó que se había casado y había tenido muchos hijos. No obstante, su mujer no reconocía la *authority*^[18] y no le hacía ningún caso. Él le había dicho que eso ofendería a sus padres, a sus jefes, a los dioses, a Buda, incluso a la Divina Providencia, pero no consiguió convencerla. Al parecer, las mujeres que estudian en las universidades feministas salen de ellas con ideas anarquistas o socialistas. En ese momento me pareció un absurdo, pero después de pensarlo me di cuenta de que mi esposa tampoco admitía ninguna autoridad. Las mujeres de hoy en día se niegan a obedecer y luchan como animales compitiendo por la supervivencia. ¿Por qué será?

—Es lo que ocurre si se las deja ser como quieren. Recuerde que todo niño es *égoiste*^[19] al nacer.

—Pero ¿por qué son tan diferentes a los varones?

—Eso es sencillo: en los hombres la razón está por encima de cualquier otro sentimiento. Hace un rato me dijo que no tenía un objetivo en la vida, ¿verdad? Pero, aunque no lo tenga, sabe bien que la sociedad se rige por intereses. Sabe que, si mantiene una actitud egoísta, su posición en la sociedad se verá dañada. Y por eso se contiene. Lo mismo puede decirse de las mujeres cuya razón está por encima de sus sentimientos, por pocas que haya así. Generalmente, los hombres reconocemos el conflicto de intereses y optamos por la prudencia.

—Ah, entiendo. Si no se enseña a los bebés a tener cuidado con las cosas rojas, pueden intentar tocar el fuego, ¿no? De la misma manera, las mujeres se muestran oportunistas y eso termina por destruirlas.

—Así es. Por eso se tiene que hacer llorar a los bebés para que no toquen el fuego; no se debe tratar a los bebés como si fueran adultos. Tanto los anarquistas como los socialistas están equivocados, ya que consideran que los humanos tienen uso de razón desde pequeños. Se trata de un problema de derechos

electorales. El futuro nos llevará a un pluralismo político, pero sus ideas nos van a complicar la existencia. Mire, en términos de *égalité*^[20] están errados desde su base ideológica. Dado que las mujeres no pueden ver más allá y caminan hacia la autodestrucción si se les da libertad, la única alternativa es detenerlas con violencia.

—Doctor, ¿eso piensa usted? He oído que en Alemania se permite a los profesores pegar con un látigo a sus estudiantes. También he escuchado que los maridos pueden pegar a sus esposas. ¿Usted tampoco vería ningún problema con eso, doctor?

Sonreí sin proponérmelo.

—No he pensado demasiado en ello. Hace un tiempo escribí para un periódico que en Francia, como en Gran Bretaña, algunos ven con buenos ojos el castigo físico. Pero Bernard Shaw escribió un texto al respecto que lo refutaba. Solo se debería tomar ese tipo de medidas en situaciones extremas. No sería correcto que lo hicieran todos los profesores, ni tampoco todos los maridos.

—Por supuesto, así debería ser. Como sea, si en algún momento hubiera recurrido a los golpes, mi pobre esposa no habría terminado así. Oh, qué lástima de mi difunta madre, y qué lástima de mi esposa.

El hombre se quedó pensativo.

—¿Por qué se encuentra en ese estado? ¿Cuál fue el motivo? —le pregunté.

El viejo Seikichi estiró los brazos y movió las rodillas.

—Es complicado de explicar. Estaba pensando en consultárselo, ya que es usted un doctor en ciencia. Lo que voy a contarle a continuación ocurrió la noche del *shonanuka*^[21]. Otoyó acudió al altar budista de la casa para poner incienso y encontró allí una gran serpiente enroscada alrededor de una calavera. El animal levantó la cabeza y se quedó mirándola fijamente. Ella gritó, se desmayó, y al despertar ya estaba como ahora. Nos asustamos, así que ordenamos que alguien atrapara a la serpiente y se deshiciera de ella. El señor Chitaru nos dijo que las serpientes eran sensibles a la presión atmosférica y que antes de las grandes tormentas solían

aparecer en las casas; que ese animal estuviera en el altar budista había sido una coincidencia. No obstante, a la mañana siguiente descubrimos que la serpiente había vuelto. No quería que la gente se enterara, pues ya se rumoreaba que Otoyó había enfermado como castigo por haber tratado mal a su suegra. Lo consulté con Chitaru y me dijo que lo olvidara, que la serpiente se marcharía cuando quisiera. Sé que se trata de una superstición y me da verdadera vergüenza pero, como usted está aquí, me gustaría que la examinara.

Chitaru estaba callado y parecía angustiado.

—¿Aún está allí? —pregunté al anciano.

—Sí.

—Bien —le dije, tirando el habano que estaba filmando—. Muéstremela de inmediato.

El anciano me guio hasta el altar budista, que tenía casi cuatro metros de ancho. En él había varias velas encendidas y varillas de incienso en un gran recipiente de bronce. En el centro había una estela funeraria de color blanco, probablemente la de la señora difunta. Más allá del incensario encontré a la serpiente.

Se trataba de una gran serpiente ratonera. Parecía estar muy bien alimentada, gorda incluso, y estaba enroscada alrededor de una calavera.

Contemplé el techo del altar budista; era de madera gruesa, pero se encontraba descuidado y tenía un color negro profundo.

A mi lado, el anciano entonaba unos sutras. Chitaru me había seguido como un *somnambuule*^[22] y se había detenido a mi espalda.

—¿No habrá cerca de aquí un almacén de arroz? —pregunté al anciano.

—Sí, a unos dos metros en línea recta siguiendo el pasillo.

—De ahí ha salido. Los animales son seres de costumbres y, una vez instalados en un lugar, siempre vuelven al mismo. No es nada misterioso. Sea como sea, yo me quedaré con la serpiente.

El anciano abrió los ojos con sorpresa.

—Llamaré a alguien joven.

—No lo haga; fue buena idea evitar que los demás se enteraran. Yo mismo atraparé a la serpiente. Si hubiera sido venenosa habría necesitado un palo, pero se trata de una simple ratonera, así que no será necesario. En mi equipaje hay una canasta hecha de cuerda donde ayer me pusieron un salvelino^[23]. Por favor, tráigamela si no es molestia —pedí al anciano.

El hombre me la trajo de inmediato.

Agarré bien la serpiente y tiré de ella para mantenerla colgando en el aire. Le agarré la cabeza y trató de enroscarse alrededor de mi cuerpo, pero no logró llegar hasta mi mano. La metí dentro de la canasta y cerré la tapa.

Acababan de dar las doce.

* * *

A la mañana siguiente, antes de marcharme, les pregunté qué médico se estaba ocupando de la esposa de Chitaru y me hablaron de un psiquiatra de Nagano. Como eran una familia importante y podían permitírselo, les aconsejé que llamaran a un especialista de Tokio.

(1911)

Jinmensō: el bubón con rostro humano

Por Jun'ichirō Tanizaki

Traducción de Isami Romero

Hacía tiempo que a Yurie Utagawa le había llegado el rumor de que una extraña película, de la que ella era protagonista, estaba proyectándose en algunos cines de Shinjuku y Shibuya. Además, parecía que había comenzado a circular también por la periferia de Tokio. Se trataba de una obra que había rodado en Estados Unidos. En aquella época trabajaba para la productora Globe de Los Ángeles. El título de aquella película en japonés era *Tenacidad*, pero en inglés era algo parecido a *El bubón con rostro humano*. El largometraje ocupaba cinco rollos de película. La crítica la había considerado sumamente artística, tanto que había logrado plasmar con excelencia la depresión y el misterio.

Por supuesto, no era la primera vez que una película de Yurie se estrenaba en los cines de Japón. Antes de su regreso al país, la Globe había importado cinco o seis cintas en las que ella trabajaba. Era tan buen actriz como sus compañeras estadounidenses y europeas. Tenía un cuerpo delicado, una belleza que combinaba lo coqueto de occidente con lo limpio y puro de oriente. Eso fue lo que atrajo la atención de los cinéfilos japoneses. Sus personajes siempre eran muy vivaces, algo inusual en una dama japonesa, y siempre mantenía la sonrisa. Era diestra, ágil y elegante; por eso, los papeles que mejor encajaban con ella eran los de pirata, villana

o detective. Así lo demostró en una escena de *La hija del samurái*, una película que estaban proyectando en el cine Shikijima de Asakusa.

En ella interpretaba a Kikuko, una muchacha japonesa que, para hacerse con los secretos militares de otros países, recorría Asia y Europa como espía. Allí se disfrazaba de *geisha*, de aristócrata y de amazona. Su interpretación era tan buena que el público quedó asombrado. El año anterior había regresado a Japón después de cinco años en Estados Unidos tras firmar un contrato con la productora Nittō. Gracias a su popularidad entre el público japonés, estaba ganando mucho dinero.

Sin embargo, Yurie creía que nunca había interpretado un papel en *El bubón con rostro humano*. Una persona que la había visto le contó la trama escena por escena, pero ni así consiguió acordarse del rodaje.

La historia comenzaba en el puerto de una región sureña, probablemente Nagasaki, en un prostíbulo que había junto a la caleta. Ahí vivía una *oiran*^[24] llamada Ayamedayū que estaba considerada la más guapa del pueblo. Cada tarde se apoyaba en la barandilla de la segunda planta del prostíbulo y levantaba la cabeza, como en éxtasis, al escuchar la música de un *shakuhachi*^[25].

El dueño del *shakuhachi* era un joven pordiosero sucio y enigmático que llevaba mucho tiempo enamorado de ella y soñaba con pasar aunque solo fuera una noche a su lado. Este joven cargaba con ese deseo en su corazón sin que nadie lo supiera. Como era pobre y se avergonzaba de su grotesca figura, se escondía en las sombras del puerto para tocar su flauta y disfrutar de la belleza de la *oiran*.

La mujer había robado el corazón a muchos hombres, además de a aquel pordiosero, pero hasta entonces solo uno la había hecho suspirar: se trataba de un marinero estadounidense con el que había acordado escapar cuando él regresara en otoño. Escuchando el *shakuhachi* del pordiosero, se quedaba embelesada viendo las velas en la costa, sumida en sus pensamientos...

Este era el prólogo de la película, y finalmente llegó el momento en que el marinero norteamericano regresó. Había quedado prendado de Ayamedayū y quería llevársela cuanto antes a su país natal, pero no podía pagar la cuantiosa suma de dinero que pedían por liberarla. Decidió raptarla y esconderla en la bodega del carguero, desde donde entraría clandestinamente en Estados Unidos. Y convenció al mendigo flautista para que lo ayudara.

Tenían un plan: una noche, la *oiran* saldría a escondidas por la puerta trasera. El americano estaría esperándola allí y la escondería dentro de un baúl, que subiría a un carro del que se ocuparía el mendigo. De este modo, él volvería a su barco como si no hubiera pasado nada, mientras que el pordiosero arrastraría el carro por una larga playa desierta a las afueras del pueblo, hasta llegar al viejo templo budista donde se refugiaba. Escondería el cofre a un lado del altar donde se colocaban las imágenes budistas y, después de unos días, a medianoche, el americano acudiría en una lancha para que el mendigo le entregara el baúl, dando el plan por concluido.

El pordiosero accedió alegremente a la petición del americano, pero además de dinero pidió otro tipo de compensación. Entonces le confesó lo que jamás había dicho a nadie, la verdad que había escondido dentro de su corazón.

—Haría cualquier cosa por ella, daría mi vida si pudiera. Prefiero ayudarla a seguir sufriendo por un amor imposible, así que haré todo lo que pueda. No obstante, apiádese de mí y, aunque solo sea una noche, permítame disfrutar de su cuerpo. Cumpla este deseo, el único que he tenido en mi vida... —suplicó, apoyando la frente en el suelo con lágrimas en los ojos—. Desde que su barco abandonó el puerto la primavera pasada, he sido yo quien ha tocado la flauta bajo su balcón para consolar su alma. Sé que es una petición indigna, pero si me concede ese deseo, le prometo que, si nos descubren, seré yo quien cargue con la culpa.

Al escucharlo, el americano no pudo rechazar su petición. Aunque la amaba, era una *oiran* y habían sido muchos los que habían tocado su piel. Por eso no le pareció un problema que

vendiera su cuerpo una o dos noches más si a cambio conseguían ayuda. Sin embargo, Ayamedayū se sintió muy disgustada. Había visto al pordiosero a través de las rejas y le había provocado escalofríos. Aunque era cierto que había tenido muchos clientes, no podía entregar su cuerpo a aquel joven sucio con cara de ogro. Ese sería un sufrimiento peor que la muerte, así que acordó con el americano que lo engañarían.

Después de despedirse del mendigo, el americano volvió a su barco y él llevó el baúl al viejo templo. Quería ver a la *oiran* e intentó abrirlo ante las estatuas del recinto budista. Sin embargo, la tapa estaba asegurada con un rígido candado y no se podía abrir. Se abrazó al cofre y, en compañía de la que estaba oculta allí, se pasó toda la noche insultando al americano y expresando todo su dolor.

—No te ha engañado. Seguramente, con las prisas, olvidó darte la llave. Cuando vuelva cumpliremos nuestra promesa —le dijo la mujer, intentando consolarlo. Después de unos días, el americano regresó al templo de madrugada y se disculpó varias veces con el pordiosero por haber olvidado la llave.

—El barco zarpará pronto y no hay tiempo de cumplir tu petición. Por favor, conténtate con esto.

El hombre le arrojó una bolsa con dinero, pero el mendigo no pensaba aceptarla sin más.

—Como ya no volveré a ver a la *oiran*, no tiene sentido que siga vivo. Si no consigo mi deseo, me suicidaré lanzándome al mar. Me habéis engañado vilmente. Si tanto le desagrado no le pediré que esté conmigo, pero quiero verla al menos un momento para llevarme su recuerdo de esta vida. Déjame al menos besar la manga de su kimono con bordados dorados.

La *oiran* no podía aceptarlo.

—Diga lo que diga, no abras la maleta. Echa de inmediato a este pordiosero y llévame al barco —gritó la mujer.

—Lo siento mucho, de verdad —le dijo el americano—, pero hoy tampoco he traído las llaves.

—Está bien. En ese caso, me lanzaré al mar. Moriré con el deseo de verla y no descansaré hasta demostrarle mi rencor —dijo el pordiosero.

—¡Allá tú si te quieres suicidar! —gritó la *oiran* desde el baúl. En la película se mostraba un primer plano del rostro de la mujer, que tenía el ceño fruncido y parecía furiosa.

—Te perseguiré toda la vida. Por mucho que te arrepientas de este momento, no podrás librarte de mí —la amenazó, y acto seguido se lanzó al mar desde el precipicio. El americano parecía aliviado. Sacó la llave de su bolsa y abrió la maleta. Los enamorados se abrazaron, contentos de que su plan hubiera tenido éxito. Estos eran los dos primeros rollos.

En el tercer acto, la historia se desarrollaba en el interior del barco que se dirigía desde Japón a Estados Unidos. En la primera escena aparecía el baúl, arrojado a la bodega del barco junto con otros equipajes. Había una toma del interior: la mujer tenía las rodillas agarradas y la frente apoyada en ellas para hacerse más pequeña.

Después de dos o tres días, en su rodilla derecha empezó a salir un extraño bubón que comenzó a hincharse horriblemente. En su superficie, suave y blanda, salieron otros cuatro bultos más. Lo extraño era que no sentía ningún dolor, así que comenzó a apretarlo y golpearlo con la mano. Su superficie, que al principio era suave, se endureció con el paso de los días, y los cuatros pequeños chichones empezaron a cambiar de forma.

Las dos protuberancias superiores se redondearon y la central se alargó perpendicularmente. La cuarta lo hizo en horizontal y se arrugó como una oruga. Era realmente grotesco. Aunque el interior del baúl tendría que haber estado a oscuras, le habían hecho unos pequeños agujeros para que entrara el aire y también los atravesaba la luz, que bañaba justo su rodilla derecha.

Mientras miraba aquella tumoración, la mujer empezó a pensar que las dos protuberancias superiores parecían ojos. También el bulto central parecía una nariz, y el inferior, el que se asemejaba a

una oruga, era como unos labios. Bien mirado, el bubón parecía un rostro humano. «¿Será que me estoy volviendo loca?», pensó. No había ninguna duda: era una cara. Lo peor era que guardaba un ligero parecido con el mendigo. Cuando se dio cuenta, se desmayó del susto.

Mientras estaba inconsciente, el bulto continuó creciendo. Los ojos, la nariz y la boca se perfeccionaron como si alguien les hubiera dado vida. Allí estaba fielmente plasmada la imagen del pordiosero. El joven flautista la había maldecido antes de suicidarse y ahora su rostro estaba allí, como si un maestro escultor lo hubiera tallado en su rodilla.

A continuación se narraba la venganza de aquel *jinnensō*, aquel bubón con rostro humano. Era una historia cruel. Cuando el barco llegó a Estados Unidos, la mujer escondió a su amado la existencia del bubón. Alquilieron una casa en San Francisco, el americano dejó el oficio de marinero y empezó a trabajar como oficinista. Se percató de que ella estaba melancólica y una noche, por casualidad, descubrió su horrible secreto. Intentó abandonarla, pero discutieron y ella terminó estrangulándolo, pues aquel espíritu malvado y terrible la había poseído. Mientras se encontraba aturdida delante del cadáver de su amado, el *jinnensō* movió los músculos de su rostro por primera vez para mostrar una sonrisa perversa. A partir de ese momento expresaba todo tipo de emociones: se alegraba y entristecía, sacaba la lengua y se enfurecía, a veces lloraba y a veces fruncía los labios.

Después del asesinato del americano, la personalidad de la mujer cambió por completo. Cada vez era más bella y tenía menos prejuicios morales; engañaba a los hombres, les quitaba el dinero y les robaba la vida.

Algunas noches la atormentaban los crímenes que había cometido, interrumpiendo su sueño. Cada vez que intentaba hacer algo para remediarlo, el bubón se interponía en su camino, debilitándola y obligándola a realizar actos malvados. Sin darse cuenta, fue cayendo en un abismo de martirio y arrepentimiento.

A veces, cuando no trabajaba en el teatro de variedades, se prostituía. La protagonista combinaba muy bien la ropa japonesa y la occidental pues tenía unas facciones y un cuerpo muy bonitos. La narración pasó entonces de San Francisco a Nueva York, donde se aprovechaba de aristócratas, diplomáticos y caballeros adinerados que quedaban cautivados de su belleza.

Vivía en una elegante mansión, conducía automóviles y llevaba vida de mujer rica, pero cuando estaba sola se sentía atormentada por los remordimientos. Al final se enamoró de un marqués y se casó con él. Habría sido muy feliz llevando una vida tranquila con aquel aristócrata, pero ese no era su destino.

Una noche, el matrimonio celebró una gran fiesta. Hasta entonces había llevado el bubón vendado y cubierto por medias gruesas, pero aquella noche empezó a sangrar mientras bailaba. El marqués, que llevaba mucho tiempo preguntándose por qué se vendaba su esposa la rodilla, se acercó y le examinó la herida: el *jinmensō* había roto la media con los dientes y estaba sacando la lengua a través del agujero, sangrando por los ojos y la nariz.

Ella salió huyendo como una loca y, una vez en su dormitorio, se clavó un cuchillo en el pecho y se derrumbó sobre la cama. Murió, pero el *jinmensō* parecía seguir vivo, ya que continuaba riéndose.

Este era más o menos el contenido de la película *El bubón con rostro humano*. La última escena era un zum a las facciones del *jinmensō*.

Normalmente, al principio de las películas aparece el nombre del guionista y del director, así como el de los actores en sus respectivos papeles. No obstante, en aquella cinta no aparecía por ningún lado el nombre del guionista y del director, solo «Yurie Utagawa como Ayamedayū». Del coprotagonista cuyo papel era incluso más importante que el de Yurie, el japonés que había interpretado al mendigo, no había ninguna información. No se sabía quién era ni de dónde había salido. Era una lástima.

Yurie seguía sin recordar cuándo había interpretado aquel papel, aunque estaba claro que debió rodarla en algún momento.

En los rodajes no solía seguirse un orden, como si fuera una obra de teatro. Dependiendo de las circunstancias se elegía una parte u otra del guión. Era posible filmar en un mismo lugar dos o tres escenas de diferentes películas, y muchas veces ni los propios actores conocían el argumento. En Globe, la productora con la que Yurie había trabajado, los actores no tenían que aprenderse el guión ni practicar sus diálogos; interpretaban sus papeles sin conocer la naturaleza de la obra. Siguiendo las indicaciones del director lloraban o reían, e interpretaban las escenas de una en una. Así impedía que los artistas malinterpretaran sus personajes y podía concentrarse en la dirección. Ese era su método.

En los cinco años que Yurie había trabajado para Globe, había grabado multitud de escenas sin saber qué eran o cómo las montarían. Aunque en aquel momento no lo había sabido, no era más que un engranaje en una gran maquinaria.

Lo cierto era que había interpretado varios papeles de esposas de aristócratas y prostitutas. Como estaba especializada en piratas y espías, se había metido en maletas y no era inusual que engañara a hombres o los asesinara. Por tanto, aunque no recordara la película del bubón, no era descabellado pensar que la había rodado. Además, para aquella película habían usado efectos especiales (al plasmar la cara del pordiosero en su rodilla, por ejemplo), y por tanto era lógico que no lo recordara.

Sin embargo, le parecía extraño que nadie le hubiera hablado nunca de ella, que no le mostraran el primer rollo o le contaran la trama. Mientras estaba en Estados Unidos le encantaba ver sus propias películas. Las había visto todas, incluso los cortometrajes. Pero jamás había visto *El bubón con rostro humano*.

Por cierto, hablando de rarezas: era extraño que estuviera en los cines del extrarradio tantos años después de su estreno en Estados Unidos. ¿Cuándo habían importado la película? ¿Quién la distribuía, y dónde la habían estrenado? Intentó averiguarlo preguntando a los actores que trabajaban en su misma compañía, y a dos o tres empleados. Todos le respondieron que no sabían nada. Yurie estaba

deseando verla, pero hasta entonces no lo había conseguido porque pasaba de un cine a otro sin cesar; un día la anunciaban en Aoyama y al día siguiente en Shinagawa.

Cada vez sentía más curiosidad por aquella película. En la Globe había un técnico muy hábil llamado Jefferson, muy jovial y bromista, que posiblemente se había ocupado de que el bubón pareciera real.

Tenía que verla. Además, estaba interesada en saber quién era el japonés que había interpretado al joven flautista. En esa época solo había tres actores japoneses en nómina de Globe, pero nunca había compartido escena con ellos. ¿Quién sería el japonés que puso su rostro horripilante en la blanca y suave rodilla de Yurie?

¿Habría alguien en Nittō que conociera el misterioso origen de la película? Entonces se acordó de un hombre al que conocía y que llevaba mucho tiempo trabajando allí como traductor en las negociaciones con empresas extranjeras. Decía tener un amplio conocimiento de las fechas de producción de las películas estadounidenses que llegaban a Japón, cómo fueron importadas y los actores que aparecían en ellas. Yurie pensaba qué, si le preguntaba, quizá encontraría una pista. Un día acudió al estudio de grabación de Nippori, subió al primer piso y tocó con suavidad el hombro de su conocido, que trabajaba allí.

—Ah, ¿te refieres a esa película? Mira, yo tampoco lo sé todo...
—le respondió el hombre, confuso y parpadeando sin cesar.

Miró a su alrededor y se levantó para cerrar la puerta que Yurie había dejado abierta. Entonces se relajó un poco y la miró fijamente.

—¿Dices que no recuerdas cuándo rodaste esa película? Bueno, es una cinta realmente extraña. Siento curiosidad por ella desde hace tiempo, pero tenemos que tener cuidado con la publicidad y es un asunto un poco escabroso. Nadie más debe saber lo que voy a contarte. Espero que no te sientas mal cuando lo sepas.

—No te preocupes. Si se trata de una historia tenebrosa, con más razón quiero escucharla.

—Llevamos un tiempo distribuyendo esa película por los cines del extrarradio. La adquirimos, si no me equivoco, un mes antes de

que volvieras de Estados Unidos. No se la compramos directamente a Globe sino a un francés de Yokohama.

Este extranjero nos dijo que la había comprado en Shanghái junto a algunas películas más.

»Antes de eso, la habían proyectado en China y en las colonias del Nanyō^[26]. Por esa razón estaba muy deteriorada. Pero, como estabas a punto de firmar con nosotros y *La hija del samurái* había tenido mucho éxito, la compramos. Aunque estaba dañada, tenía algo realmente especial. Es una película inusual, y pagamos por ella un precio altísimo. Un tiempo después empezaron a llegar rumores sobre la película. La gente no conseguía verla a solas, ni los hombres más intrépidos. Siempre sucedía algo terrible. Este hecho lo descubrió por casualidad uno de nuestros técnicos mientras proyectaba la película para saber dónde estaba dañada. Al principio nadie lo creyó, pero dos compañeros decidieron probar su valor viéndola a solas y confirmaron las palabras del técnico. “Sí que hay algo raro en esa película. Ese hombre es un monstruo”, nos dijeron.

»Obviamente, esto causó un gran alboroto. Pero no era lo único extraño. El técnico perdió la cabeza y dejó el trabajo. Los otros dos tenían pesadillas y se sentían extrañamente enfermos. Uno de ellos fue nuestro presidente, que dos semanas después comenzó a sufrir unas fiebres de origen desconocido. Como sabes, se trata de un hombre supersticioso y muy nervioso, así que no quiso que la película siguiera aquí ni un día más. Cuando se curó, convocó una junta en la que exigió que se rompiera el contrato con la productora y se devolviera la película de inmediato. Sin embargo, la mayoría de accionistas se negaron; había sido una película extremadamente cara y no querían asumir las pérdidas. Al final se les ocurrió una idea para solucionar el embrollo. Los hechos misteriosos solo sucedían si se veía la película de noche y a solas, así que, mientras las salas se llenaran, no habría ningún problema. Además, no había ninguna razón para romper el contrato contigo. Por supuesto, si esto se llegaba a saber, tu popularidad se vería afectada y tus películas perderían valor, así que decidimos guardarlo en secreto.

Distribuimos la película por los cines más modestos de Kioto, Ōsaka y Nagoya, sin anunciarla en los periódicos para que no hicieran críticas sobre ella. Cuando terminó de pasarse en la región de Kansai, llegó a los suburbios de Tokio...

»Te he hablado de los sucesos extraños que experimentan quienes la ven a solas, pero lo cierto es que yo no he visto nada. Participé en la compra y la vi cuando la estrenamos para la prensa y la policía. En ese momento me pareció extraño no conocer al actor japonés que interpretaba al mendigo, pues conocía el nombre de todos los protagonistas excepto el suyo. Si no me equivoco, para Globe trabajaban tres actrices japonesas, tú y dos más, y otros tres actores, ¿verdad? Pero el japonés que interpretó al pordiosero no era ninguno de ellos. ¿Tú conoces a algún otro? Eso era lo que quería preguntarte.

—Estoy en las mismas, no sé quién es. ¿No es posible que sea un actor al que no conozco, agregado después mediante el manipulado de la imagen? Estoy segura de que debió ser así.

—Yo también lo pensé, ya que he oído hablar del famoso Jefferson, experto en efectos especiales. Pero creo que ni siquiera él lo habría conseguido. Hay varios puntos que me hacen dudarlo, y hace seis meses los resumí todos en una carta que envié a Globe. Su respuesta me sorprendió mucho. Según decían, no habían realizado ninguna película llamada *El bubón con rostro humano*, aunque admitieron haber utilizado las escenas que aparecen en ella en otras películas. Al parecer, alguien combinó varias películas para hacer una nueva, lo que explica su existencia. Me dijeron que no era posible que sus actores hubieran hecho una película en secreto, sin decir nada a la empresa, pues acudían a diario a los estudios y era imposible que tuvieran tiempo para dedicarse a otro proyecto. Además, me aseguraron que en aquella época solo tenían en nómina a tres actores japoneses, aunque antes de tu llegada habían sido cinco o seis. Es posible que ese hombre fuera uno de ellos y que utilizaran sus imágenes, pero todo esto me resulta demasiado enmarañado.

»Para corroborar mis afirmaciones querían examinar la película, comprándola aunque el precio fuera alto. Sigo sin conocer el auténtico origen de la cinta aunque, si creemos la versión de Globe, se trata de un montaje realizado por un desconocido con escenas de distintos rollos. Esta es la hipótesis más creíble que tengo hasta ahora. Pero ¿por qué? No creo que alguien se tomara tantas molestias sin un interés económico, y además están esas cosas siniestras que ocurren al verla de noche... Puede que lo que voy a decir te resulte extraño, pero ¿puede que hicieras enfadar a alguien en Estados Unidos? ¿Rechazaste o engañaste a algún enamorado? En ese caso podría ser una maldición.

—No creo haber hecho nada malo a nadie. No la he visto, pero dicen que la cara del bubón es horripilante.

—Así es. Se trata de un rostro horrible, no sé si japonés o no, con los ojos saltones y negros y la cara rechoncha. El hombre debe tener unos treinta años, y en la película parece diez años mayor que tú. Aunque solo la veas una vez, es una cara que no se olvida. Es una pena que no hayamos conseguido dar con él, pues actúa con gran sobriedad y cuando se convierte en bubón está increíble, al nivel de Wegener, el actor que protagonizó *El estudiante de Praga* y *El Golem*. No creo que un japonés con esa cara y ese talento pasara desapercibido en Japón, y menos en Estados Unidos. Es como si no fuera más que un espejismo que habita dentro de esa cinta. Los que han visto la película de noche dicen que no es humano. «Ese hombre es un monstruo». No existe otro actor a ese nivel.

—Me gustaría saber a qué te refieres cuando dices que han ocurrido cosas siniestras.

—He intentado evitar el tema porque no quiero perturbarte, pero creo que ha llegado el momento de contártelo. El técnico me contó lo ocurrido con todo detalle, pero para no andar con rodeos, lo siniestro de esa película está en el rostro de ese desconocido. Cuando ves la película a solas y de madrugada se genera una atmósfera fantasmagórica que llega a su punto álgido cuando

aparece esa cara en primer plano, riéndose con malicia. En ese momento es imposible no sentir escalofríos, y el técnico me dijo que tuvo que detener la película. La tristeza te acongoja desde que ves al flautista por primera vez, tanto que empiezas a intuir algo sobrenatural. La película está dañada, borrosa en algunas partes, y eso le da un toque más deprimente. Aguantas el primer rollo, el segundo, el tercero y el cuarto, pero en el quinto rollo, lo que sucede tras el suicidio de Ayamedayū es tan terrorífico que podrías desmayarte de miedo si siguieras mirando. En esa escena queda en primer plano su pierna derecha, desde la rodilla hasta los dedos de los pies. Y ahí está el bubón, que frunce los labios y sonríe como si en realidad estuviera llorando, aunque si te concentras y no hay ruido del exterior puedes escuchar una carcajada suave. Para escucharla es necesario prestar toda la atención posible. Al proyectarse en el cine, es probable que pase desapercibida.

»He olvidado contarte que finalmente hemos llegado a un acuerdo con Globe. Conseguimos la película hace dos o tres días en un cine de Sugamo llamado Taishōkan. Ahora mismo está sobre ese estante. Aunque el presidente nos ha prohibido proyectarla aquí, no creo que haya problema en que veas algunos fotogramas. ¿Qué te parece? Puedo enseñártelos, con la condición de que esté yo delante. Si reconoces al pordiosero, quizá consigamos descifrar este misterio...

El hombre estaba esperando a que Yurie, con la mirada brillante por la curiosidad, asintiera. A continuación sacó los cilindros de plomo que estaban apilados en el estante contiguo y que contenían cinco rollos. Los puso sobre la mesa y los abrió. La película brillaba como si fuera acero; la extendió y la acercó a la ventana para mostrársela a Yurie.

—Mira, este es el pordiosero —le dijo. A continuación buscó el quinto rollo y le señaló el rostro del bubón en la rodilla—. ¿Lo ves? Aquí está el bubón. Se trata de un montaje, es obvio. ¿No recuerdas a esta persona?

—No, no creo haberlo visto jamás —le contestó. No necesitaba hacer memoria. Se trataba del rostro de un varón desconocido—. Pero, aunque sea un montaje, este hombre debe existir. No creo que sea un fantasma.

—No obstante, hay una parte que es realmente imposible que sea un montaje. Mira, se trata de esta escena; está a mitad del quinto rollo. La protagonista intenta golpear al bubón y este le muerde el dedo gordo. Mira cómo aprieta mientras tú mueves los dedos. Eso es imposible hacerlo en una mesa de montaje —le dijo. Entregó la película a Yurie, se encendió un cigarro y comenzó a dar vueltas por el cuarto. Finalmente añadió, como si hablara solo—: ¿Qué ocurrirá cuando esta película pase a ser propiedad de Globe? Son astutos; seguramente la venderán por todo el mundo. Estoy seguro de ello.

(1919)

La momia

Por Atsushi Nakajima

Traducción de Isami Romero

Esto ocurrió cuando el rey Cambises de Persia (hijo de Ciro el Grande y Casandana) invadió Egipto. Entre sus capitanes se encontraba un hombre llamado Pariscas cuyos ancestros procedían de oriente, algún sitio cerca de Bactriana. Era un hombre provinciano de carácter melancólico que no había conseguido adaptarse a la vida en la capital, a pesar de haber vivido mucho tiempo allí. Era un soñador y los demás se burlaban siempre de él, a pesar de su posición exitosa.

Cuando el ejército persa atravesó Arabia y entró por fin en Egipto, los camaradas y subordinados de Pariscas quedaron desconcertados ante su extraño comportamiento. El capitán se quedó mirando aquel paisaje nunca visto con gesto de preocupación, como si algo lo inquietara. Parecía intentar recordar algo sin conseguirlo, y era obvio que eso le irritaba.

Mientras arrastraban a los prisioneros del ejército egipcio llegaron a sus oídos las palabras de uno de ellos. Aunque no conocía el idioma creyó comprender sus palabras, así que ordenó a uno de sus subordinados que preguntara al prisionero si era egipcio. Gran parte del ejército egipcio estaba formado por mercenarios griegos y de otras regiones, pero ese en concreto era egipcio. Pariscas dudó y una expresión preocupada apesó sus facciones.

Hasta ese momento no había puesto un pie en Egipto ni había tenido nunca relación con sus gentes.

Tras perseguir al derrotado y disminuido ejército egipcio, marcharon a Menfis. Pero, en cuanto Pariscas atravesó la antigua muralla blanca de la capital, aquella sensación opresora resurgió con más fuerza. Parecía a punto de sufrir un ataque. Incluso los camaradas que se burlaban de él empezaron a sentirse inquietos. Pariscas leyó en voz baja los jeroglíficos tallados en el obelisco que se erguía a las afueras de Menfis. Y, en ese mismo tono, desveló a sus hombres el nombre del rey que había construido aquel monumento. Los soldados empezaron a preocuparse. Todo el mundo ignoraba que tuviera conocimientos sobre la historia de Egipto o que pudiera leer sus textos, incluido el propio Pariscas.

En aquella época, el señor de Pariscas, el rey Cambises, había comenzado a sufrir ataques de locura. Obligó a Psamético, el faraón de Egipto, a beber la sangre de un toro antes de asesinarlo. No quedó satisfecho con eso y pensó en descuartizar el cadáver de Amosis, el anterior monarca, que había fallecido medio año antes. Era a él a quien quería hacer objeto de sus humillaciones. Reunió a un grupo de hombres y se dirigió a Sais, donde estaba su mausoleo. Cuando llegaron, ordenó que buscaran su tumba, encontraran su cuerpo y se lo llevaran.

Como si hubieran sabido lo que iba a ocurrir, los egipcios habían escondido la tumba del faraón Amosis con gran cuidado. Los oficiales persas tuvieron que abrir una a una todas las tumbas, tanto las del interior como las que había a las afueras de la ciudad de Sais.

Pariscas se unió a las tropas que buscaban aquella tumba. Mientras los demás se concentraban en hacerse con las muchas joyas, adornos y muebles enterrados con las momias de la aristocracia egipcia, Pariscas se pasaba el día de sala en sala con expresión deprimida. En algunos momentos, un tímido rayo de sol atravesaba de repente las nubes de ese cielo nublado para alumbrar su oscura expresión, pero esa luminosidad desaparecía de

inmediato y el capitán volvía a su habitual estado lúgubre y nervioso. Era como si hubiera algo atrapado en su alma, algo que se negaba a salir.

Una tarde, después de varios días inspeccionando el lugar, Pariscas se aventuró hasta una de las tumbas subterráneas más antiguas. No se había dado cuenta de que se había alejado de sus compañeros, ni sabía en qué parte de la ciudad se encontraba esa tumba. Se sentía como si acabara de despertar de un sueño, ya que se había encontrado de repente en el interior de aquella tumba vieja y oscura. No había ninguna explicación.

Conforme sus ojos se adaptaban a la oscuridad comenzaron a emerger ante él un montón de estatuas, relieves y murales. Los sarcófagos estaban abiertos y sus tapas arrojadas de cualquier manera; había varios *ushebt*^[27] tirados por el suelo. Al parecer, alguno de los soldados persas ya había saqueado aquel lugar. El olor del polvo viejo atacó con frialdad su nariz. En la oscuridad, al fondo, sobresalía una gran escultura de un dios con cabeza de halcón que lo observaba con dureza. En los murales cercanos encontró unos extraños dioses con cabezas de animales formando una fila; había rinocerontes, cocodrilos y garzas reales, y también un ojo gigantesco que no tenía cara ni torso pero del que brotaban piernas y brazos.

Pariscas empezó a acercarse casi sin ser consciente de ello. Después de cinco o seis pasos tropezó. Al bajar la mirada para ver con qué se había topado, descubrió una momia a sus pies. Sin pensarlo mucho, la levantó en sus brazos y la dejó junto a uno de los dioses. No era más que una momia corriente, igual a todas las demás que había visto esos días hasta hartarse. De repente, vio la cara de la momia y un sudor frío recorrió su espalda. No podía apartar la mirada. No podía moverse. Era como si un imán lo atrajera.

¿Cuánto tiempo estuvo allí?

En el interior de la momia se estaba produciendo un cambio extremo. Los elementos que constituían su cuerpo, todo lo que

había debajo de su piel, comenzó de inmediato a rezumar una espuma. Hervía como el experimento en un tubo de ensayo de un químico de épocas posteriores y, cuando la ebullición se detuvo, Pariscas sintió que la esencia de su cuerpo había cambiado.

La calma que sentía era absoluta. En ese momento supo que era lo que tanto lo había inquietado desde su llegada a Egipto, ese sueño de la noche anterior que al despertar siempre estaba a punto de recordar.

—Ah, de esto se trataba —dijo en voz alta sin poder evitarlo—. Yo era esa momia. No cabe la menor duda.

Cuando Pariscas pronunció estas palabras, los labios de la momia parecieron relajarse. Era como si hubiera estado esperando una señal. Una luz alumbraba con claridad el rostro de la momia, que se podía ver a la perfección.

Y de ese destello de luz que rompía la oscuridad comenzaron a emerger de golpe los recuerdos de un pasado lejano, la memoria de los días en los que su alma habitaba el cuerpo de esa momia: los rayos del sol abrasando la arena, la brisa bajo la sombra de los árboles, el olor del lodo tras las inundaciones, la gente que caminaba por las calles y el olor de los perfumes después del baño, así como la frialdad de la piedra del templo bajo sus rodillas. Todas aquellas vivencias olvidadas resucitaron de inmediato.

En aquella época era el sacerdote del templo de Ptah. Era lo más probable ya que, aunque había recuperado los recuerdos de lo que había visto, tocado y experimentado, no había llegado a verse a sí mismo.

De pronto visualizó los ojos tristes del toro que había sacrificado ante los dioses, y su mirada le recordó a la de un ser humano al que conocía bien, una mujer. De inmediato aparecieron unos ojos femeninos, un rostro maquillado con polvo de malaquita, un cuerpo delgado, un porte familiar... Todos esos recuerdos, incluso su olor corporal, emergieron de la nada. «¡Qué nostalgia!», pensó. No había duda; aquella mujer tan solitaria como un flamenco en el lago al atardecer era su esposa.

Por alguna extraña razón no recordaba los nombres de las personas ni de los lugares, solo las formas, colores y olores de las cosas sin nombre, que aparecían ante él de repente para desaparecer al segundo siguiente.

Ya no estaba mirando a la momia. Su alma había salido de su cuerpo y se había metido dentro de ella.

Ante sus ojos apareció una escena. Estaba acostado en su cama, preso de una fiebre terrible. A su lado, su esposa lo miraba con preocupación. Detrás de ella había otras personas, ancianos y niños. Tenía mucha sed. Movi6 la mano y su esposa le dio de beber. Después de un rato, se quedó dormido. Al despertar, la fiebre había bajado. Abrió los ojos y vio a su esposa llorando. También lloraban los ancianos. La sombra de unas nubes cargadas de lluvia oscureció el lago, y un gran velo azul comenzó a cubrir su cuerpo. Se vio rodeado de una especie de resplandor y no pudo evitar cerrar los ojos.

En ese momento terminaban los recuerdos de su vida pasada. Después de eso pasaron un centenar de años de oscuridad y, cuando regresó a la realidad, es decir, a aquel momento, volvía a ser un militar del ejército persa ante una momia que en el pasado fue él mismo.

Aterrorizado ante aquella revelación misteriosa y mística, lo apresó un frío tan intenso como la hiel de un lago invernal en un país del norte. Hundidos en el fondo, como los peces ciegos que se alumbran con su propia luz en las profundidades marinas, estaban los recuerdos de su vida anterior.

En ese momento, los ojos de su alma atravesaron el oscuro fondo y consiguieron hallar los detalles de la memoria perdida.

En su anterior existencia se encontraba ante una momia en una sala pequeña y oscura, un lugar frío y polvoriento. Aunque se sentía preso de una gran agitación, debía cerciorarse de que aquel había sido su cuerpo en una vida anterior. Estaba intentando recordar cuando...

Sintió un escalofrío. ¿Qué había sucedido? Al recordar su vida anterior, los detalles de la existencia actual se habían vuelto parte del pasado, como dos espejos enfrentados en los que los recuerdos se reflejan hasta el infinito, hasta perderse en la oscuridad.

Con la piel de gallina, Pariscas trató de huir, pero sentía las piernas débiles. No podía alejar los ojos de la cara reseca y ambarina de la momia, como una escena congelada en el tiempo.

Al día siguiente, los soldados encontraron a Pariscas abrazado a la momia en el suelo de la vieja tumba subterránea. Cuando recuperó la consciencia empezó a delirar y a mostrar indicios claros de demencia. No hablaba en persa, sino en egipcio.

(1942)

El infierno está en el espejo

Por Rampō Edogawa
Traducción de Isami Romero

Mi amigo K. comenzó el relato que ponía fin a la reunión:

—¿Queréis que os cuente un relato misterioso? ¿Qué os parece este?

Cinco o seis personas nos habíamos reunido para contar por turnos distintas historias de miedo o, en su defecto, sucesos extraños. No sé si lo que nos contó ocurrió realmente o fue invención suya, pues no se lo pregunté después, pero lo cierto era que parecía creíble. Era una noche nublada de finales de primavera y el ambiente estaba cargado, como si estuviéramos en el fondo del mar. En tales condiciones, tanto los que contábamos como los que escuchábamos nos sentíamos ya medio chiflados, y quizá fue esa la razón por la que aquel último relato impactó en mi alma de una manera extraña. La historia decía más o menos así:

“Voy a hablaros de mi infeliz amigo. No quiero decir su nombre, así que hablaré de él sin dar detalles. Esta persona padecía, no sé desde cuándo, una enfermedad extraña, sobrenatural. Puede que la heredara de sus ancestros, no era una idea descabellada. No conocí a su abuelo ni a su bisabuelo, pero eso es lo de menos. Lo importante es que alguien de su familia se convirtió al cristianismo y había en su casa varios textos antiguos escritos en sentido

occidental. También había estatuas de la Virgen María y pinturas de Jesucristo. Junto a todo esto se encontraban algunos artefactos dignos de *Igagoe Dōchū Sugoroku*, la famosa obra de teatro kabuki que seguramente conocéis. Había, por ejemplo, un telescopio de hace un siglo, un imán de forma extraña, así como unos preciosos ornamentos de cristal que en esa época se conocían con el nombre de *gyaman* o *bidoro*. Desde niño había jugado con todas esas cosas.

Desde su infancia había sentido una extraña fascinación por todas las cosas que reflejaban imágenes, como el cristal, las lentes y los espejos. Como prueba de ello, sus juguetes favoritos eran las linternas mágicas, los telescopios, las lupas y los caleidoscopios. Sabéis lo que son, ¿verdad? Esos artilugios que, al mirar a través, hacen que la gente y las cosas parezcan delgadas o planas. Es un juguete basado en un sistema de prismas. Le encantaban^ ese tipo de objetos.

Recuerdo ahora una vez, cuando éramos pequeños, en la que abrí una vieja caja de paulonia que había sobre su escritorio del cuarto de estudio. Dentro había un espejo hecho de metal antiguo. Lo agarré y lo moví bajo la luz, intentando iluminar la pared oscura.

—¿Qué te parece, no es curioso? Este espejo muestra una letra al reflejar la luz. ¿La ves?

Me giré para mirar la pared y me quedé sorprendido. En el interior del círculo de luz blanca había un carácter chino, 寿 «felicidad, longevidad».

—¡Qué maravilla! ¿Cómo es posible?

Yo apenas era un niño y aquello me parecía un milagro, algo misterioso y asombroso. Quería escuchar su explicación.

—No lo adivinarías nunca. ¿Quieres que te diga el truco? Cuando te lo cuente verás que no se trata de nada especial. Mira, observa: la letra está tallada en la parte de atrás del espejo. ¿La ves?

Tenía razón; en la parte trasera del espejo, que era de color bronce, había una letra pulcramente tallada. ¿Cómo era posible que

traspasara hasta la otra parte para proyectarse en la sombra? El espejo era normal. Parecía cosa de magia.

—No es magia ni nada sobrenatural —me explicó al ver mi incredulidad—. Mi padre me contó que los espejos de oro, a diferencia de los de cristal, se nublan si no los pulimos. En este caso, al ser una pieza vieja que lleva desde siempre en mi casa, se ha limpiado muchas veces. Pero cada vez que lo hacemos la parte tallada y el resto se desgastan a un ritmo diferente debido a sus diferentes grosores, aunque el ojo humano no capte la diferencia. Esta diferencia en el desgaste que no podemos ver es lo que permite que la letra se proyecte. ¿Comprendes?

Aunque ahora sabía de qué se trataba, ni siquiera acercando la cara pude ver el tallado. Para mí era solo una superficie pulida. Era como mirar a través de un microscopio para descubrir detalles imposibles de ver de otra manera. Sentí un escalofrío.

El espejo me pareció muy misterioso, por eso lo recuerdo tan bien, pero fue solo uno de muchos ejemplos. Los juegos de su infancia eran en su gran mayoría de este tipo. Lo raro fue que yo me dejé contagiar e incluso ahora siento una gran curiosidad por todo lo relacionado con la proyección de imágenes.

Aunque durante su niñez no mostró señal alguna de tener tendencia a ello, el último año de instituto comenzó a perder la cabeza. Todo se originó cuando empezamos a recibir clases de física y a aprender las distintas teorías sobre lentes y espejos. Estaba obsesionado, no hay otra palabra para definirlo. Recuerdo una anécdota. Estábamos en clase, aprendiendo la teoría sobre los espejos curvos. Pasaron una pequeña muestra entre los estudiantes y todos nos miramos en ese espejo. En aquella época yo tenía la cara llena de acné y me avergonzaba de ello, pues creía que los granos estaban relacionados con el deseo sexual. Cuando vi mi cara reflejada en ese espejo curvo, me sorprendí tanto que grité; cada uno de mis granos parecía la superficie de la luna vista a través de un telescopio. Aquellas protuberancias estaban terriblemente ampliadas.

Eran como lomas, como granadas maduras a punto de abrirse, y de ellas salía una sangre espesa, como en los carteles de esas obras de teatro sobre asesinatos. Proyectado en aquel espejo curvo, mi rostro era horrible y grotesco. Desde entonces, cada vez que veo uno de esos espejos en una exposición o en una feria, siento un escalofrío y me alejo. Tal es la repulsión que me provocan.

Mi amigo, sin embargo, se quedó mirando el espejo curvo. En lugar de pensar que era horrible parecía sentirse muy atraído, y gritó deleitado. Todos nos reímos, porque nos pareció la alegría de un chiflado, pero él seguía absorto en su reflejo. A partir de entonces siempre andaba comprando espejos, de todos los tamaños, y los modificaba con alambres y cartulinas para realizar trucos. Inventaba cosas que nadie más podía imaginar. Tenía un talento increíble, e incluso encargaba al extranjero libros de magia. Una vez ocurrió algo tan extraño que sigue desconcertándome. Se trataba de un truco de magia con billetes.

Tenía una caja cuadrada que medía, más o menos, sesenta centímetros de lado. En la parte delantera había una ranura y, en el interior, cinco o seis billetes de un yen.

—Coge esos billetes —me dijo.

Le hice caso y alargué la mano para agarrarlos pero, por alguna extraña razón, los billetes que estaban frente a mí desaparecieron como si fueran humo. Nunca me había sorprendido tanto.

—¿Cómo es posible?

Al ver mi expresión asombrada, mi amigo empezó a reír. Más tarde me explicó el truco. Según me dijo, era una idea que había copiado a un físico inglés. La clave eran los espejos curvos. No me acuerdo muy bien de la lógica, pero los verdaderos billetes estaban debajo de la caja; encima se ponía un espejo curvo, colocado diagonalmente, y un foco. Al encenderse la luz, se reflejaban en el espejo las cosas que había a cierta distancia y los billetes aparecían. Con un espejo normal habría sido imposible, se necesitaba uno curvo.

Su afición enfermiza por las lentes y los espejos siguió aumentando. Cuando terminamos el instituto, él no intentó entrar en la universidad. Esto se debía, en parte, a que sus padres lo consentían y no ponían cortapisas a sus locuras. Pero había otra razón: estaba muy seguro de lo que quería. Construyó un pequeño laboratorio en un espacio vacío del jardín y allí siguió dedicándose a su extraña afición.

Hasta entonces había tenido que estudiar y eso le había quitado tiempo, pero las cosas habían cambiado. Se quedaba enclaustrado desde la mañana a la noche, y su afición enfermiza se exacerbó. Nunca había tenido muchos amigos, pero después del instituto su mundo quedó reducido al interior de ese pequeño laboratorio. No salía a ningún lugar y, exceptuando a los que vivían en su casa, el único que lo visitaba era yo.

Aunque esto sucedía pocas veces, pues cada vez que lo veía parecía estar peor, más cerca de la demencia. Entonces fallecieron sus padres en una epidemia de gripe. Ya no tenía que pedir permiso a nadie ni molestarse por los demás y, como había heredado una gran fortuna, podía dedicarse a sus experimentos. Tenía más de veinte años y había comenzado a interesarse por las mujeres, aunque sus deseos eran realmente depravados.

Tras este preámbulo comienza lo verdaderamente insólito, pero antes de hacerlo me gustaría contaros dos o tres ejemplos de cómo se había incrementado su locura.

Su casa estaba en Yamanote^[28], sobre una loma, y el laboratorio se encontraba en un rincón del jardín. Desde allí podía observar el resto de casas cercanas. Lo primero que hizo fue transformar el tejado de su laboratorio en una especie de cúpula donde instaló varios telescopios para ver las estrellas. Había estudiado por su cuenta y tenía algunos conocimientos de astronomía. Pero ese pasatiempo no era suficiente para él; tenía un telescopio con una poderosa lente que movía en distintos ángulos para fisgonear el interior de las casas de alrededor. No era ético, pero a él le divertía.

La gente no imaginaba que estaba siendo observada desde un telescopio, a pesar de las vallas de madera que rodeaban sus casas. Él espiaba todos sus secretos, de los que era testigo como un espectador.

—No puedo dejar de hacerlo —me decía.

Disfrutaba mirando a la gente a través del telescopio. A mí me parecía una travesura divertida. Algunas veces me dejaba echar un vistazo; algunas de las cosas que vi me hicieron sonrojarme.

Después estaba... ¿Cómo se llamaba? ¿Periscopio, quizá? Lo que tienen los submarinos. Pues también había colocado uno de esos artefactos para espiar a sus empleados sin que se dieran cuenta, en especial a su joven sirvienta.

Por otra parte, criaba una especie de gusanos de seda para ponerlos bajo la lupa u observarlos con el microscopio. Dejaba que se arrastraran por su dedo y que le chuparan la sangre. Si eran del mismo sexo los obligaba a pelear, y si eran de sexos opuestos observaba cómo se apareaban. Me parecía realmente siniestro. Un día me dejó ver uno de sus gusanos. Estaba medio muerto y acercó la lente para que yo viera cómo sufría. Fue horrible verlo con cincuenta aumentos en el microscopio. Se veían con toda claridad su boca, las uñas de sus patas, cada uno de los pelos de su cuerpo. Estaba sumergido en un espeso mar de sangre negra (así se veía una gota minúscula) y medio aplastado. Se retorció y abrió la boca. Parecía sufrir una agonía terrible. Creí escuchar incluso un horrible quejido.

Si os detallo cada situación no terminaría nunca, así que voy a resumir. Los pasatiempos de mi amigo eran cada vez más intensos. Un día, en una de mis visitas, fui directamente al laboratorio. Las persianas estaban bajadas y el cuarto se hallaba en penumbra. Dentro había algo retorciéndose. Pensé que se trataba de mi imaginación y me froté los ojos, pero seguía moviéndose. Me quedé de pie en la entrada y respiré profundamente mientras observaba a aquel monstruo que parecía medir dos metros. Mientras lo miraba, mis ojos se adaptaron a la oscuridad. Estaba cubierto de agujas de

color morado y tenía unos ojos enormes y brillantes inyectados en sangre. De las cuevas de sus fosas nasales salía tanto pelo que parecía una palmera. Entre sus labios rojos brillaban unos dientes blancos grandes como tejas. Se trataba de una cara humana y estaba viva, contorsionándose por todo el cuarto. La claridad de sus colores y su nitidez demostraban que no se trataba de una proyección. Era grotesco y horrible. Pensé que había perdido la cordura y grité sin proponérmelo.

—¿Te has asustado? Soy yo. ¡Oye, que soy yo! —dijo una voz de pronto. Me asusté y me giré hacia ella. Los labios y la lengua del monstruo se movieron. Sus grandes ojos sonreían.

—¿Qué te parece este truco?

De pronto, la habitación se iluminó y mi amigo salió de uno de los cuartos oscuros. Al mismo tiempo, el monstruo de la pared desapareció. Es probable que ya os imaginéis qué era: un proyector. Con un espejo, lentes y una luz potente podía proyectar cualquier cosa. Él había elegido su cara. Cuando lo descubrí no me pareció tan sorprendente, pero me había llevado un susto tremendo. Aquellas cosas eran sus pasatiempos.

Pero todavía os voy a contar algo más que ocurrió y me pareció misterioso. En aquella ocasión la habitación no estaba en penumbra. Colocó unos espejos muy extraños en distintos puntos y sus ojos volvieron a ser enormes, pero esta vez consiguió que aparecieran flotando frente a mí. Como no me avisó, pensé que se trataba de una pesadilla. Sentí escalofríos. Fue una experiencia tan horrible que creí que había muerto. Sin embargo, cuando le pregunté cómo lo había hecho me contó que era parecido al truco de los billetes que os he contado antes. Simplemente usó unos espejos curvos para ampliar su imagen.

Dos o tres meses después de aquello, dividió en segmentos el laboratorio y colocó espejos en los lados, arriba y abajo. Se construyó su propia casa de espejos, por así decirlo. Incluso la puerta era un espejo. Pasaba mucho tiempo allí, solo con una vela. Nadie sabía qué hacía, pero yo podía imaginarme lo que veía. En el

centro de un cuarto rodeado de espejos, se reflejaría en una sucesión de imágenes infinitas. Estaría por todas partes. Solo de pensarlo sentía escalofríos. Una vez, cuando era niño, entré en una casa de espejos que había en una tienda del bosquecillo de Yawata^[29]. Era un espacio similar al mundo que había creado él. Como había sufrido todos sus inventos anteriores, cuando me invitó a entrar, me negué.

Con el tiempo descubrí que él no era el único que entraba en el cuarto de los espejos. Había otra persona: se trataba de su sirvienta favorita, una muchacha bastante guapa de dieciocho años.

—Su mayor virtud es que su cuerpo tiene multitud de sombras muy profundas. No tiene mal color y su piel es muy suave, tanto como la de un animal marino. Pero, sobre todo, su belleza está en sus profundas sombras —solía decirme.

Aquella muchacha y él se veían en el cuarto de los espejos. Se decía que pasaban allí encerrados mucho tiempo, a veces más de una hora. También acudía solo, por supuesto, y alguna vez los sirvientes se habían preocupado tanto que habían llamado a la puerta. Cuando abría estaba desnudo, y se dirigía a la casa principal sin decir nada.

Su salud, que nunca había sido buena, empeoraba día a día. Pero, aunque su cuerpo se debilitaba, su locura no hacía más que incrementarse. Invertió una gran cantidad de dinero en su colección de espejos. Los tenía planos, curvos, ondulados y cilíndricos. No tengo ni idea de cómo los conseguía, pero a su laboratorio llegaban cada día nuevos espejos. Además, construyó un taller en el jardín donde creaba espejos tan increíbles que no existía nada igual en ningún otro lugar de Japón. Eligió con cuidado tanto a los técnicos como a los artesanos. No le importó gastarse lo que le quedaba de su riqueza.

Por desgracia, no tenía ningún pariente que pusiera un poco de cordura en su hogar. Algunos de sus sirvientes lo intentaron, pero los despidió de inmediato. Solo se quedaron los codiciosos que únicamente estaban interesados en el sueldo. Yo, que era su único

amigo en este mundo, trataba de calmarlo cada vez que iba a su casa. Sin embargo, no me escuchaba. Estaba realmente preocupado. Su fortuna desaparecía y yo no podía hacer nada más que observar cómo sucedía.

Por esta razón, empecé a ir a menudo a su casa. Estaba preocupado por él y lo único que podía hacer para ayudarlo era inspeccionar lo que estaba haciendo. De ese modo, no pude evitar ver cómo comenzaba a generarse magia dentro de su laboratorio, un extraño mundo de fantasía. Mientras su locura llegaba a su clímax, su inteligencia estaba llegando a la cima de su capacidad. El ambiente cambiaba como si fuera una lámpara giratoria, algo que no era de este mundo, un escenario tan misterioso como bello. ¿Cómo podría describir con palabras lo que estaba viendo?

Cuando no conseguía encontrar el espejo que quería, él mismo lo construía en su taller, y una a una logró hacer realidad todas sus fantasías. Ya no solo volaban por el laboratorio su cabeza, su torso o sus piernas; colocó diagonalmente un gigantesco espejo plano y abrió orificios en algunas partes para sacar la cabeza, las manos o las piernas. Se trataba de un truco de magia ordinario, pero ejecutado por él tenía una cualidad oscura. A veces bailaba en el centro de aquel cuarto repleto de espejos curvos, ondulados y cilíndricos. Parecía un loco. Su imagen se agrandaba, se encogía, se alargaba, se aplanaba, se torcía o desaparecía. En unas ocasiones se alargaba su cuello, y en otras le aparecían cuatro ojos. Sus labios se extendían hasta el infinito o todo lo contrario, se encogían. Su sombra se reflejaba por todas partes, se unía y se separaba. Era la fantasía de un demente. Un festín infernal.

El laboratorio se había transformado en un caleidoscopio gigantesco. Hizo algunos ajustes para que girara y puso varios espejos grandes. En el centro de la caja triangular colocó las flores de una floristería a la que había comprado todas sus existencias. Había de todo tipo, de muchos colores. Parecía un sueño producto del opio, un caos de arcoíris y auroras boreales. Destrozaba la

cordura de quien lo veía. Y en el centro estaba él, desnudo como un *ōnyūdō*^[30].

Su creación era endiabladamente bella, pero podía dejarlo a uno ciego. No tengo capacidad suficiente para explicarlo todo con palabras. Y, aun suponiendo que pudiera hacerlo, no me creeríais.

Después de tanta locura llegó el momento de la tristeza, de la destrucción. Él, que era mi mejor amigo, perdió completamente la cabeza. Admito que las cosas que había hecho hasta ese momento no entraban en la definición de cordura, pero aunque a veces actuara como un loco, la mayor parte del tiempo era una persona normal. Leía y dirigía la actividad del taller de espejos. Me contaba sus ideas sobre estética. Recordábamos juntos el pasado. No parecía que estuviera tan mal, y por eso no imaginé nunca que terminaría de esa manera tan cruel. Si no fue obra del demonio que había carcomido su alma, debió tratarse de la ira de Dios por haberse acercado tanto a la belleza del infierno.

Una mañana me despertó bruscamente uno de sus sirvientes.

—Es terrible, señor. Venga de inmediato, por favor.

—¿Terrible? ¿Qué ha sucedido?

—No lo sé. Se lo ruego, por favor. ¿Podría venir conmigo?

Me vestí rápidamente y salí corriendo hacia su casa. El lugar del problema, como me temía, era el laboratorio. Entré a toda prisa y encontré allí a la joven criada y a algunos sirvientes. Contemplaban algo con perplejidad.

Se trataba de una bola enorme que parecía tener vida y rodaba de lado a lado. Lo más siniestro era que del interior de la bola llegaba una especie de carcajada que parecía un quejido. No sabía si era animal o humano.

—¿Qué ha sucedido aquí? —pregunté a su sirvienta, agarrándola por el brazo.

—No lo sé. Creo que nuestro señor está dentro de la bola, pero no sabemos qué hacer. Es tan siniestra... Llevo un rato llamándolo, pero solo se escucha una extraña risa.

Me acerqué de inmediato e inspeccioné el lugar de donde salía la voz. En la superficie de la bola había dos o tres orificios por donde pasaba el aire. Atemorizado, miré a través de uno de ellos, pero dentro había tanta luz que quedé cegado. No distinguía nada más que la presencia de alguien moviéndose y el sonido de esa risa enloquecida. Lo llamé dos o tres veces, pero no sabía si aquel ser era humano. No obtuve ninguna respuesta.

No obstante, después de un rato me di cuenta de que en la superficie de la bola había una extraña ranura cuadrada. Al parecer, esa era la puerta para entrar. La empujé y se oyó un ruido, pero no encontré manija alguna y no pude abrirla. Al mirarla con atención vi que había un orificio de metal. Eso implicaba que, después de entrar a la bola, la manija se había caído, haciendo que no se pudiera abrir ni desde dentro ni desde fuera. Por tanto, se había quedado encerrado allí posiblemente toda la noche. Busqué por los alrededores la posible manija y descubrí que mi deducción era cierta: en uno de los rincones del cuarto encontré un artefacto de metal redondo. Lo coloqué sobre el orificio de metal y encajó a la perfección. Sin embargo, el mango estaba roto y seguía sin poder abrirse.

Era extraño que la persona encerrada no pidiera auxilio. Lo único que hacía era reírse.

—No será que...

Palidecí. Estaba intranquilo y no se me ocurría nada más, así que intenté romper la bola. No había otro remedio; tenía que salvar a la persona del interior.

Corrí a la fábrica, encontré un martillo y regresé al laboratorio. Golpeé la bola con fuerza. Su interior era de vidrio y, con un estruendo de cristales rotos, la bola se hizo añicos.

Y entonces apareció gateando mi amigo. Como me temía, era él. No me había equivocado. Me impresionó cómo había cambiado su apariencia en un solo día. El día anterior había estado muy delgado, pero en ese momento parecía un cadáver. Estaba demacrado y despeinado; tenía los ojos enrojecidos y la mirada perdida, la boca

abierta como un idiota. Era doloroso verlo, y escuchar cómo se reía. Incluso su amada sirvienta no pudo evitar asustarse.

Era obvio: se había vuelto loco. Pero ¿qué había provocado esa locura? No podía creer que fuera resultado de haber quedado atrapado en esa bola. Además, para empezar, ¿qué demonios era esa bola? ¿Por qué había entrado en ella? Nadie conocía su existencia, así que debió pedir que la fabricaran para él en secreto. ¿Qué intentaba hacer con aquella bola de espejo?

Él seguía deambulando mientras su sirvienta lloraba. Entonces apareció uno de los técnicos del taller y lo sometí a un interrogatorio.

Al parecer, le había ordenado la construcción de una bola de cristal hueco de ciento veinte centímetros de diámetro y un grosor de seis milímetros. Había trabajado en ella en secreto y por fin quedó terminada la noche anterior. El resto de técnicos desconocían su existencia. El exterior estaba pintado con mercurio y por dentro estaba recubierta de espejos. Además, en su interior había unos pequeños focos muy potentes. Tenía una puerta para entrar, así se lo ordenó y la construyó al pie de la letra. Una vez terminada, la llevó al laboratorio y conectó los cables de los focos al enchufe. Obtuvo el visto bueno del señor y regresó a su casa. El técnico no sabía qué había pasado después.

Hice que el técnico se fuera y pedí a los criados que cuidaran del demente. Luego, mientras contemplaba los trozos de espejo que habían quedado esparcidos, intenté descifrar el misterio. Miré aquellos pedazos durante mucho tiempo. Y entonces me di cuenta: había querido probar el funcionamiento de las lentes hasta los límites de su conocimiento, y para ello había ideado aquella bola. Y entró en ella porque quería contemplar las extrañas imágenes que se proyectaban allí. Probablemente era eso lo que había pasado.

Sin embargo, ¿por qué se volvió loco? ¿Qué vio en el interior de esa bola? Cuanto más lo pensaba, más inquieto me sentía. Temía tanto imaginarme ese mundo que el corazón se me heló en el pecho. Mi amigo se metió en la bola y, gracias a las luces destellantes de los pequeños focos, vio su propia imagen

proyectada. Eso lo enloqueció. Puede que intentara escapar y, al romperse la manija y no poder hacerlo, se volvió loco debido al sufrimiento de estar atrapado en un espacio tan estrecho.

Lo que ocurrió realmente sobrepasa la imaginación humana. No creo que nadie además de él haya entrado nunca en una bola de espejo. Puede que sea algo que no se nos permite imaginar, una zona habitada por algo terrorífico, un mundo malévolo y tenebroso. Puede que no se reflejara su figura, sino otra cosa que ni siquiera puedo concebir. Pero, fuera lo que fuera, se trataba de algo que podía hacer enloquecer a un humano.

Es posible imaginar el terror que puede proyectarse en una bola de espejos curvos, un mundo de pesadilla que es como mirarse a uno mismo a través de un microscopio, como quedar envuelto en un pequeño cosmos. No se trataría del mundo que conocemos sino de algo distinto: la tierra de los dementes.

Al tratar de llevar hasta sus últimas consecuencias su afición por los espejos, mi infeliz amigo había provocado la ira de Dios o sucumbido ante el demonio, destruyendo su propio ser.

Poco después se marchó de este mundo, completamente chiflado. Y aunque no sé cómo exactamente, sé que entrar en aquella bola de espejo le costó la vida. Hasta ahora no he podido desprenderme de esa imagen.

(1926)

La sombra de la muerte

Por Jūran Hisao
Traducción de Isami Romero

I

Estaba agachada de espaldas, dándole vueltas a algo.

Quería saber qué estaba haciendo, así que me acerqué a curiosear. Cuando lo hice, descubrí que estaba empujando con un palo una serpiente Yamakagashi de unos noventa centímetros.

La saludé formalmente, ya que era la primera vez que la veía. Ella se giró para mirarme. Luego, para que no se le escapara la culebra, la pisó con su chancla de paja y se puso de pie.

—¿Cómo estás? —me preguntó con brusquedad, mirándome de arriba abajo.

Su rostro era tan hermoso que daba miedo.

Parecía la mujer de un retrato, de piel perfecta y tan clara como el colmillo de un elefante.

Era difícil creer que debajo de esa piel corriera la sangre. Sin embargo, la suya no era una belleza fría, sino inorgánica.

Justo cuando parecía haberse quedado muda, me dijo:

—Pisa esta serpiente hasta que yo regrese. No la dejes escapar, ¿eh?

Acto seguido salió corriendo hacia el edificio principal.

Pisé la cabeza de la serpiente tal como me había pedido. El animal sufría, se retorció y agarró con la cola el dobladillo de mis pantalones.

No me importó. El sol caía a plomo sobre mi cabeza y yo estaba en el centro de un amplio jardín, esperando a una mujer que no daba indicios de volver.

Entonces se hizo evidente que no lo iba a hacer: había comenzado a tocar el piano. De la ventana del primer piso llegaban las tenues notas.

Yo era un estudiante honrado que tenía que trabajar para pagarme los estudios. Estaba allí para enseñar Estética e Historia del Arte, no para pisarle la cabeza a una serpiente. Sabía que debía marcharme, pero algo me lo impedía. Me quedé allí, cumpliendo su orden, hasta la tarde.

//

Dormía en un amplio dormitorio de estilo occidental. Era inmenso y sus techos eran altísimos.

Si no me equivocaba, aquel sitio había sido en el pasado un salón de baile. El suelo era un cuadriculado rompecabezas de madera y del techo colgaban unas lámparas de araña muy ostentosas.

Aquel sitio era tan grande como el comedor de un hotel.

Y yo estaba tumbado en una cama en el centro de aquel lugar tan inmenso.

Me sentía como si flotara en mitad de un extenso mar. Parecía que mi cuerpo se hubiera reducido a la mitad. Cuando se hacía de noche, no podía evitar pensar que la oscuridad lo cubría todo como una alfombra, rodeándome hasta no dejarme respirar. Me daba tanto miedo que no podía conciliar el sueño.

Fuji era la dueña de aquella mansión, donde vivía sola acompañada de un puñado de sirvientes.

Se trataba de un viejo edificio occidental de la era Meiji. Dentro de la casa todo olía a moho. El mobiliario era de la época del Salón Rokumei^[31] y parecía no haber sido restaurado nunca. Estaba hecho un desastre, tanto que ya era imposible arreglarlo.

Sin embargo, al prestar atención se veía que la tapicería de las sillas era brocada, y que en la repisa de la chimenea se había utilizado mármol italiano. Cualquiera podía imaginar la vida ostentosa de la que habían disfrutado sus antiguos ocupantes.

Según me contaron, el dueño anterior había sido embajador en Escandinavia. Se pasaba el día sentado en su butaca, bebiendo en grandes cantidades y escribiendo poesía china. No tenía una gran sensibilidad poética; simplemente usaba el alcohol y los poemas para aliviar algo que atormentaba su corazón y que ni él mismo sabía qué era.

Sufría una perturbación nerviosa provocada por una sífilis avanzada, pero nadie lo supo hasta después de su muerte.

Fuji nació un año después de que su padre dejara la diplomacia y regresara a Japón.

Tenía pensado hacer de Fuji una mujer valiente, así que le inculcó unas ideas peculiares.

Un día ordenó a su hija que golpeará con fuerza al jardinero.

Nadie sabe qué le pasó por la cabeza, pero cuando la chica se acercó a su padre y este le entregó el látigo, la emprendió a latigazos con él.

El hombre no se esperaba ese movimiento y se cayó de la silla. Se desplomó sobre el césped, protegiéndose la cara, y tardó un

buen rato en levantarse. No se encontraba mal. Lo cierto era que, mientras estaba en la hierba, lloraba con lágrimas de felicidad.



Todos los días, a las diez, atravesaba lentamente el largo pasillo camino del invernadero.

Mi trabajo consistía en sentarme sin hacer nada hasta las once y media en un sillón de ratán a la sombra de una palmera.

Y allí me quedaba contemplando el techo hasta que llegaba la hora, y entonces volvía a paso veloz a mi cuarto. Con eso terminaba mi trabajo diario. Repetía aquello todos los días.

¿Por qué lo hacía? No tenía ningún motivo. Allí era donde debía dar clase de Historia del Arte, pero Fuji nunca se presentaba, así que me quedaba en el sillón de ratán pasando el rato como un tonto.

Cuando terminaba de almorzar, buscaba a Fuji para pedirle permiso para salir. Ese sí que era un arduo trabajo. Ocasionalmente practicaba con el pincel copiando las obras maestras de la caligrafía, o leía algún libro, pero la mayor parte de las veces se escondía en los lugares menos ordinarios y se quedaba allí, sola, pensando en sus cosas.

Yo subía al primer piso y desde ahí bajaba las escaleras comprobando una infinidad de habitaciones. Después de buscarla por todas partes, la encontraba en el sótano junto a la caldera o detrás de una estantería de la biblioteca.

Con el tiempo descubrí un modo de hallarla: mirar el suelo de la ventana más cercana.

Bajo las ventanas solía haber moscas con las alas arrancadas o arañas a las que les habían quitado las patas. Si los insectos seguían retorciéndose y agitando las patas, eso significaba que

hacía poco que había estado en ese cuarto, examinando la agonía de sus presas.

IV

Una tarde, cinco días después de mi llegada a aquel lugar, estaba en la cancha de tenis cuando Fuji se me acercó brincando.

Era la segunda vez que la veía (la primera había sido el incidente con la serpiente), así que hice una reverencia apresurada. Ella me miró como si no me conociera.

—Ah, claro, aún no te he invitado a comer —me dijo con extrañeza.

No sabía de qué me estaba hablando.

—¿Cómo? —le respondí.

—Mi especialidad es un plato francés llamado *lapin chasseur*, conejo a la cazadora. ¿Te lo preparo? ¿Te gusta?

Aunque no sabía qué era, si le decía que no quizá se molestaría, así que decidí no poner resistencia.

—*Lapin...* Es mi plato favorito —le dije, con cara de tener unas ganas irresistibles de probarlo.

Fuji se mostró satisfecha.

—Entonces te lo prepararé ahora mismo. Ayúdame —me dijo.

Y se marchó corriendo hacia la parte trasera del invernadero.

Como yo no sabía dónde estaba la conejera, estuve deambulando por todas partes. Al final conseguí dar con ella, pero como había pasado de un lugar luminoso a uno oscuro, cuando entré no podía ver nada. Noté una presencia cercana.

—Levántalos, por favor. Sujétalos por las orejas —escuché decir a Fuji.

Extendí los brazos hacia delante, como si estuviera ciego, y ella me hizo agarrar unas cosas peludas y calientes.

Las levanté hasta el nivel de mis ojos antes de darme cuenta de que eran las cabezas de unos conejos que habían sido sacrificados hacía poco. Los ojos de los animales degollados y cubiertos de sangre estaban abiertos y parecían mirarme con un tremendo rencor.

No pude evitar gritar y a punto estuve de lanzarlos lejos. Fuji me regañó, molesta.

—Qué tonto. Si no dejas de moverlos así desperdiciaremos toda la sangre.

Fuji estaba agachada en la penumbra, cerca de mis piernas, intentando recoger en una olla la sangre de los conejos. Yo ya intuía que era despiadada, pero aquello me parecía demasiado. Yo, que era un hombre adulto, estaba a punto de desmayarme.

Más tarde descubrí que el *lapin chasseur* era un plato de conejo en una salsa de vino tinto con su propia sangre. Se trataba de una receta francesa bastante refinada, aunque yo no había oído hablar nunca de ella.

V

Fuji no comía ningún ave si no lo preparaba ella misma. Era una muchacha extraña, sin duda, y en repetidas ocasiones me obligó a ayudarla a hacerlo.

Yo sujetaba las aves por el pecho o las patas mientras ella les cortaba el pescuezo o las desplumaba. Por alguna extraña razón, esto que *a priori* parecía tan duro no me resultaba nada molesto. Conforme me fui acostumbrando, empecé a encontrarle la gracia.

Por este motivo comencé a ser el favorito de Fuji y algunas veces me pedía que la acompañara a tomar una copa o dar un paseo en coche.

Había heredado de su padre el gusto por el alcohol, pero no solo bebía vino o coñac; cada noche se tomaba tres botellas de ciento ochenta mililitros de un sake de calidad superior. Normalmente bebía hasta caer rendida, y entonces se apoyaba en mi hombro y yo la acompañaba hasta su dormitorio mientras ella cantaba canciones irreverentes.

No le importaba mostrarse irresponsable. Hacía lo que le daba la gana. Ella misma conducía su Hispano-Suiza, pero si de repente ya no le apetecía lo dejaba donde fuera y volvía a pie. Una vez fue hasta Atami para comprar todos los claveles de un invernadero.

A los ojos de cualquier persona normal era una chiflada, pero en el mundo de los grandes daimios aquella era una vida común y corriente. Yo había empezado a pensar que su crueldad era un resquicio de los tiempos de Sengoku^[32].

De hecho, no creía que hubiera una mujer más excéntrica que ella. Tan pronto tocaba la campana de servicio a las tres de la mañana como pasaba semanas sin permitir que nadie se acercara a ella. Una vez me despertó a patadas y me ordenó que la acompañara a cazar patos salvajes en Chiba.

Ya llevaba un mes en aquella vida de locos cuando una noche, a las once, me despertó la campana.

Llamé a la puerta del dormitorio de Fuji, pero no escuché su voz de alondra. Decidí entrar. Al hacerlo, vi que había varias prendas esparcidas sobre la alfombra y el sofá: una camisola beige, unas babuchas y un culote rosa, además de otras cosas. Yo no sabía nada de prendas femeninas y todas aquellas cosas estaban allí tiradas como si fueran pétalos de flores. Fuji estaba profundamente dormida en su cama, aunque la lámpara de araña estaba encendida.

Su cuerpo estaba extendido sobre la colcha. Me quedé perplejo y no me atrevía a hacer nada, salvo apagar la luz y marcharme en

silencio de allí.

VI

A la mañana siguiente, una anciana sirvienta llamada Tome entró en mi habitación.

—Fuji desea que vaya de inmediato al invernadero. A partir de hoy, estudiará —me dijo, y se retiró.

Desde el día del *lapin chasseur* había abandonado mi pretensión de dar clase y me pasaba todo el tiempo siguiendo las ocurrencias de Fuji. No entendía por qué quería estudiar ahora. Me hice con mi copia de *El Partenón* de Lotze y salí volando del cuarto.

Cuando entré en el invernadero me sorprendió descubrir que Fuji ya estaba allí, sentada con gran formalidad.

La saludé con un ligero asentimiento y me senté frente a ella. Fuji me miraba fijamente, tan afilada como la hoja de una espada.

—¿Qué crees que estás haciendo aquí? —me preguntó con tono cortante.

Yo me quedé desconcertado, pues no comprendía su duda.

—¿Es que no me has oído? —insistió, petulante y con el ceño fruncido—. Te lo preguntaré de nuevo. ¿Cuál es nuestra relación? ¿Eres mi amigo? ¿Mi amante?

Aunque teníamos confianza y siempre estábamos diciendo payasadas y jugándonos bromas pesadas, aquello resultaba intimidante.

—Creo que soy tu amigo, Fuji —le dije con una gran sonrisa.

Ella seguía mirándome fijamente.

—No —replicó.

Algo se agitó en mi pecho.

—¿Entonces?

—Eres mi profesor particular —contestó Fuji, con una voz tan fría que parecía cubierta de escarcha.

Bajé la mirada, avergonzado, mientras ella seguía atacándome con sus palabras.

—Venga o no, tu deber es esperarme aquí desde las diez hasta las once y media —me dijo.

Estaba anonadado.

—Como no parecía interesarte, creí que... —le dije con un tono similar al zumbido de un mosquito.

Fuji no me escuchó.

—¿Por qué no cumples tu palabra? Me gusta que las personas sean responsables, aunque resulten aburridas. Para mí es muy importante tener sentido del deber.

Eso era algo difícil de creer.

Sin embargo, no me atreví a decirle tal cosa y seguí mostrándome sumiso.

—¿Qué haces? Anda, levanta la cabeza —me dijo de repente en su travieso tono habitual.

Me sentí aliviado. Al parecer me había gastado una broma.

—¿Qué te ha parecido? Estabas muerto de miedo, ¿eh? Qué risa. Deberías haberte visto la cara.

Se acercó a mí de repente.

—¿Crees que estoy enfadada? No lo estoy; estoy triste, y es así como lo demuestro. Puede que no lo sepas, pero he tenido muy mala suerte con los profesores. Todos terminan desapareciendo —me dijo.

Una sonrisa levantó sus pómulos de porcelana. Seguía mirándome fijamente.

—Eres tan caprichosa que no me extraña que huyan.

—¿Crees que será por eso? —murmuró con coquetería.

Me sentí tentado a contarle cómo se había quedado dormida la noche anterior, pero todavía me duraba el susto y no estaba de humor.

—Anoche, sobre las once, me pareció oír la campana. ¿Sería mi imaginación? —le pregunté, haciéndome el tonto. Fuji ladeó la cabeza.

—No me acuerdo —me contestó.

VII

Pasaron dos o tres días. Una mañana, Kinbara, uno de mis compañeros, me detuvo al salir de la universidad.

—Oye, ¿estás yendo a la mansión de los Kagawa?

Cuando le respondí que sí, Kinbara se rio con socarronería.

—Ten cuidado y no te dejes querer, no sea que termines muerto.

Aquello me pareció muy extraño, pero pensé que estaría celoso y no le hice caso.

—Oye, en serio —me dijo, sacando la lengua—, en esa casa pasa algo misterioso. Ten cuidado.

—¿A qué te refieres con misterioso? —le pregunté cuando colmó mi paciencia.

Kinbara abrió los ojos con sorpresa.

—¿Qué? ¿De verdad no lo sabes? Bueno, pensándolo bien, no creo que en la oficina de empleo te lo hayan contado.

Sentía curiosidad, así que lo llevé a *El Tiger*, una cafetería de Sanchōme. Allí me contó que los dos profesores particulares que Fuji había tenido hasta entonces habían fallecido.

—Dicen que uno se cayó de un acantilado de Yari y el otro se ahogó.

Aquello no me preocupó en exceso, pues ese tipo de coincidencias se daban continuamente.

Kinbara también daba clases particulares para pagarse los estudios, pero era muy envidioso y siempre estaba criticando a

aquellos que trabajaban en casas de familias de alcurnia. Pensé que se trataba del mismo veneno de siempre y lo dejé estar.

—Puede que fueran despistados —repliqué, y nos despedimos.

Aquella noche me acosté casi a medianoche, como siempre. El alcohol que había tomado seguía en mi estómago y no podía conciliar el sueño. Fumé y cambié de postura. Después de un rato, un extraño e inexplicable escalofrío recorrió mi cuerpo como si fuera electricidad, desde las uñas de mis pies hasta mi nuca.

Grité y me levanté de un salto de la cama. Revisé todos los rincones de la habitación sin encontrar nada más que el silencio de la noche. No había nada inusual.

Apoyé la cabeza en la almohada, pero seguía estando preocupado. ¿Por qué me había asustado tanto?

Me levanté de nuevo, me encendí un cigarro, cerré los ojos con fuerza y esperé la repetición del fenómeno que me había perturbado tanto.

Varias sombras pasaron bajo mis párpados. Al cabo de un rato, como cuando se proyecta algo en una sala de cine a oscuras, aparecieron ante mí unas imágenes que no esperaba.

Fue aquel día en el invernadero.

«Todos terminan desapareciendo».

Fuji me miraba fijamente, casi sin parpadear, como una máscara de marfil de sonrisa misteriosa.

Me quedé sentado en la cama con los brazos cruzados. Un rato después llegué a una conclusión.

—Puede que a mí también vaya a matarme —susurré.

VIII

Decidí preguntar en la oficina de empleo las direcciones de los anteriores profesores. Por suerte, aquel día era el Higan^[33], así que compré dos cajas de incienso y me hice pasar por un sirviente de los Kagawa.

No había por qué angustiarse; conocía las causas de sus muertes y, en cuanto me cerciorara de que todo había sido normal, me desharía de aquel desasosiego y aflicción. En caso de que fuera verdad, pensaría una solución.

Fuji seguía de buen humor, pero eso no me tranquilizaba. Al contrario; me parecía una señal de peligro. Aquellos días había cierta distancia entre nosotros y eso me mortificaba. Cada paso, cada movimiento, cada parpadeo suyo hacían brotar en mí la semilla de la intriga y la desconfianza. Me pasaba el día temiendo lo peor, e incluso había adelgazado. Lo mejor habría sido alejarme de aquella casa, pero me sentía tonto por estar tan angustiado sin razón.

Después de rezar ante el altar, localicé a los parientes más bobos y los interrogué sobre los difuntos. Me dijeron que eran inteligentes, jóvenes de mucho provecho; todo cosas para quedar bien pero, tras mucho insistir, finalmente logré sonsacarles la verdad.

Uno de ellos se precipitó cuando escalaba el monte Tsubaguro, y el otro se ahogó mientras nadaba. Cuando les pregunté por los detalles, evadieron el tema. No descubrí nada más sobre el ahogado, pero me revelaron que Fuji había estado presente el día del accidente en el Tsubaguro. Nadie tenía ninguna prueba.

Lejos de aclararse, el misterio era cada vez mayor.

Por suerte, Fuji no me llamó aquella noche y pude retirarme temprano. Me tumbé en la cama y me puse a pensar.

La única certeza era que los profesores de Fuji habían muerto, uno de ellos en su presencia.

Quizá fuera una coincidencia, pero no lo parecía.

Si Fuji los asesinó, ¿cuál había sido el motivo?

En mi caso, yo sabía la razón: había lastimado su orgullo. Si me mataba, sería por venganza.

Había cometido dos errores, acceder a sus peticiones y rechazar su acercamiento amoroso.

Para ella, mi rechazo (aunque indirecto) había sido algo imperdonable, pero si hubiera estado sentado bajo la palmera a la hora pactada, su anhelo se habría visto satisfecho y probablemente hubiera ocurrido algo. Al menos no se habría roto la armonía.

El enfado de Fuji aquella mañana había estado provocado por una doble indiferencia. Y, para rematar la jugada, le comenté que la noche anterior había oído la campana, como si me burlara de ella. Con aquella frase había dictado mi sentencia de muerte.

Esa era la razón en mi caso. ¿Sería incorrecto pensar que a los otros dos les pasó lo mismo? Si no, ¿cuál fue el motivo?

De cualquier manera, ¿por qué tenía que saber yo que estar a la hora pactada era tan importante para ella?

Pensé que se trataba de otra de las excentricidades de la hija caprichosa de un daimio. Lo lamentaba, pero no serviría de nada demostrar la sinceridad de mis sentimientos. Fuji no me perdonaría.

IX

Aquella mañana paseamos junto al acantilado de Shinsen, que daba vértigo solo estando allí. Esperaba que Fuji me empujara por detrás y no opondría resistencia, pues no podía seguir aguantando aquella angustia. Necesitaba saber la verdad.

Mi mente ya no soportaba la intriga. El deseo de conocer la verdad ardía en mi alma. Para lograrlo, llegué a la conclusión de que debía exponerme al peligro y me detuve al borde del acantilado.

Fuji comenzó a acercarse lentamente. En ese momento, escuché una voz desde el puente colgante que había debajo.

—¡ Es peligroso estar ahí! ¡ Retrocede!

X

La siguiente prueba fue más peligrosa que la del acantilado. Le sugerí a Fuji que fuéramos a practicar con la pistola; yo me ocuparía de colocar las dianas.

Aunque me había puesto un chaleco antibalas debajo de la ropa, siempre podía dispararme de cerca o a la cabeza.

A pesar de ser totalmente consciente de la situación, no aparté la mirada en ningún momento; me estaba convirtiendo en un adicto al peligro.

Si Fuji quisiera matarme, no tendría mejor oportunidad. Había al menos tres personas que podrían dar fe del accidente, pues todos me habían visto caminando entre las dianas.

Finalmente Fuji no me disparó. Hasta que no me alejaba de las dianas, no levantaba el cañón.

Cuando estuve de nuevo en mi dormitorio, acerqué la silla a la ventana y me senté. La razón por la que no me había disparado era que no tenía intención de hacerlo. Debía haber planeado otra forma más efectiva, pero ¿cuál?

Fruncí el ceño. Evalué todos los métodos que se me ocurrían hasta llegar a una conclusión que me hizo tambalearme de horror.

—¡ Va a envenenarme!

Ya he explicado que Fuji no dejaba que nadie tocara las aves y los conejos que se comía. Y, como yo la ayudaba a matarlos, también los comía. Si quería envenenarme, no podría hacerlo de forma más ingeniosa.

A finales del siglo XVII hubo un oficial alemán llamado Ziggy que envenenó a varias personas inyectando colchicina en los patos que posteriormente les enviaba. Este hecho se hizo público cuando, en su lecho de su muerte, confesó su fechoría.

¿Por qué no me empujó por el acantilado? ¿Por qué no me disparó fingiendo un accidente? Ahora ya conocía la razón. La inteligente Fuji no quería repetir el modo en el que había matado a los otros dos.

Y entonces entendí por qué había sido tan amable aquel día en el invernadero.

Ella quería que me quedara. Probablemente me estaba administrando arsénico en pequeñas dosis. No tenía ninguna duda de que me estaba asesinando lentamente.

Además, encajaba a la perfección con sus gustos. Cuando salíamos a cazar insectos, ella nunca los mataba de un golpe: les arrancaba las patas o las alas. Cuanto más sufría el insecto, más disfrutaba ella.

Bajo los efectos del arsénico, mis funciones metabólicas se debilitarían poco a poco y me apagaría lentamente hasta morir.

XI

Como quería descubrir cuanto antes si mi hígado y mis riñones ya se habían visto afectados, me fui corriendo a la clínica Shimizu. Había pasado un mes desde aquel día en el invernadero. Si había empezado a envenenarme al día siguiente, mis órganos ya habrían sufrido cambios, pero después de un examen exhaustivo no encontraron nada raro ni en la mucosidad de las paredes de mi estómago ni en la sangre, y mucho menos en mis riñones o en mi hígado. Eso significaba que no había ingerido ningún veneno.

No me lo esperaba. Pero, aunque me alegré mucho, no podía confiarme. Podía empezar a envenenarme cualquier día. Podía ser hoy, o mañana, o pasado...

Empecé a acudir a la clínica a diario, y cada día, el doctor que me examinaba decía:

—Estás totalmente sano.

No había nada en este mundo que me molestara más que el tono pedante de aquel médico al decirlo. «Estás totalmente sano».

Cada día esperaba encontrar algo nuevo. Todas las mañanas acudía corriendo a la clínica. Y así pasaron ocho días.

¿Por qué no había empezado Fuji a envenenarme? ¿Por qué estaba tardando tanto? Era insufrible. Me sentía irritado e impotente, con ganas de destruirlo todo a mi alrededor.

XII

Una tarde estaba sentado en la esquina de una fuente. A mis pies había unas cuantas flores propias de esa época del año. Sobre mi cabeza pasaban las nubes blancas.

Iba allí todos los días para despejarme la cabeza. Necesitaba calmarme y no perder los nervios en esos momentos.

Mientras una suave brisa soplaba sobre mi cabeza, me puse a pensar en Fuji.

Llevaba cinco días sin pasar tiempo con ella; solo me llamaba cuando había que matar algún conejo. ¿Por qué me hacía sufrir de esta manera? No la entendía.

A veces jugábamos a las mantis religiosas. Nos deteníamos sobre la alfombra turca del despacho, uno frente al otro, y ella, que era la hembra, me agarraba los hombros con sus largas patas. Yo intentaba huir y ella me perseguía; me escondía detrás del sofá y

ella me arrinconaba. Entonces me sujetaba y comenzaba a devorarme a mordiscos. En un santiamén desaparecían mis patas delanteras e intentaba huir con las traseras, pero ella me atrapaba y seguía devorándome hasta que mi cuerpo desaparecía poco a poco.

Mientras se comía mis brazos gritábamos de júbilo, alborozados, y me estremecía cada vez que mordía mi torso. Para mí era un momento de alegría inenarrable, pero Fuji llevaba cinco días sin darme esa felicidad.

Medité en ello mientras acariciaba los pétalos de las anémonas, pero de pronto sentí un escalofrío y un mal pensamiento brotó en el fondo de mi pecho.

La mantis hembra no se comía al macho por venganza, sino como una muestra de amor: Fuji había asesinado a aquellos hombres porque los amaba.

Yo seguía vivo.

No tenía la menor intención de matarme, pues no me amaba tanto como a ellos. Por fin lo había comprendido. Se había comido a los otros dos, pero en mi caso solo fingía hacerlo.

Apoyé la frente en el borde de la fuente y me eché a llorar.

XIII

Para mí, el asesinato se había convertido en una muestra de amor. No quería morir, pero si ese era el modo en el que Fuji amaba, no me importaría perder la vida.

Y, como un niño pidiendo un dulce a gritos, yo me presentaba cada día ante ella pidiendo que me matase.

Una tarde, Fuji estaba sentada en el suelo de su cuarto con las piernas cruzadas, pelando a su gato con una máquina. Su intención era dejarlo completamente rasurado.

Yo me senté a su lado y empecé a tirarle de la manga.

—Oye, Fuji, corazón mío, ¿no podrías poner fin a mi existencia? Creo que me sentiría halagado si lo hicieras tú.

Fuji sopló un pelo de gato que estaba a punto de aspirar por la nariz.

—Ya empiezas otra vez. ¿Por qué quieres morir? En serio, eres muy raro.

—No estoy bromeando. No quiero que finjas que me devoras, quiero que lo hagas de verdad.

—Qué pereza.

Aquella necesidad de amor, aquella ansiedad por no tenerlo, era insoportable.

—¿De verdad te da pereza? Imagina que soy un conejo o un faisán.

Con el cuello del gato en la mano izquierda, me miró con una sonrisa tan brillante como el sol de un cielo despejado.

—Ya que estás tan pesado, ¿quieres que te estrangule?

Me puse loco de contento.

—No me importaría. Pero no de broma, hazlo de verdad.

Fuji apartó al gato y se acercó a mí, pero entonces cambió de idea.

—Olvídalo. Eso es muy aburrido. ¿Por qué no subes al ático y me traes un dibujo de Utamarō^[34]? Estoy segura de que lo guardé dentro de un baúl. La llave la tiene Otome.

Me fui de allí a regañadientes, bajé a por la llave y luego subí al ático.

Encontré de inmediato lo que me había pedido.

Lo agarré y me dispuse a salir, pero entonces vi algo que me hizo detenerme. Colgaba de una gruesa viga de metal que estaba colocada perpendicularmente. Era una cuerda.

—¡Ah, esto es!

Como si hubiera escuchado una voz del cielo, al ver esa cuerda lo comprendí todo.

Fuji no quería usar sus propias manos. Su intención había sido manipularme lentamente, paso a paso, hasta que cayera en su trampa. Cuando lo vi, me di cuenta de que mis dos antecesores no habían muerto ni en la montaña ni en el mar, sino debajo de aquella viga: ella los había presionado hasta que se quitaron la vida.

Y en ese momento era yo quien estaba de pie ante la viga. ¿Se detuvieron allí también ellos? Los tres teníamos en común una cadena llamada Fuji. Y una cuerda.

Por fin me había declarado su amor. Me acerqué a la cuerda y me la puse alrededor del cuello. Parecía fuerte y flexible.

—Ahora no tengo ninguna excusa para no morir —susurré.

(1939)

Una historia de apariciones

Por Rohan Kōda

Traducción de Juan Antonio Yáñez

Amables lectores, es comprensible que cuando hace calor muchos de ustedes acudan a la montaña o a la playa para divertirse y descansar de su ajetreada vida. Sin embargo, con el correr de los años uno deja de subir a las montañas y ya no frecuenta las playas; en lugar de ello, nos basta con disfrutar del rocío de la mañana en nuestro pequeño jardín o de la brisa del atardecer en la veranda de nuestras casas. Estas pequeñas cosas nos alegran mientras disfrutamos de una tranquila y apacible vida. Subir una montaña es una actividad muy buena. Adentrarse en ella, llegar a la cúspide, ascender sus zonas escarpadas, todo tiene un cierto tipo de espiritualidad en muchos sentidos, pero no está exenta de peligro. Permítanme contarles una historia terrorífica, con el fin de hacerles experimentar esa sensación de peligro. Lo que les voy a relatar a continuación es una historia del mar, aunque antes les deleitare con una historia de la montaña.

El 13 de julio de 1860, según el calendario gregoriano, un grupo de hombres partió a las cinco y media de la madrugada de un lugar llamado Zermatt, con el objetivo de ser los primeros en todo el mundo en conquistar la cima del famoso monte Cervino en los Alpes suizos. Comenzaron la escalada al amanecer del día 14, y cuando

finalmente hicieron cumbre era la una y cuarenta y dos de la tarde. Aquella expedición de ocho personas comandada por el inglés Edward Whymper, célebre autor de *Las escaladas de los Alpes*, se convirtió en la primera en llegar a la cima del monte Cervino. Así que tuvieron la sensación de que los Alpes se rendían ante ellos.

No son necesarias más explicaciones ya que pueden encontrar más detalles leyendo la bitácora de ascensos del Cervino. Había otro grupo, el del italiano Jean-Antoine Carrel, que intentó llegar a la cima, pero se equivocaron de camino dejando que el grupo del inglés se alzara con toda la gloria.

Durante la escalada, en primer lugar iba Michel Croz, luego Peter Taugwalder, un hombre ya entrado en años, seguido de sus dos hijos. Después iba Francis Douglas, que ostentaba el título de barón. Lo seguían Douglass Hadow, Charles Hudson, y Whymper marchaba al final de la fila. Ese fue el orden en el que ascendieron las ocho personas.

El 14 de julio, a la una y cuarenta y dos minutos, finalmente llegaron a la cima del temible monte Cervino. Una alegría inmensa se apoderó del grupo que parecía estar tocando el cielo. Poco después emprendieron el camino de regreso. Iban descendiendo con Croz a la cabeza, seguido por Hadow, Hudson, el barón Francis Douglas, el anciano Peter, sus dos hijos y, Whymper en último lugar. Aquellos ocho hombres, que habían alcanzado una hazaña sin precedentes, prosiguieron su camino cautelosos. Una gran ventisca estaba complicando aún más el descenso. Era mucho peor que aquella a la que se habían enfrentado en el camino de ida. Entonces, Hadow, que era el segundo de la fila, probablemente por su poca experiencia en la montaña o por el agotamiento, dio un mal paso. O quizá no fue por eso. Quizá se trataba de un asunto del destino. Resbaló y se chocó con Croz, que iba delante de él. Ocurrió en un lugar escarpado, sin puntos de apoyo por la nieve y el agua; así que, en un instante, Hadow tiró de Croz cayendo ambos como si fueran uno solo. Estaban atados por una cuerda que los protegía de los peligros y los mantenía unidos de manera que, aunque uno

cayera, los demás podían mantenerse en pie y poner a salvo al caído. Sin embargo, una caída en un sitio como ese acantilado era demasiado; así que, al caerse dos, el tercero los siguió al vacío.

El barón Francis Douglas que era el cuarto, también se vio arrastrado hasta el precipicio. La cuerda se tensó y la mitad del grupo quedó colgando mientras que la otra mitad se mantenía en pie aguantando el peso de sus compañeros. Finalmente, la cuerda se rompió. Eran las tres de la tarde en punto cuando los cuatro hombres cayeron de espaldas al menos mil doscientos metros hacia ese vacío de hielo y agua. Los otros cuatro habían sobrevivido. Pero ¿qué sentirían al ver caer a la profundidad del abismo a la mitad de sus compañeros? Probablemente se quedaron pasmados como si acabaran de cometer un crimen o tal vez cayeron en una desesperanza como si ya estuvieran muertos. Así debió ser. Poco a poco reanudaron la marcha, pero la idea de que en cualquier momento podían ser los siguientes en resbalar y morir, no se les iba de la cabeza. Se enfrentaban con un destino que, finalmente, no fue. A eso de las seis de la tarde, consiguieron llegar a un lugar seguro.

Estaban a salvo, pero no dejaban de pensar en los compañeros que momentos antes habían estado con ellos. Por algún motivo que no alcanzaban a comprender, se habían salvado del tirón del espíritu de la montaña. Psicológicamente, todo eso les generaba una extraña sensación. Es imposible que nosotros, que no hemos estado nunca en una situación similar, nos imaginemos lo que sintieron aquellos hombres.

Según marcan los registros de Whymper, eran alrededor de las seis de la tarde. Uno de los Taugwalder, que estaban acostumbrados a los ascensos y sabían bien cómo eran las montañas, alcanzó a ver que, por el rumbo Lyskamm, había una especie de arco borroso. Advirtió que los demás también lo estaban viendo. Poco tiempo después, en el mismo lugar donde se hallaba el arco, aparecieron unas cruces nada pequeñas. Estaban allí, flotando en el aire. Eran dos grandes cruces que a aquellos hombres

occidentales les producían una sensación distinta, a la que nos producirían a nosotros, los que venimos de Oriente.

Los registros cuentan que todos habían visto aquello que no parecía de este mundo. Todos los supervivientes de aquel día las habían visto. Eran cruces de un tamaño semejante al de nuestras pagodas. Quizá no tuvieran la forma exacta de una cruz, pero así lo percibieron ellos. Lo consideraron como un homenaje de la montaña a sus compañeros fallecidos. No podían apartar la mirada y entre los rayos de luz, a lo lejos, se empezaron a proyectar las siluetas de cuatro alpinistas. Eso les hizo pensar que lo que estaban viendo era una ilusión, pero tras frotarse los ojos y pellizcarse, seguían viendo lo mismo.

Con esto doy por terminado el relato. Un antiguo proverbio dice: «El corazón es como un pintor virtuoso». ¿No les parece a ustedes que estas palabras tienen mucho significado?

Bueno, ahora les voy a contar una historia que escuché de un compañero a quien le gustaba la pesca. Se trata de una historia que ocurrió antes de que el dominio de los Tokugawa llegara a su terrible final. En la capital Edo, en la zona de Honjō, vivían muchos samuráis que no tenían un rango muy alto. Los *hatamoto*^[35] los menospreciaban diciendo que no valían mil *goku*^[36], sino apenas unos cientos. Pero, de vez en cuando, sus servicios eran requeridos. El que se les encomendara una misión significaba para ellos la apertura de una puerta hacia el progreso.

Sin embargo, no era fácil que esto sucediese y muchos tomaban el camino del mal. Pero, cuando algunos lo conseguían eran la envidia de los demás y se ganaban su odio. Entonces, eran personas que entraban en la categoría de *kobushin*^[37]. Se solía decir que los *kobushin* eran las estacas a las que había que dar un golpe para emparejarlas. Así, pertenecer a ese grupo era estar siempre dispuesto a cumplir con cualquier deber, pero la mayor parte del tiempo estaban desocupados.

Cuando no tenían alguna misión que cumplir, disfrutaban de la pesca. No se metían en problemas, no eran nada extravagantes ni intolerantes. Eran personas de buen entendimiento, hombres agradables y buenos ante los ojos de la gente. Así eran aquellas personas.

Este compañero, cuando no tenía nada que hacer, se iba de pesca. En el muelle que había en el río Kanda, había un barquero que alquilaba su bote para ir y venir en el mismo día. Se podía tomar la embarcación en aquel lugar y zarpar río arriba, rumbo a Honjō, en busca de peces para después regresar. Era un itinerario perfecto. Si la marea era favorable se podía salir casi a diario para pescar *keizu*.

Soy de la opinión de que la palabra *keizu* es parte del dialecto de Edo; sin embargo, ahora todos lo llaman *kaizu*^[38]. El *kaizu* es un miembro de la familia de los pargos. Pero nadie dice pargo *keizu* sino simplemente *keizu*, que es el pargo negro. También lo han llamado, equivocadamente, «pargo de Ebizu»^[39] pero ¿acaso no es el pargo rojo al que llaman Ebizu? Es posible que ustedes se quejen de que diga tantas cosas sin sentido, pero un especialista llamado Hitsudai Hirano explicó todo esto. Solo se puede atrapar al pargo de Ebizu con un tipo especial de cañas. En cambio, si se trata de los negros, cualquiera serviría. Me he desviado un poco del relato, pero considero importante explicarlo siendo esta una historia de pesca.

Un día, esta persona subió a un bote como solía hacer. El barquero era un hombre llamado Kichi, que ya pasaba de los cincuenta años. Que tuviera ya sus años no era algo que agradara mucho a los clientes, sin embargo, a nuestro personaje principal no le importaba, consideraba al viejo bastante lúcido y sabio y por eso lo contrataba.

Es posible que algunos piensen que un barquero actúa solo como instructor o guía para quienes salen a pescar. Pero no es así. Un buen barquero debe comprender bien a las personas; debe saber qué les gusta, y qué les desagrada, a cada uno de sus clientes. Debe hacerlos felices. Cuando alguien alquila un bote con

red, se supone que es un pescador experimentado y no es necesario que el remero también lo sea. La pesca no es lo más importante, lo fundamental es pasarlo bien. Una persona que no tenga sentido del humor no puede trabajar como barquero.

Por ejemplo, cuando un buen *playboy* ve la cara de una *geisha* este se puede dar cuenta de inmediato cuándo ella debe tocar el *shaimisen*^[40] o cantarle una canción, cuándo debe tomar el abanico y ponerse a bailar, o bien cuándo debe servir el sake. Aquellos que, sin pensarlo dos veces, piden muchos cantos y bailes, no saben cómo divertirse. En la pesca es lo mismo. Si solo se concentran en los peces, no disfrutarán plenamente. A nuestro personaje principal no solo le importaba pescar, por eso el viejo barquero Kichi era el hombre ideal.

Dentro de los diferentes estilos de pesca, la pesca del *keizu* tiene un estilo peculiar. Por ejemplo, en la pesca del *kisu*^[41], uno tiene que introducirse en el agua, o ponerse de pie sobre una escalera alta dentro del mar, y aguantar hasta que los peces se acerquen. Quienes hablan mal de esta pesca, la llaman «mendigar», ya que uno no puede hacer nada más que esperar. Se trata entonces de un estilo de pesca miserable.

Luego está la pesca de la lisa. La lisa no es un pez de muy alta calidad; es un pez de cardumen. Cuando hay que sacarlo y es muy pesado, uno se tiene que esforzar por subirlo en hombros. Además, al pescarla, hay que ir hasta la proa del barco y colocarse sobre la borda o en el timón y sentarse en una muy mala posición abarcando la proa de lado a lado. Este tipo de pesca no es ningún juego. Para quienes disfrutan de ese tipo específico de actividades, la pesca de lisa es muy apreciada y la practican con muy buena disposición.

Pero nuestro personaje no practicaba esa pesca. La pesca del *keizu* es muy distinta y, en ese entonces, todos los peces en la zona frontal a Edo se iban hasta Ōkawa; hasta la parte más profunda. Había que ir a pescarlos río arriba, más allá de los puentes de Eitabashi y Shin-Ōhashi. Ocurría además que, para implorar un acto piadoso de la *bodhisatva* Kshitigarbha, las personas arrojaban al río

papelillos con plegarias impresas desde el puente Ryōkoku. Aquello lastimaba los ojos de las lisas de una forma que no podrían imaginar. Por este motivo, la pesca de lisas en el río, si se hacía en una zona profunda, tenía que hacerse a mano, blandiendo una caña de pescar.

Para pescar *keizu* se sacaba una larga porción del cordel de pesca y lo sostenía entre dos dedos. Cuando uno se cansaba, iba a un costado, al lugar más estrecho del bote, colocaba las barbas de ballena e introducía el hilo entre ellas, así podía descansar. A esto se le llamaba «montar el cordel». Después, iba a la parte del frente y tenía que arreglárselas para colocar sobre las barbas de ballena una campanilla a la que se llamaba «campanilla de pulso». Si la campanilla sonaba, es que alguno había picado. Ahora todo es diferente, la pesca en el río Ōkawa ha desaparecido por completo. Ya nadie sabe lo que eran las campanillas para la pesca de *keizu*. Pero en ese momento aún se podía pescar fácilmente.

Precisamente por eso, el personaje de nuestra historia había perdido el interés por ir a pescar todos los días desde Honjō a Ōkawa, ya que estaba demasiado cerca y era demasiado fácil. No era la pesca de pulso en el río con la que disfrutaba, sino hacerlo con su caña en el mar. Aquel tipo de pesca también tenía su arte. A finales de la era Meiji^[42], existía la pesca *hataki*. Esta consistía en ir hasta Odaiba y pescar con un anzuelo donde rompían las olas. Mientras recibían el viento del sur, la gente acostumbraba a echar la camada blandiendo la caña entre la blanca espuma de las olas que rompían. Se trataba de una pesca que, aunque era muy laboriosa, permitía sacar algún pez que otro. Ese tipo de pesca no se podía practicar antes de que Odaiba existiera. Ahora hay una forma de pescar en la reja de los diques pero esa también es una modalidad de pesca agotadora. Cuando la pesca requiere de extrema concentración, deja de ser elegante y puede convertirse en algo extenuante como pasatiempo.

Había otro tipo de pesca, no tan antiguo, y que se llevaba a cabo en canales o en sus alrededores. Por ello se le llamaba pesca en

canal. Consistía en tirar una línea de pesca que va desde el cuerpo del pescador hasta el agua. Apoyándose en esa línea, se detenía el bote contra la corriente y luego el pescador dirigía la operación. Es decir, este debía sentarse en la parte frontal del barco girado hacia el primer asiento y luego tenía que introducir la caña moviéndola de derecha a izquierda como haciendo la forma de un ocho. El barquero colocaba las cañas a ambos lados del bote, para que el encargado de la dirección pudiera ver las puntas de las mismas.

Para protegerse del sol y de la lluvia, se construía una techumbre llamada *toma*. Esta se armaba en el espacio que había entre la vigueta frontal del bote y la siguiente. Se levantaban dos mástiles en los que se colocaban otras vigas formando un techo de dos aguas llamado *tateji*. En este, sobresalían un poco los tablones de madera a la izquierda y a la derecha; y entre una intersección y la otra había espacio suficiente para guardar la caña de pescar de bambú. El tamaño normal era de un *tatami* aproximadamente. Pero se podía hacer más grande, de una superficie equivalente a cuatro tatamis, para mayor comodidad y para estar más protegidos del sol y la lluvia. La superficie bajo esa techumbre se llama *hyonoma*. En muchos barcos de pesca, a diferencia de los que usan redes, el *hyonoma* es profundo y muy confortable. En ese lugar se desplegaban tapetes de carrizo y sobre ellos se colocaban alfombras donde la gente no se sentaba con las piernas cruzadas, sino de la forma correcta.

Cuando un miembro ya fallecido del Naritaya llevó a pescar al actual Kōshirō^[43], a quien en esa época se conocía como Somegorō, lo recriminó duramente por su forma de sentarse, a pesar de ser una estrella en los escenarios. Kōshirō me contó que le dijo que era una falta de respeto sentarse como un idiota. En todas las modalidades de pesca que no son vulgares como la del salmonete de labio rojo, la del *keizu* y la de la lubina, ocurrían este tipo esas cosas.

A las personas que pescaban pargos, les solía ir bien. Los peces picaban una o dos veces y, en alguna ocasión, agarraban el anzuelo

y se llevaban también la caña de pescar; pero eso era algo inusual. En el caso de los pargos negros, por lo general, primero daban pequeños bocados al anzuelo y después se lo tragaban por completo. Por ello, cuando se empezaba a mover la punta de la caña, y uno sentía que el pez había picado, tenía que colocar las manos lentamente en la base y esperar a sentir el segundo tirón. Cuando el anzuelo ya estaba bien clavado, se agarraba la caña con la mano derecha, se movía hacia delante y hacia atrás y, entonces, el barquero, colocado en la retaguardia, recogía la captura con una red. A nadie le importa el tamaño de los peces, ya que se trataba de un pasatiempo. Estos se metían en una caja llena de agua marina situada en el centro del bote. Luego, se volvía a colocar camada.

«¡Listo, patrón!». Al escuchar esas palabras, uno tenía que volver a colocar la caña en el lugar donde estaban picando los peces. Daba igual la clase social del sujeto, este estilo de pesca lo podía practicar cualquiera como todo un señor feudal, de manera completamente limpia y eficiente. A quienes les gustaba tomar el té podían servirse uno verde y colocarlo sobre un platito a su lado. Aunque se tratara de una pesca a ambos lados, si uno se acostumbraba, podía colocar la taza con cuidado y seguir pescando.

A quienes les gustaba el sake, podían pescar mientras bajaba la marea. También podían hacerlo en verano, cuando un *awamori*^[44] o un *yanagikake*^[45] resultaban muy refrescantes. Por este motivo, y aunque no había mucho espacio, se solía poner un mueble muy adecuado para el alcohol, los utensilios del té, platos y algunos aperitivos. Las personas solían llevar este tipo de cosas, por lo que la pesca se convertía en un pasatiempo. En verano cuando el suelo del bote se cubría con las ramas de los cipreses, era el único sitio que no se ensuciaba. Si el calor apretaba, al estar a cubierto y aprovechando la brisa marina, se estaba fresquito. Estas embarcaciones iban de aquí para allá llevadas por la marea como si en el cielo flotaran barquitos hechos de hojas que recibían la brisa. Como la pluma de un ave que cayera del cielo, estos flotan suavemente en el mar.

Cuando los peces no picaban en los canales, era porque estaban en algún lugar con sombra. Esto obligaba a utilizar otro estilo de pesca.

Las aves se posan en los árboles, los peces en el *kakari* y los humanos se convierten en la sombra de sus sentimientos, decía un *yoshikono*^[46]. El *kakari* es una parte espesa dentro del agua donde no se pueden echar las redes ni los anzuelos porque se quedarían atascados. En esta zona se podían conseguir bastantes peces distintos. Primero había que llegar al lugar adecuado, colocarse de frente, acercarse lo más posible y lanzar un arpón. Eso se llama «pescar frente al *kakari*». Este método era utilizado cuando no había pesca ni en los canales ni en aguas abiertas, pero también había quienes acudían allí ex profeso. Da igual cómo o dónde se haga, se considera la pesca de *keizu* una labor propia de señores feudales y se lleva a cabo con todos los lujos.

Creo que ya he explicado lo suficiente sobre el placer de pescar. Hay que tener paciencia y atrapar un pez cada vez, así es mucho más divertido.

Un día, sin motivo aparente, los peces no estaban picando. Cuando esto sucede, el cliente inexperto masculla cosas y termina quejándose al barquero. Pero nuestro personaje no era una persona tan imprudente como para llegar a ese punto, así que, aunque no había pescado nada ese día, volvió a casa con el mismo ánimo de siempre. Había acordado volver al día siguiente así que, una vez más, regresó acompañado de Kichi.

Los peces eran peces y con solo darles camada deberían picar. No obstante, eso no ocurrió. No sabían la razón, quizá ya no les gustaba la camada. Como cuando a uno no le gusta el agua o el viento, o como cuando nos dan algo de origen dudoso. No se podía hacer nada al respecto. Por segundo día consecutivo no pescaron nada y Kichi empezó a preocuparse. Si hubiera sido cosa de la marea, no hubiera tenido ningún problema en decírselo, pero tampoco era este el motivo. Era una situación totalmente inesperada y nada divertida.

Sabía que cuando un cliente consigue pescar algo, se siente realmente bien. Pero la persona que había alquilado su bote no se había quejado, y esto, en vez de tranquilizarlo, lo puso de peor humor. ¿Qué podía hacer? Sin duda, quería que hoy su cliente y él mismo volvieran a casa con un trofeo de cualquier manera. Por ello, buscó aquí y allá, en diferentes corrientes, lo intentó en distintos lugares y probó diversas técnicas. Sin embargo, no pudo pescar ni un solo pez. Ese día no había luna alguna y la marea estaba alta. Debería poder pescar algo, pero, al fracasar en todos sus intentos, Kichi fue perdiendo el entusiasmo del mismo modo.

—Oiga, patrón, le debo una disculpa por estos dos días perdidos —le dijo. El cliente se echó a reír.

—¿Estás loco? ¿Qué es eso de disculparse? En tu negocio no debes decir esas cosas. ¡Ja, ja, ja! Bueno, no nos queda otra que emprender la retirada. ¿No crees que es hora de irnos?

—Bien. Pero intentémoslo en un sitio más antes de regresar.

—Un sitio más dices... ¿No ves el color del cielo?

Se refería a que estaba llegando el ocaso, pronto se haría de noche. Los peces no habían picado hasta el momento, pero conforme se acercaba ese «límite transitorio» era posible que aparecieran de pronto. Kichi quería intentar pescar a toda costa. Sin embargo, su cliente se mostraba reticente.

—Yo vine a pescar *keizu*. Pero ¿con lo oscuro que está quieres ir a buscar en otro sitio? Por favor, deja de decir sinsentidos.

—Disculpe, patrón. Pero, sin duda, podemos intentarlo en un sitio más.

El barquero y su cliente intercambiaron opiniones y, al final, Kichi se salió con la suya.

Se resistía a aceptar la derrota, por eso llevó su barco a un lugar al que hasta entonces nunca lo había llevado. Antes de elegir un sitio donde anclar el bote dijo con una actitud cautelosa:

—Patrón, por favor, tire la línea una vez, recto, por el lado de la proa.

Se trataba de un *kakari* que no tenía extremos sino solo un gran centro.

—Está bien. —Su cliente accedió. Y al decir aquello introdujo la línea de pesca con destreza. No obstante, en su interior no podía ocultar que no le agradaba hacerlo. Inmediatamente, en su caña, que apenas había colocado, picó un pez, alguna basura o algo que había allí. Era algo enorme; y cuando sobresalió del agua, quedó claro que no se trataba de un pez. La línea se tensó y la caña estuvo a punto de salir volando con el tirón. Rápidamente, el hombre la agarró por la base y tiró de manera que la caña se puso en posición vertical. Sin embargo, su esfuerzo apenas surtía efecto, mientras que la energía con la que tiraban de él era brutal.

La caña era de buena calidad, de doble madera, pero, aun así, hubo un pequeño sonido en una de las uniones cuando la línea de pesca lamentablemente se rompió. ¿Era un pez muy grande que había venido a comer o una basura enorme que se enganchó con el anzuelo? No supieron qué demonios había sido, pero implicaba que Kichi había sido derrotado una vez más y la caña se había dañado. De inmediato, los dos se sintieron muy incómodos. Esas cosas ocurrían de vez en cuando, pero su cliente no lo soportó más. Sin mostrarse descontento, se giró hacia Kichi:

—Es una señal, debemos volver ya —dijo entre risas. Aquello fue una forma suave y natural de dar la orden: «Vámonos de aquí».

—Bien —fue lo único que dijo Kichi mientras levaba el ancla y comenzaba a remar. Después, se dijo—: Hemos perdido la presa por mi error. —Mientras, hizo como si se golpeara en la cabeza—. Ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja.

Con una risa tibia ambos dieron a aquel evento un final aceptable, diciendo que ninguno de los dos había tenido la culpa.

En el mar no se veían barcos recreativos, ni tampoco se avistaba ningún otro tipo de embarcación. Kichi remaba vehementemente, y como se había hecho tarde, la marea había cambiado a peor. Se dirigían hacia Edo, a medida que avanzaban, la costa se oscurecía y

se comenzaban a avistar a lo lejos las luces centelleantes de la ciudad. Kichi, aunque viejo, era diestro en lo que hacía y remaba poniendo toda la fuerza de su cuerpo en ello.

El tejado estaba corrido y el barco seguía simplemente avanzando. El cliente no podía hacer nada, así que permanecía con la mirada puesta en la superficie del mar, viendo cómo las pequeñas olas se perdían poco a poco y el cielo, que amenazaba lluvia, se tomaba de un color levemente rojizo, como el de la tinta diluida. Cielo y tierra no parecían juntarse, simplemente era como si la claridad del cielo se derritiera en el mar, y la sensación que proyectaba era inigualable. Nada se reflejaba en el agua oscura salvo una brillante luz.

El cliente no tenía ni idea de dónde estaban. Por eso, trataba de ver a qué parte de Edo pertenecían aquellas luces, pero no lograba averiguarlo. Pusieron rumbo este en la embarcación, pero la marea empujaba de frente en esa dirección, por lo que pronto salieron de esa corriente para remar por donde la resistencia al agua fuera menor. Observó la estela que dejaba el bote, se dio cuenta de que no era oscura; más bien de un intenso tono gris.

Fue en esas aguas donde, repentinamente, se asomó algo. Cuando se fijó, lo vio salir del agua, y en un instante, se volvió a sumergir. Parecía un junco, pero si se tratara de eso, estaría flotando en la superficie. En definitiva, era algo parecido a un palo delgado que, sin embargo, surgió del agua y se escondió de forma bastante extraña. No tendría por qué haberle llamado la atención, pero no tenía ningún sentido.

—Sí que se ven cosas extrañas por aquí, Kichi —le dijo. Este se volvió hacia el lugar donde estaba mirando el cliente, y aquella cosa delgada apareció de nuevo para luego volverse a esconder.

—Parece una caña de pescar que saliera del mar. ¿Qué puede ser?

—Es cierto. Parecía una caña.

—Pero se supone que las cañas de pescar no salen del mar.

—No, patrón, eso era algo muy distinto a un bambú llevado por la marea. Parecía una caña de pescar.

Kichi, pensando en animar a su cliente, dirigió su barco a aquel lugar donde se había aparecido aquella cosa extraña.

—¿Qué haces? ¿Qué sentido tiene investigarlo?

—Yo también quiero ver esa cosa misteriosa aunque sea un momento. Un poco de conocimiento para el futuro.

—¡Ja, ja, ja! Sí, sí, está bien tener más conocimientos. ¡Ja, ja!

Kichi dirigió el bote hacia ese lugar, y en ese preciso momento, aquella cosa larga y delgada emergió del agua, grande y poderosa, atizando un golpe justo donde se encontraba el barquero. Este reaccionó y pudo evitar el golpe con una mano, pero terminó con la cara salpicada de agua.

Fijándose bien, descubrieron que se trataba de una caña de pescar. Parecía como si debajo hubiera algo que estuviera sosteniéndola.

—Patrón, eso es una caña de pescar. Es una caña *nobotei*^[47]. Parece que es de buena calidad —dijo, analizándola.

—Humm. ¿Ah, sí? —dijo, mientras miraba hacia el agua con atención—. ¿No será un cliente?

Con «cliente» quería decir ahogado. En ocasiones, los pescadores habían tenido que sacar del agua algún cadáver. Por eso hizo ese comentario. En este caso, como no podían explicarlo, no les quedaba más que decir: «Es un cliente». Y rematar diciendo: «Soltémoslo». No obstante, Kichi dijo:

—Sí, pero es una buena caña.

En medio de la parca claridad que había, observó y revisó todos sus ángulos.

—Una *nobotei* genuina —añadió.

Con «genuina», quería decir que era una caña que no tenía otros bambúes atados, sino que era de una sola pieza. Por lo general, las cañas de pescar se construían atando diferentes varas de bambú, y utilizando una *nobotei* adecuada como la punta de la caña. Pero

esta solo tenía una vara. No es que fuera mejor que las otras, es que era más adecuada.

—No importa, no la quiero. —No mostró ningún interés por agarrarla.

Sin embargo, Kichi, que aún se sentía mal debido a que al cliente se le hubiera roto su caña hace un rato, tiró de esta suavemente para no romperla tratando de atraparla. En ese momento, cabía la posibilidad de que ese ahogado resurgiera en su etapa intermedia. Hay tres etapas cuando alguien se ahoga. En la primera, flota por la superficie del agua, en la tercera, se hunde hasta el fondo. Entre esas dos, está la intermedia. El cadáver que había sido arrastrado emergió justo enfrente del cliente.

—¡No hagas tonterías! Te he dicho que la devuelvas al agua —dijo, pero al flotar hacia donde estaba él pudo ver la caña con más detalle. Parecía de buena calidad, las ataduras eran alargadas y estaban bien hechas. Entonces decidió cogerla. Kichi, al ver que su cliente intentaba sacarla del agua, trato de ayudarlo.

—Es imposible —dijo mientras seguía tirando.

Al agarrarla a unos treinta centímetros de la base, emergió del agua y se dejó ver completa, como si fuera la espada de un samurái.

Cuando estaba fuera de su alcance parecía algo inútil. Sin embargo, ahora que la podían tocar, la caña les generó un deseo incontenible. Intentaron liberarla dos o tres veces pero el cuerpo la tenía asida con tanta fuerza que no se la podían arrancar. Cada vez pesaba más. El «cliente» era gordo, sus cejas eran largas y delgadas, los lóbulos de sus orejas eran grandes y su cabeza completamente calva. Se trataba de un hombre de unos sesenta años. Vestía algo que parecía una chaqueta rellena de algodón, de color azul pálido, y debajo llevaba una camiseta con un collar delgado de cáñamo. De su cinturón, aunque apenas se podían apreciar, sobresalían unos *tabi*^[48] blancos que se pudieron ver al girar el cuerpo. Viendo las condiciones en las que se encontraba,

parecía como si lo que emergiera fuera, por ejemplo, una espada de madera y un *inrō*^[49].

—Y ahora qué vamos a hacer —murmuró pensativamente. Comenzó a soplar la brisa nocturna, y mojado como estaba, empezó a sentir frío. Sería un desperdicio soltar la caña, pero no conseguían quitársela a su dueño, que la sujetaba con fuerza vengativamente pese a estar ahogado.

—Patrón, no tiene sentido que ese «cliente» la conserve. No va a poder pescar en el río Sanzu^[50]. Es mejor que se la lleve usted —le dijo Kichi, titubeante.

Entonces volvió a mirar hacia aquel lugar esperando que se le ocurriera algo. No había manera de desprender la caña de la mano del muerto. Ni siquiera con un cuchillo, ya que sus pequeños dedos se aferraban a la base de la vara de bambú *hotei*; por ello, era imposible llevársela.

Decidió intentar una última cosa. No se trataba de una llave del Shibugawaryū^[51], pero insertó sus propios pulgares y dio un fuerte tirón. Cuando consiguió separar los dedos de la caña, el antiguo dueño se hundió y se lo llevó la corriente, mientras elpreciado objeto se quedaba en su poder. Se lavó con cuidado las manos con las que había luchado aunque fuera por un instante. Luego se las secó con tres o cuatro hojas de papel desechable y las tiró al mar. Las bolas blancas de papel se fueron flotando como almas hacia el ocaso hasta que, finalmente, dejaron de verse. Kichi se apresuró para volver.

—¡Namu Amida Butsu!^[52] ¡Namu Amida Butsu! Na... ¿Qué fue todo eso? No cabe duda de que se trataba de alguien que estaba pescando en la playa.

—Sí, tiene razón. Nunca había visto nada semejante. Si estaba pescando desde la playa, puede ser que fuera arrastrado desde Honjō, Fukagawa, Manabegashi, o bien desde Mannen. Puede que incluso más arriba, desde Mukōjima, o incluso más al norte.

—Claro. Qué intuición más buena tiene.

—¡Qué dice! Eso no es nada. Debió sufrir una parálisis. Cuando uno está pescando en un lugar inapropiado en la orilla y se pone en cuclillas, lo más habitual cuando pica un pez grande, es que uno tire y se quede paralizado. Y ese es el fin. Por eso, desde hace mucho se dice que las personas propensas a la parálisis no deben practicar la pesca en la ribera si no es en un sitio llano. Aunque claro, ningún sitio es bueno para sufrir una parálisis. ¡Ja, ja, ja!

—¿Habría sido eso lo que le ocurrió?

Sin decir nada más, continuaron el camino de regreso.

Al llegar al lugar desde donde siempre solían zarpar, cuando el cliente se disponía a regresar a su casa con la caña, Kichi le dijo:

—¿Qué piensa hacer mañana, patrón?

—Tenía planeado pescar, pero creo que te dejaré descansar.

—No diga eso. Si no llueve, lo estaré aquí esperando.

—Está bien —dijo y se despidió.

Amaneció lloviendo intensamente.

—Claro, se estaba preparando tormenta, por eso no hemos pescado nada estos últimos días. Puede que incluso hubiera marea roja.

Había quedado con el barquero, pero al estar lloviendo de esa forma, pensó que no iría. Así que se quedó en casa leyendo.

Era mediodía cuando, por la zona del jardín, llegó Kichi.

—Buenas tardes, patrón. No sabía si iba a salir usted hoy, así que he venido a buscarlo. Esta lluvia no tardará en cesar y he traído el bote. ¿Me deja que lo acompañe?

—Está bien, gracias por venir. Hemos perdido el tiempo estos tres días. Y para rematar, ¿no crees que lo de ayer fue muy extraño?

—Encontrar una caña es un buen augurio para un pescador.

—¡Ja, ja, ja! No quiero salir mientras siga lloviendo. Vamos a entretenernos con algo hasta que amaine.

—De acuerdo. ¿Dónde está, patrón?

—¿Te refieres a la caña? La puse allí fuera, sobre el dintel.

Kichi fue a la parte trasera y trajo un poco de agua en una vasija para el aseo. Después limpió la caña en profundidad. Ahora parecía incluso de mayor calidad. Ambos la contemplaron con detenimiento.

Quizá al haber estado tanto tiempo sumergida, el agua habría penetrado en ella volviéndola muy pesada. Pero no parecía que fuera así. Debía haber sido tratada con algún método especial y por eso no se había mojado por dentro.

Entonces encontraron algo en su contorno que la hacía diferente a las demás. Revisaron el extremo, el lugar donde se sostenía la línea de pesca, era evidente que se trataba de la caña de alguien que no era un profesional. Sin embargo, era un trabajo bastante logrado. Había unos pequeños agujeros en la base y parecía que escondía algo en su interior. Aparte de eso, no encontraron nada más.

—Es una buena caña, aunque muy extraña. Nunca había visto una *nobotei* tan ligera y en tan buen estado.

—Tiene razón. Las *nobotei* suelen ser pesadas y eso no le gusta a la gente. Pero, para aligerarlas se utiliza una técnica en la que se hacen unas pequeñas incisiones en la planta antes de cortarla, así no recibe la nutrición suficiente y se consigue un bambú más ligero. Las incisiones se hacen en el lado derecho si la caña es para un diestro, en el lado izquierdo si es para un zurdo, y en ambos lados si se quiere preparar para ambidiestros.

—Sí, pero el bambú desnutrido tiene otro aspecto. No parece que este haya sido tratado así. Está impecable. ¿Cómo lo habrán hecho? ¿Existirán unos bambúes así en la naturaleza?

Los pescadores buscan los tallos más apropiados para conseguir que la pesca sea mejor. Para ello, van a los bosquecillos donde crece el bambú y después de examinarlo, acuerdan la compra y logran que crezca como ellos quieren.

En tiempos de la dinastía Tang, existía un bonzo llamado Wen Tingyun. Era un verdadero libertino arrogante; una persona de comportamiento reprobable y sin remedio. Sin embargo, en la pesca era muy hábil. El mismo se introducía en la arboleda propiedad de

un señor llamado Hai y buscaba un buen bambú para hacerse su propia caña. Había parajes en donde la cisca y las plantas espinosas eran abundantes, por lo que se abría camino haciéndolas a un lado en las estrechas veredas. Buscaba los de mayor belleza, los examinaba uno por uno. En la época Tang, se practicaba muchísimo la pesca y el estanque Sessji era un lugar ideal, y todavía lo sigue siendo. Allí había muchas tiendas que vendían cañas de pescar regentadas por poetas. Estos ingresos les servían de sustento mientras seguían el camino de su razón.

En el *tanka* de Kyoka llamado Nakarabokuyo^[53] se decía que la caña de pescar de Urashima se hacía larga y corta. Una caña de bambú negro nunca sería apreciada. Y una caña con treinta y cuatro nodos era admirable. Siempre hay que poner pasión en todo lo que se hace.

Mientras la atención de ambos se iba centrando poco a poco en aquella caña, empezaron a comprender por qué aquel hombre no la dejaba ir ni muerto.

—Este tipo de bambú no se encuentra por la zona. Es posible que provenga de alguna otra región. Pero traer algo que mide más de tres metros no es tan fácil. No sé, tal vez haya sido un *rōnin*^[54] al que le dio una parálisis cuando estaba haciendo lo que más le gustaba. En cualquier caso, es una muy buena caña —dijo Kichi.

—Oye, tal vez su ropa se enredó de alguna forma con el cordel de la caña.

—Es posible. Esta mañana, cuando estuve observándolo, me pregunté si no sería eso lo que le pasó a ese hombre.

—¿Por qué?

—Porque estaba atado al estilo *dandanboso*. Ya sabe que esa forma implica que la parte del inicio es gruesa, y luego se va haciendo cada vez más delgada. Esta incómoda técnica se da en provincias como Kashū, donde pescan truchas con mosca. Cuando lo hacen, tienen que arrojarla con destreza sobre el agua, de manera que primero caiga el hilo y después la mosca. Si no lo hacen así, los peces no se acercan, por eso manufacturan el hilo al

estilo *dandanboso*. ¿Cómo lo hacen? Cortan con unas tijeras el pelo de la cola de un potro de color blanco. A eso le van untando el *tōfu*^[55] hasta que quede comprimido y sin ningún resto. Repiten este proceso dieciséis veces más y los juntan todos. Después toca ir disminuyéndolos. Se coloca contra una superficie, se apoya la mano encima y se mueve por la derecha, después por la izquierda y, finalmente, por el centro, hasta conseguir que quede un solo hilo compuesto de varios más. Lo sé porque me lo contó alguien que era de Kashū. Las personas del oeste son meticulosas y por eso lo hacen muy bien. Es como una partida de ajedrez japonés. Esta caña no fue hecha para atrapar *ayu*^[56]. Su cordel es de fibra de seda y está muy bien reducido. Aquel hombre experimentó también las vicisitudes propias de la pesca, hasta elegir el lugar apropiado para tirar la línea. La pesca desde tierra no es una excepción. Él lanzaba el anzuelo desde cualquier lugar, y luego lo arrastraba.

»Para ser más ágil en la pesca y evitar que se rompiera la caña, dejaba la opción de cortar el hilo. Y así lo hacía. La lanzaba en cualquier lugar y, si nada picaba, cortaba el cordel y volvía a atar el anzuelo. Así podían verse claramente los lugares donde ponía el *dandanboso*. Pero cuidaba tanto su caña que habría muerto por ella. La quería hasta ese límite, y no era difícil de entender.

Mientras almorzaban, uno en el cuarto y otro en la cocina, la lluvia cesó. Aunque ya era tarde, a la voz de «Salgamos» y «¡Vámonos!», ambos se pusieron en marcha. Por supuesto, se llevaron consigo la caña y al llegar al lugar de la pesca, el hombre puso la camada en el *dandanboso*.

La lluvia era intermitente mientras pescaban, pero lo importante era que los peces ¡estaban picando! Hicieron tantas capturas que se les volvió a hacer tarde, y al igual que el día anterior, el ocaso los sorprendió. Consideraron que ya era suficiente, así que desprendieron el sedal de la punta para guardarlo, colocaron la caña sobre la techumbre y emprendieron el camino de regreso.

Pronto comenzaron a divisar las lucecillas de Edo. El cliente, recordando los hechos del día anterior, pensó en dar a la caña el

nombre de «rompe dedos», dado que para obtenerla hubo de romperle los dedos a su dueño.

Kichi estaba dando paladas vehementemente, tanto que una de las bisagras del remo se quebró. Cuando eso sucedía, la tarea se volvía bastante más difícil. Lo que hizo entonces fue sustituir la pieza rota por un cazo con mango largo que tenía frente a él y lo utilizó para remar. Para ello, torció el cuerpo de una forma poco natural y lo colocó en el lugar donde iba la clavija. Esto es algo que suelen hacer los barqueros de la bahía de Edo; no así los barqueros de otras provincias. Al torcer el cuerpo, él golpeaba el agua yendo desde arriba hacia abajo, y al hacerlo, quedaba girado boca arriba. Realizaba ese proceso con destreza, como si fuera una postal de Ukiyo-E^[57]. Cuando Kichi volvió a su posición original pudo darse cuenta de que, al igual que el día anterior, en el este se avistaba algo que parecía ser un junco.

—¿Eh? —dijo Kichi, al mirar en aquella dirección, y su cliente, que estaba sentado, se giró también. Un bambú se asomaba y se escondía en el agua cada vez más oscura, como ocurrió el día anterior. Supo lo que era de inmediato. Ambos se miraron buscando en los ojos del otro una explicación para lo que estaba pasando. Comenzaba a soplar la tibia brisa marina desde el este. Kichi se recompuso y habló:

—Pero ¿qué? No es posible que ocurra lo mismo otra vez. Tenemos la caña. No puede ser nada importante.

Cuando uno ve algo misterioso, tiene que enfrentarse a ello con valentía. Y con esa intención pronunció aquellas palabras. Era una forma de sentir alivio.

El barquero se agachó un poco. Su cliente levantó la cabeza y vio la oscuridad que se cernía sobre ellos. La caña debería estar en el techo, pero no podía verse a simple vista. Ambos hombres cruzaron la mirada, sus rostros estaban llenos de extrañeza y en sus ojos, podía vislumbrarse el terror producido por algo que no era de este mundo. El hombre se levantó a buscar la caña. Allí estaba. La tomó entre sus manos.

—¡Namu Amida Butsu! ¡Namu Amida Butsu! —rezó,
devolviéndola al mar.

(1938)

El muchacho de los naufragios

Por Kyūsaku Yumeno
Traducción de Isami Romero

Mientras observaba con detenimiento el perfil del capitán, no pude evitar sentir que había perdido su humanidad. Era como si alguien hubiera adherido sobre su semblante un papel *shibugami*^[58]. Debajo de esa frente negra y dura había incrustadas unas bolas de cristal, sus grandes ojos. La boca parecía una alargada pipa de marinero y su gigantesca quijada se asemejaba al ariete de un viejo buque de guerra, idéntica a una embocadura de acero. Tenía los codos apoyados en la baranda del puente de mando, bajo el cielo azul de otoño, contemplando la tierra firme situada a nuestro lado.

Sus enormes ojos estaban posados en unos grandes almacenes sobre los que ondeaba una bandera roja. Alrededor se extendía la ciudad de Shanghái y, sobre ella, estaba formándose lentamente una hilera de nubes blancas.

Era una mañana tranquila de finales de octubre. Creo que fue en 1927, el segundo año de la era Shōwa, pero eso no importa... Ese día subí al puesto de mando y me detuve a la espalda del capitán.

—Buenos días, señor —dije.

Él no se giró hacia mí. De todos los capitanes que había conocido, aquel era sin duda el más raro. Al parecer, estaba concentrado en algo.

Agité una bolsa de papel amarillo ante la nariz del capitán.

—Este es el té negro tibetano que me pidió. Por fin he logrado encontrarlo.

El capitán, que medía un metro ochenta, movió su largo cuerpo hacia mí y agarró su té negro.

—Ah... Eres tú, el jefe de máquinas. Gracias —me dijo bruscamente.

No sonreía nunca. Era probablemente el mayor maleducado de Japón. A aquel hombre no le importaba absolutamente nada lo que opinaran los demás.

—Anoche en tierra firme escuché una historia extraña, señor. Es sobre Ichirō Ina, el muchacho al que ha contratado. Por lo que me han dicho, el mocoso es famoso por atraer naufragios —le dije.

El capitán no mostró ninguna reacción; seguía siendo una esfinge mustia de color café. Era el arquetipo de lo descortés.

—Me han contado que todos los barcos en los que ha subido han terminado hundiéndose, y que los marineros *ketō*^[59] tiemblan al escuchar su nombre. Me aseguraron que el *Alaska-Marū* corre ahora un gran peligro. Mire, en tierra firme...

El capitán exhaló el humo de su cigarro Navy Cut y apretó la mandíbula, que parecía un buque de guerra. Las bolas de vidrio negras que tenía bajo las cejas se clavaron en un punto entre mi nariz y mis ojos. Al parecer, quería saber más.

—El muchacho es de pequeño tamaño y bastante guapo, por eso gusta mucho a los perversos. Sabe muy bien que los ricachones *ketō* pagarían mucho por él, por eso siempre anda buscando algún barco. Pero, por alguna extraña razón, todos terminan hundiéndose. El caso más famoso fue el primer barco donde lo contrataron, el buque correo *Baikal*, que navegaba por Europa. Cuando estaba a punto de pasar junto a Gibraltar, un barco alemán lo torpedeó; ya sabe a cuál me refiero. En ese momento, quien movía el pañuelo en los botes salvavidas, dando la señal de SOS, era justamente este muchacho... Más tarde, cuando el *Tan'yō II-Marū* colisionó con el *Emden* en las costas de Socotra, ese

mocoso estaba probando un nuevo modelo de salvavidas; gracias a eso se salvó. Al parecer ha hundido dos o tres barcos grandes más, aunque se dice que sería capaz de hacer zozobrar una balsa. Subió solo un momento al *Shirasagi-Maru*, que se dirigía a Bōshū, y prácticamente de inmediato este chocó con un torpedero. Una vez acompañó al director de la petrolera Brightstar en un barco a motor y acabó volcando en las costas de Haneda. Donde quiera que va lo tratan como a un ave de mal agüero, pero en Kōbe embarcó como mozo en el *Empress China* y consiguió llegar a Shanghái. Uno de los pasajeros de primera clase lo reconoció y dijo que si el muchacho estaba en el barco, él prefería bajarse. Intentaron echarlo de inmediato, pero este se negó a irse; se agarró a uno de los pilares del comedor y empezó a llorar a gritos. Entonces los marineros lo rodearon y le dieron una paliza, y más tarde lo abandonaron cerca de la aduana. Todavía tenía puesto el uniforme del *Empress China* cuando lo vio usted, capitán, e intentó calmarlo. Ahora, tanto en las tabernas de tierra firme como en la aduana se cuentan esos rumores. Dicen que usted trata de retar al destino, que sabe lo de los naufragios que siempre han rodeado al muchacho y que esa fue la razón por la que lo recogió... ¿Qué le parece? Incluso están apostando si el *Alaska-Maru* se hundirá antes o después de llegar a Japón.

No soy un hombre quisquilloso. Los periodistas, que presumen de su gran sentido común, dirán que esta superstición es una tontería; los científicos ni siquiera se molestarán en tratar el tema. En mi juventud adoraba la literatura y deleitaba a las mujeres recitándoles *Poemas del mar* de Lord Byron. Los había memorizado y pensaba que era un genio por ello. Sin embargo, el tiempo pasó y viví durante muchos años la dura vida en el mar, lo que hizo que mi personalidad cambiara por completo. Aunque mi cuerpo no destaca por su fuerza, tengo las agallas suficientes para poner orden en una sala de máquinas llena de maleantes. Los marineros me llaman «el Jefe del Infierno». No obstante, cada vez que estaba ante el capitán parloteaba como un loro. Aunque solo pretendía advertirle, parecía

estar contándole un cuento de hadas. Debo admitir que, a veces, no conseguía ejercer mi autoridad.

—No es que sea supersticioso, señor. La verdad es que me niego a creer este tipo de historias ridículas. Sin embargo, si fuera verdad que todos esos barcos han naufragado, estaría en riesgo la vida de toda la tripulación. Deberíamos zarpar sin ese muchacho. Todos dicen que usted no haría algo tan imprudente y absurdo, que no sacrificaría a su tripulación. Dicen que probablemente no conoce el historial del mocoso y que por eso lo ha contratado. Pero me han pedido que hable con usted y que le recomiende que lo deje en tierra. Si no lo hacemos, todos aseguran que nos arrepentiremos.

El capitán seguía sin inmutarse. La superficie del *shibugami* no se movía, y tampoco el cielo azul sobre su cabeza, que parecía haberse congelado. Al ver que no reaccionaba empecé a pensar que estaba un poco chiflado. Entonces me armé de valor.

—¿Por qué no le pedimos que se marche, ahora que todavía podemos? —le pregunté con brusquedad.

Debajo del ojo izquierdo del capitán comenzó a formarse una arruga al tiempo que entrecerraba el derecho. A continuación elevó las comisuras de su boca. Aquello, aunque quienes no conocían al capitán jamás lo hubieran pensado, era una sonrisa.

—El muchacho trabaja dando el SOS en los barcos correo —dijo el capitán con voz ronca, sin mostrar ninguna emoción.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? ¿Usted ya lo sabía?

El capitán soltó una carcajada y comenzó a ahogarse con el humo del cigarro. Escupió desde el puente de mando.

—No lo sabía, pero todo el mundo habla de ello.

—¿Quiénes son todos? ¿Quiénes están hablando de ello?

—Los hombres de a bordo. Ese canalla de Kane vino en representación del resto para negociar. Se fue hace un rato.

—Oh, no me diga... ¿Qué le dijo?

—Que si no lo echaba ellos lo descuartizarían. Buscaban mi consentimiento para hacerlo. Incluso se remangó la camisa para

enseñarme la cabeza degollada que lleva tatuada.

—Oh. Y... ¿Va a echarlo?

El capitán abrió y cerró con calma uno de sus ojos. Y luego exhaló sobre mi cara el humo de su Navy Cut.

—No es más que una superstición.

—En eso tiene razón, solo son tonterías.

—Convertiremos al muchacho de los naufragios en un muchacho normal. O gana la superstición, o vencen las máquinas que manejamos.

—Entonces, ¿se trata de una especie de experimento?

—Un experimento sin sentido —dijo, riéndose.

Se produjo un silencio, como si hubieran levantado entre nosotros una pared de metal. El capitán exhalaba el humo color cobalto mientras yo seguía pensando la mejor forma de convencerlo.

—¿Cuánto tiempo llevas en este barco? —me preguntó de pronto.

—Si no me equivoco, un año. Vine justo por esta época.

—Cuando abordaste, ¿verificaste las máquinas?

—Claro que lo hice. Revisé hasta la última tuerca del motor.
¿Qué tiene eso que ver con esto?

—En ese momento, ¿encontraste en las máquinas algo que te hiciera pensar en una superstición, fuerza paranormal, fantasma, monstruo o principio sobrenatural?

—Bueno... No, por supuesto. Todas las máquinas de este barco se mueven según la lógica de la ciencia moderna.

—¿Incluso ahora?

No contesté.

—Está bien. Hasta un niño podría entenderlo: si me demuestras a través de la lógica que ese muchacho tiene el poder de atraer los tifones, tomados o arrecifes, lo echaré ahora mismo. De hecho, ¿no se supone que la navegación se basa en la física y química que rige este mundo? Los que no creen en ellas, los que no confían en los

cálculos matemáticos que usamos para manejar el barco, esos mequetrefes no deberían haber subido a bordo.

Me di por vencido. No se me ocurría ni una sola palabra de réplica. Me sentí tan avergonzado que bajé la cabeza.

—No te deprimas, caray. ¡Oye, Ichirō Ina! ¡Sube aquí!

Llamó con la mano a un joven vestido de azul. El muchacho había salido del camarote del capitán con una bandeja de plátanos.

El capitán le entregó la caja de té negro tibetano que yo le había comprado y le ordenó:

—Lleva esto a mi cabina y prepáralo con agua destilada. El Jefe del Infierno y yo vamos a tomarlo.

Cuando abrió la puerta con el letrero «CAPTAIN», un fuerte tufo golpeó mi cara: parecía tratarse de una mezcla de alcohol, sustancias ácidas y alcalinas e incluso ozono. Las esquinas estaban tan llenas de cosas como un dentista o una barbería. Había vitrinas de cristal para guardar fármacos, documentos por todas partes, vasos de precipitación, retortas, delicados instrumentos metálicos, láminas de cobre, plomo y zinc, incluso distintos tipos de alambres, tanques de oxihidrógeno, un soplete eléctrico, una balanza y hasta un barómetro, todo ello amontonado; así era la cabina del capitán del *Alaska-Maru*. Debajo del reloj había dos pistolas plateadas realmente grandes que solo se podían conseguir en México o en las montañas de Kentucky. Las armas colgaban sobre un gancho atornillado y tenían cargadas diez balas de verdad.

Voy a desviarme de la historia, pero quisiera hablarles un poco del capitán del *Alaska-Maru*. Por supuesto, estaba soltero y odiaba a las mujeres tanto como el alcohol. Casi nunca iba a tierra firme. A pesar de su apariencia, tenía el título de doctor en Ciencias de una universidad de Francia famosa por su carrera de Química Aplicada. Era un loco de los inventos. Tenía al menos diez patentes, quizá veinte, no estoy seguro. El invierno pasado donó todos sus derechos y su gigantesca fortuna a una asociación de ayuda a los marineros. Poco después, falleció de cáncer de estómago. Perdimos a una gran persona.

En el segundo año de la era Meiji estaba obsesionado con la creación de una batería pequeña, ligera e inagotable. Cada vez que hacía alguna prueba dejaba sin electricidad todo el barco: se apagaban las luces, o estallaban los fusibles. Cuando no conseguía avanzar en su trabajo, subía a cubierta con sus dos pistolas; apuntaba a la bandada de aves marinas que rodeaban el mástil y disparaba. Entonces se reía a carcajadas y regresaba corriendo a su laboratorio. En aquellos momentos, nadie se le acercaba.

A veces llevaba a cubierta unas hojas de cálculo llenas de fórmulas complicadas en las que había trabajado durante semanas y, después de decir «Gracias», las arrojaba una a una para que el viento se las llevara. Decía que no importaba, que solo necesitaba verlas una vez para recordarlas. Lo cierto era que, cuando venían a inspeccionar el barco, se detenía junto a las máquinas y recitaba de memoria un centenar de números, dejando perplejos a quienes habían hecho los cálculos. Y no solo eso: cuando aparecían submarinos alemanes, o el *Emden*, solo necesitaba mirar un mapa para decir, «Ya lo entiendo. Ya sé dónde está su base, cuáles son sus sistemas de comunicación y su velocidad». Nadie hacía cálculos como él.

Por eso, cuando comparé al capitán con Ina, el muchacho, que estaba pelando un plátano en una esquina del cuarto, pensé que eran tan opuestos como el Polo Norte y el Mar del Sur.

Ina llevaba la cabeza rapada y parecía una *bhikkuni*^[60]. Su piel tenía el color de las aceitunas, llevaba el rabillo del ojo pintado y sus labios parecían de fresa. Sus abundantes pestañas, los párpados marcados, las cejas pobladas y largas en forma de media luna, la nariz afilada, la piel pálida que bajaba desde sus lóbulos y su nuca hasta sus hombros... Todos esos detalles lo hacían tan sensual como una mujer. El uniforme azul marino con cordones dorados se ajustaba perfectamente a su cuerpo, pero con un kimono habría parecido una jovencita. Entendía por qué los *ketō* querían acostarse con él... Mientras pensaba eso, el mocoso se giró hacia mí e inclinó la cabeza, mirándome como si fuera un simple pordiosero. Luego

me mostró una sonrisa de color durazno, como una joven que acaba de ver a su novio. Me sentía incómodo.

Noté un escalofrío. Por un momento imaginé que de la oscuridad a la espalda del mocoso iba a aparecer un terrible monstruo para atacarme.

Tomé té negro y comí plátano, y a continuación regresé a mi tierra natal, el infierno: la sala de máquinas. Cuando me marché, Ina sonrió de manera femenina. Parecía un muñeco. Prefería quedarme rodeado de chusma en la sala de máquinas a tener que ver el rostro tierno y perverso del muchacho.

Cuando volví a mi lugar de trabajo, el odio y el temor de los marineros hacia el joven Ina eran tan inmensos que superaban todas mis expectativas. Habían planeado algo por si el capitán insistía en que el muchacho siguiera a bordo. Me contaron que, en cuanto salieran a alta mar, lo usarían como camada para tiburones. El marinero más veterano, Kane «el Rajado», vino a verme para contarme el resultado de su negociación.

Tenía los dientes superiores muy salidos, por eso también lo llamaban «el Dientes». En su cabeza rapada podía verse una cicatriz que iba desde la frente hasta la nuca. Además, en uno de sus brazos, que era tan grueso como los muslos de un hombre normal, tenía un tatuaje de una mujer decapitada mordiendo un cuchillo. Se sentó sobre mi cama y me mostró su tremenda dentadura.

—Perdona que te moleste, jefe. ¿Has estado en el camarote del capitán?

—Sí, de allí vengo. ¿Qué problema tienes?

—Quería saber qué te ha dicho sobre el mocoso... Yo he intentado convencerlo, hablando en representación de los marineros, por eso me gustaría saber qué te ha dicho.

—Pues gracias, pero no me ha dicho nada.

—¿No le has explicado el asunto?

—Sí, lo he intentado, pero no me ha dado una respuesta. El capitán...

—No me digas. Entonces, ¿no te ha respondido?

—No. Ya sabes cómo es.

—No te habrá dicho que tenemos que tratar bien a ese mocoso, ¿verdad?

—No seas idiota. Aunque lo hubiera hecho, me habría negado.

—¿No será una represalia hacia el *Empress China*?

—Por supuesto que no. El capitán no puede creerse que estemos temblando de miedo por un mocoso.

—Bien. Me ha quedado claro. Ahora entiendo lo que pretende.

—No seas tonto, ¿qué dices? El capitán no pretende pasar por encima de vuestros sentimientos. Pronto lo entenderás.

—No, no estoy diciendo que el capitán se haya equivocado. En este barco, en el mar, él es Dios; por eso no dudo de él. El que me da mala espina es el muchacho. Me molesta que intente viajar en este barco sabiendo lo que ha ocurrido las veces anteriores. Lo normal sería que no quisiera acercarse al mar, jefe.

—En eso tienes razón. Teniendo en cuenta su pasado, lo más sensato sería que evitara navegar, pero no es más que un niño. No creo que haya embarcado con la intención de provocar una desgracia.

—Si el barco se hunde, eso es lo que ocurrirá.

—Oye, no digas eso. Deja esto en mis manos.

—Quisiera, pero no puedo. Los demás no me lo perdonarían. Si siente lástima por él, échelo de inmediato. Yo, cuando lo veo, siento náuseas.

—¡Qué cosas dices, caray!

—No estoy loco, jefe, lo digo en serio. Cuando este barco se aleje del muelle, tenga por seguro que las horas del mocoso estarán contadas... Por eso se lo estoy diciendo.

—Está bien. Yo me encargo.

—¿Qué piensa hacer?

—Si consigo que nadie muera y que el barco no se hunda no habrá quejas, ¿verdad? Yo me encargaré de ese mocoso.

—Está bien. Si tanto insistes, jefe, nos mantendremos alejados de él. Sin embargo, no pongo la mano en el fuego por el resto de marineros. De hecho, el muchacho forma parte de la tripulación de cubierta.

—Lo sé. Soy consciente de ello.

—Muchas gracias. Disculpa que me haya entrometido. Perdonadme vosotros también, compañeros.

Me saludó con una reverencia y subió a cubierta. La sala de máquinas era la guarida de los tipos duros a los que no les importaba perder la vida. Hasta entonces, ningún marinero había venido nunca con una queja. De hecho, mis hombres se habían acercado a mi camarote para escuchar nuestra conversación. No les había gustado que Kane, que pertenecía a la cubierta, bajara a pedir cuentas a su jefe, pero les había agradado que bajara la cabeza y dijera: «Perdonadme vosotros también, compañeros».

De este modo, el *Alaska-Maru* zarpó de Shanghái llevando a bordo a un mocoso cuya vida estaba en peligro. No tuvimos ningún problema. Atravesamos Moji hasta llegar a Kōbe. Después, fiel a su espíritu aventurero, el capitán hizo que el gigantesco navío de siete mil toneladas atravesara las aguas turbulentas del estrecho de Naruto para ahorrarse seis horas de navegación. Y aunque eso hizo temblar al chico del SOS, llegamos a Yokohama sin ningún incidente.

Después de descargar el cargamento de algodón indio y maderas tropicales, llenamos el barco de barriles llenos de telares de algodón que teníamos que llevar a Vancouver. Además, para estar preparados para los mares bravos de Alaska, nos cargamos de provisiones. Normalmente tardábamos dos o tres días en hacer todo eso, pero recibimos un telegrama urgente desde Vancouver pidiéndonos que zarpáramos en veinticuatro horas. Estábamos realmente atareados. Para rematar, debido a unas obras de construcción en las calles de Yokohama no pudimos contratar ayuda extra, por lo que el transporte del carbón hasta la sala de máquinas fue literalmente un infierno.

Acabo de decir que se trató de un infierno, pero los que nunca han formado parte de una tripulación no pueden comprender a qué me refiero. Como nos dirigíamos a Alaska, y la travesía era complicada, teníamos que cargar más carbón de lo acostumbrado. No sabíamos qué nos íbamos a encontrar y necesitábamos estar preparados. El espacio en las bodegas era estrecho y peligroso cuando se iba tan cargado; un paso en falso podía romper los huesos.

Para llegar a ellas había que pasar por un reducido espacio ubicado detrás de la cocina cuyas vigas metálicas lo hacía parecer una pecera. Pasaban por allí las tuberías del vapor, que estaban tan calientes que aturdían a los hombres, incapaces de respirar. Además, se quemaban si las rozaban. Se añadía al calor todo el polvo del transporte del carbón y el hecho de que estuviera iluminado con una tenue luz roja. Después de hacer dos o tres viajes con las cestas cargadas de carbón, al salir al aire frío de la cubierta se mareaban y se les doblaban las piernas; aquellos hombres fuertes como ogros terminaban tirados por los suelos. Cuando alguno se desvanecía, sus compañeros tiraban de él hasta uno de los laterales del barco para mojarle la cabeza con las mangueras con las que sacaban el agua del mar. Después le daban un par de golpes. Los que aún respiraban recuperaban el conocimiento y se incorporaban de inmediato, sobresaltados.

Era una crueldad, pero también inevitable; teníamos un número limitado de hombres y poco tiempo.

Mientras supervisaba la carga del carbón en el embarcadero de Yokohama, bajo la llovizna, se me acercó corriendo mi segundo. Tenía un bigote como el de Chaplin, estaba empapado en sudor y llevaba el mono totalmente cubierto del polvo negro del carbón.

—No podemos seguir, señor, nos falta gente. Haga algo, por favor.

—Idiota, ¿no sabes que nos ha sido imposible contratar gente?
—le grité.

—Ya lo sé, pero ¿no podrían ayudarnos los de cubierta? —me preguntó con angustia.

—Los de cubierta también están ocupados.

—El protegido del capitán está jugando.

—Ese mocoso no os servirá.

—La gente se está quejando, señor. Ese muchacho no hace nada más que ir de un lado a otro con la bandeja del té. Van a despedazarlo.

—Entonces ve a decírselo al capitán.

—Bueno, es que... Me da miedo, señor.

—Está bien. Se lo diré yo.

Estaba tan cansado que la charla con mi segundo me había enfurecido. Crucé la pasarela rápidamente y corrí al camarote del capitán. Este estaba como siempre, bebiendo su té negro con expresión infranqueable. El problemático Ina estaba cortando una tortilla sobre la mesa de experimentos.

Con ambas manos en el interior de mi mono de trabajo, me quedé observando a aquel mocoso al que no parecía importarle nada.

—Necesitamos ayuda. ¿Puede cedernos al muchacho?

Ina palideció de repente. Parecía asustado; nos miró alternativamente con los ojos muy abiertos. Le temblaban los dedos. El capitán dejó el té negro que estaba bebiendo.

—¿Qué quieres que haga? —me preguntó.

—Nos falta gente para cargar el carbón. Mis hombres se están quejando. Lo siento, pero tenemos que...

—¿No puedes contratar a alguien?

—Imposible; tenemos que terminar el trabajo en menos de veinticuatro horas. Los hombres están agotados y...

La frente del capitán se llenó de arrugas. Se limpió los labios delicadamente con una servilleta blanca, se incorporó lentamente y contempló al joven Ina. El muchacho estaba pálido y tenía los ojos llenos de lágrimas. Miraba fijamente al capitán.

Aunque su expresión se mantenía fría como el acero, yo podía notar la preocupación del capitán. El hombre parpadeó dos veces y me miró.

—No hay problema —me dijo.

Asentí sin decir nada más.

El capitán se giró hacia Ina con los ojos tan brillantes que parecían de cristal.

—Está bien... Ve —le dijo con decisión.

—¡Ah...! —gritó el joven, asustado, antes de salir disparado del camarote del capitán.

Cuando recuerdo aquel alarido, aquel estruendo cargado de sufrimiento, aquella voz que parecía venir del otro mundo... Acordarme de esa voz me da escalofríos. El muchacho sabía lo terrible que era la carga del carbón y presentía el terrible destino que le aguardaba.

Sin embargo, no pudo escapar. Kane me había seguido para ver qué ocurría y estaba en la puerta del camarote. Cuando Ina salió, abrió sus grandes brazos y lo atrapó.

—¡Ay! ¡Ay, ay! ¡Socorro, salvadme! ¡Me iré del barco, lo prometo, pero salvadme, por favor!

—No chilles que no te vamos a hacer nada —le dijo Kane, riéndose—. Mientras nos ayudes con el trabajo, no habrá ningún problema.

—Lo siento, va a tener que disculparme. Es que mi madre... mi hermana... las dos están solas en casa...

Ina lloraba y gritaba, agitando brazos y piernas sobre la cubierta mojada.

—¿Qué dices, mocoso? No te preocupes, yo me encargaré de ti; no dejaré que nadie te toque. Pero, si no me haces caso, te esperará esto.

Kane le mostró una pala rusa enorme. Luego levantó en el aire al muchacho, que había unido las manos para rezar.

—Le haré caso, señor. Le juro que sí. Bájeme, por favor. No me mate.

Mientras Kane reía a carcajadas, tanto el capitán como mi segundo y yo observábamos con gesto serio.

—Venga, a trabajar.

El joven Ina bajó por la escotilla con los hombros encogidos bajo la llovizna. Era una imagen patética.

Después de eso, no volvimos a verlo.

Pasamos por el cabo de Inubō y, cuando nos alejamos del faro de Kinkasa, la famosa niebla de Hokkaidō se hizo más densa. Como no dejaban de hacer sonar el silbato, el manómetro no aumentaba. La velocidad era insuficiente.

El primer piloto, el capitán y yo nos reunimos en el comedor para tomar un té negro con whisky.

—La niebla ha llegado antes de lo acostumbrado.

—¿Cree que habrá algún iceberg cerca? La neblina es densa.

—Hace frío. En días así no hay nada mejor que el té negro con whisky.

—Ahora que ha dicho té negro: capitán, ¿Ichirō Ina está en su puesto?

El rostro del capitán era inescrutable; parecía un ídolo de madera. Sin decir nada, negó con la cabeza.

—Qué raro. No lo he visto desde Yokohama.

—Yo tampoco. Desde que te lo cedí no he sabido nada de él.

—Oiga, yo no tengo ninguna responsabilidad. Se lo llevó Kane, usted mismo lo vio.

—No lo habrá echado, ¿verdad? —preguntó el primer piloto, palideciendo.

—No creo. El muchacho estaba dispuesto a bajarse y Kane no se lo permitió.

—Además, si lo hubiera hecho, al menos se habría despedido.

—Uhm. Puede que siga en el barco, escondido en algún lugar —dijo el capitán con una sonrisa fría.

Como siempre que las bolas de vidrio que tenía por ojos brillaban, sentí un escalofrío. Me terminé el té y me incorporé.

Aquella charla llegó a oídos de toda la tripulación. Todavía no sé cómo.

—Buscadlo. Y, en cuanto lo encontréis, arrojadlo al mar. Es un inútil.

Varios hombres estaban formando alboroto, pero Kane parecía tranquilo.

—¿Por qué creéis que sigue en el barco? Escapó. No podría estar a bordo sin beber ni comer —señaló a todos.

A partir de ese momento no volvió a hablarse del tema, pero la duda sobre su paradero se mantuvo en la mente de todos. Los marineros no dejaban de buscarlo, en los pasillos estrechos y en los rincones más oscuros de cubierta.

La niebla que cubría el barco era cada vez más densa y oscura.

Habían pasado ya dieciséis días desde que salimos de Yokohama y llevábamos recorridas tres mil millas de la ruta del Gran Círculo. En el momento en el que teníamos que poner rumbo este-sudeste, el capitán y los pilotos empezaron a discutir. Yo estaba preocupado por el consumo de carbón. Disminuí las veces que tocábamos el silbato a una tercera parte y reduje la velocidad de ocho millas por hora a la mitad. Aquella masa gigantesca de siete mil toneladas avanzaba a paso de tortuga.

—Oye, ¿sabes dónde estamos?

—Tienes razón. ¿Dónde estamos?

Continuamente escuchaba este tipo de conversación, aunque no podía saber quién era porque la niebla era tan densa que no podía verme la punta de los dedos.

—Sin el sonido del silbato parece que estamos más solos, caray.

—¿Estaremos cerca de las islas Aleutianas?

—Quién sabe. Ni idea. No se ve el sol ni las estrellas. El sextante no sirve de nada.

—¿Dónde estaremos?

—Quién sabe. ¿Dónde estaremos?

En ese momento, el fox terrier del viejo cocinero empezó a correr por la cubierta y se detuvo de pronto mirando hacia proa. Comenzó

a olfatear y a ladrar.

—Oíd. ¡Tierra, tierra! —gritó el cocinero.

Tenía razón; el oleaje cambió y se acercaba a nosotros la silueta de una isla.

—Oh... Tierra firme. Estamos en un embrollo.

—¡Retroceded! ¡*Go astern!* ¡Tierra, tierra!

—Tenemos un problema, maldita sea. Vamos a chocar...

La cubierta bullía como si alguien hubiera pisado un hormiguero; el barco comenzó a retroceder de inmediato y, finalmente, lograron parar la inercia de siete mil toneladas y nos alejamos de la costa. Al ver que la proa se había salvado por un pelo, toda la tripulación dejó escapar un suspiro de alivio.

—Ha estado cerca, maldita sea.

—El cabrón del jefe de máquinas ha racionado tanto el vapor que el silbato no ha sonado cuando nos hemos acercado a la costa.

—¿Qué isla será?

—Tal vez Saint George.

—¿Tú has estado alguna vez?

—Sí, en una ocasión fui a recoger un avión.

—¿Qué? ¿Has dicho Saint George?

—Sí. No creo que esté equivocado. Recuerdo muy bien cómo impactaban las olas.

—No seas idiota. Si se tratara de Saint George, significaría que estamos en mitad de las islas Aleutianas.

—Sí. Con la niebla hemos debido de adentrarnos en el mar de Bering.

—Anda ya, ¿por qué iba a tomar el capitán esa ruta tan absurda?

—El chico del SOS ha debido maldecirlo. Estamos en aprietos.

—Pero si el mocosito ya no está aquí...

—Claro que está, escondido en algún lugar del barco. Me han dicho que una noche lo vieron entrar en el camarote del capitán.

—¡Qué asco! ¿En serio?

—Claro que sí. Lo más sorprendente es que, según el cocinero, el muchacho es en realidad una mujer. ¿Conoces a Yoshiko Kawashima? Pues es como ella. El cocinero dice que los capitanes *ketō* acostumbran a hacer pasar por muchachos a sus concubinas.

—Ah, entiendo. Creo que ya me queda claro el asunto.

—Por eso. Yo creo que el espíritu protector de este barco nos abandonó hace ya un buen rato.

—Ay, qué calamidad. Esto me da escalofríos.

—Los hombres dicen que, cuando encuentren al mocoso, lo descuartizarán para calmar la ira del espíritu protector de este barco. En la caldera, en menos de cinco minutos sería ceniza.

—No comprendo lo que tiene en mente el capitán.

—Pues le dijo al jefe de máquinas que los rumores sobre el muchacho solo eran una superstición, y que si sus cálculos eran correctos nada malo nos pasaría.

—¿Y qué le contestó él?

—Le dio la razón y se retiró.

—Le faltaron agallas.

—El capitán está al mando y no es inusual que actúe de un modo extraño, pero cuenta con el apoyo de sus hombres y son muchos los que aceptarían cualquier decisión que tomase.

—En eso tienes razón.

—Así que, cuando lleguemos a Vancouver, aparecerá esa mujerzuela travestida y el capitán nos dirá: «Vaya, ¿qué os parece?», y nos echará en cara nuestra superstición pues habremos llegado sanos y salvos. Seguro que piensa ponemos en ridículo, a nosotros y a los *ketō* que tan asustados estaban.

—Menudo malnacido. Qué calamidad. Somos nosotros los que nos jugamos el pellejo.

—Pues sí. Pero al capitán le gustan este tipo de cosas.

—Hasta el jefe de máquinas está de su lado.

—Sí. Aunque en este caso, no sé a dónde nos va a llevar.

—Pues sí. Aunque sus cálculos sean correctos, perder la cabeza no será bueno para su trabajo.

—Tienes razón. De hecho, hace un rato estuvimos a punto de estrellarnos.

—Maldita sea.

Al escuchar a hurtadillas esta conversación, me sentí tan mezquino que no pude decirles nada. Regresé a la sala de máquinas a través de la niebla. Puede que fuera superstición, pero me sentía como si me hubieran rodeado la cabeza con una pesada cadena...

Pasaron tres días después de eso. Un cambio en el sonido de las olas me despertó a medianoche. Pensé que nos habíamos unido a la corriente cálida que recorría la costa de Alaska y me sentí aliviado, así que me levanté de la cama.

En ese momento recibí una llamada desde el puente para poner a toda potencia el motor que estaba a medias. La niebla empezó a disiparse y apagamos las luces. La sala de máquinas recobró la alegría. En el auricular resonó la voz del primer piloto.

—¿Cómo vamos de carbón?

—Nos da para llegar a San Francisco. ¿Ya se ha disipado la niebla?

—Todavía no. Se ve mejor, pero todavía cubre el cielo. Por eso no podemos hacer cálculos con las estrellas.

—No sabemos dónde estamos ni hacia dónde tenemos que ir.

—No, pero creo que ya estamos a salvo. Hace un rato me ha parecido ver la constelación de Casiopea. La suerte nos sonríe.

—¿Qué pasó al final con la alerta?

—Ya no hay peligro. El capitán está de muy buen humor. Dice que cargaremos salmones y cangrejos en Vancouver. Después iremos a San Francisco, y más tarde a Hawái.

—Qué alivio.

—Pasaremos la Navidad en Hawái.

—A mí me da igual, que hagan lo que quieran.

El buen humor se disipó en cuanto se despejó la niebla.

Amaneció despejado. Al salir aquel sol que llevábamos tanto tiempo sin ver, nos dimos cuenta de que el barco estaba más lejos

de lo que habíamos calculado. Se había desviado hacia el norte, lejos de Vancouver, junto a la bahía del Almirantazgo, en dirección a las cimas nevadas de San Elías y el monte Fairweather. Nos quedamos anonadados al verlo; los cálculos del capitán y los pilotos, así como mi estimación de las provisiones, habían sido totalmente erróneos.

Y no solo eso.

Cualquier persona que haya viajado en barco por los mares de Alaska puede imaginar, aunque sea un poco, lo grandes y terribles que son las olas en aquel lugar, tan extraordinarias que ninguna descripción les haría justicia. El oleaje era tan fuerte que parecía poder echar abajo los cinco mil metros de altura del monte San Elías. Aunque el *Alaska-Maru* era un buque de carga muy grande, las posibilidades de supervivencia allí serían las mismas que sobre un miserable tronco.

Una ola nos elevó y vimos ante nosotros el San Elías. Casi parecía que podíamos tocarlo. El día estaba tan despejado que habríamos podido ver las hormigas que subían la montaña. Justo en ese momento, caímos bruscamente desde la cumbre de esa gran montaña de agua. Al girarme y ver la espuma que habían dejado las hélices sobre las olas, empecé a pensar que aquel barco de siete mil toneladas solo pesaba mil.

En ese momento alcanzamos el fondo del acantilado y de inmediato nos alcanzó por la proa una ola gigantesca. El barco se hundió y la cubierta quedó inundada. Como la base de la embarcación era tan pesada, cuando la golpeaba una gran ola no podía emerger fácilmente. Desde las ventanas de los camarotes solo se veía azul, como si fueran acuarios. Mientras estábamos bajo las olas, se hizo la oscuridad. Después oímos el rechinar de las tablas y de la sobrequilla debido a la presión del agua. Aunque sabíamos que, en teoría, aquel buque podía resistir la presión, no nos sentíamos tranquilos. Solo respirábamos aliviados cuando subíamos a la cima de la ola, pero de nuevo bajábamos en caída libre hacia el acantilado. Después de repetir esto mil o diez mil

veces en un solo día, terminé tan agotado que caí rendido en mi cama.

—Atención, jefe de máquinas —me llamaron desde el camarote del capitán.

—Soy yo. ¿Qué ocurre?

—¿Podrías incrementar la velocidad?

—Podría pero ¿por qué?

—Me lo pide el primer piloto porque no avanzamos nada.

—Vamos a dieciséis nudos. Es la velocidad a la que mejor va el barco.

—Te he dicho que aumentes, así que hazlo.

—¿Cuánto quiere?

—Dame dieciocho.

—Es la velocidad máxima.

—Sí. ¿Aún queda carbón?

—Todavía queda, señor. Tenemos suficiente para cuatro o cinco días si avanzamos a la velocidad máxima.

—Bien.

La comunicación se cortó en ese momento y, de pronto, se oyó un fuerte estruendo que hizo retumbar la base del barco. Aunque la diferencia era apenas de dos nudos, parecía que la fuerza de las olas se había duplicado. Además, no se trataba solo del gasto de carbón, sino del modo en el que el barco golpeaba las olas.

El día terminó rápidamente, pues estábamos en una latitud alta. La aurora boreal apareció en la popa, como una candileja de la constelación de Cerbero. La aurora se unió a las olas que parecían montañas y durante toda la noche mordió la espuma blanca que subía y bajaba. Cuando llegó la mañana pálida, la proa del barco seguía señalando el San Elías y el Fairweather. No sabía si había continuado en esa dirección todo el tiempo o si habíamos vuelto al mismo lugar durante la noche.

Justo cuando los pilotos empezaban a poner excusas, apareció un sol brillante y blanco. Se veía la orilla a la perfección y una vez

más habríamos podido ver la sombra de las hormigas en la falda de la montaña.

El capitán parecía un poco sorprendido por la situación. Subió al puente y se quedó contemplando el sol como si fuera algo curioso. Junto a él estaba el primer piloto, temblando de frío.

—¿Hemos retrocedido?

—Sí, señor, las olas nos han hecho retroceder. Los dieciocho nudos no han sido suficientes.

—No puede ser.

—Aunque no quiera admitirlo, señor, esa es la realidad. Este oleaje no es comparable al que vimos el año pasado.

—A mí me parece igual.

—No, señor. Es realmente distinto.

Mientras el primer piloto y el capitán discutían estas tonterías, subí las escalerillas.

—Ya... ¿No podemos aumentar más la velocidad, jefe de máquinas? —me preguntó el capitán con una expresión que habría podido competir en dureza con las rocas del San Elías.

—Imposible, las válvulas están a tope.

—Estamos en un aprieto.

Era la primera vez que le escuchaba decir algo así.

—Todo esto es muy raro. ¿Es posible que estemos experimentando algún fenómeno extraño?

—¿No habrá sido porque subimos a bordo a ese mocosito? Si lo hubiéramos echado... —dijo en voz baja el primer piloto.

—Aunque hubiera sido así, ya no está en nuestro barco.

El capitán no dijo nada. Hizo una mueca y usó sus prismáticos de dieciocho aumentos para observar el San Elías.

Tras acordar que estábamos en una situación peliaguda, nos retiramos. Tres días después, seguíamos frente al Fairweather y el San Elías. Aquella situación misteriosa estaba empezando a afectarme. Mi cerebro no podía más y me sentía poseído por una especie de misticismo que me aceleraba los latidos del corazón. Una extraña fuerza me apresaba el alma.

El primer piloto y yo volvimos a reunirnos con el capitán en su camarote.

—Jamás había oído que la velocidad de la corriente caliente que sube hacia el norte pudiera cambiar, señor —le dijo el piloto en tono acusatorio.

Como si no importara, el capitán exhaló el humo de su Navy Cut.

—Ya, pero no hay nada que explique cómo es posible que una corriente cambie para empujar un barco que navega a dieciocho nudos por hora —dijo, como si fuera un científico.

Yo asentí mientras encendía mi Enchantress.

—Sea como sea, el caso es que nos estamos quedando sin carbón.

El primer piloto puso los ojos en blanco y asintió.

—¿No...? ¿No habría algo en el equipaje de ese mocoso? ¿Es posible que lo dejara en el barco, señor?

El capitán cerró un ojo, frunció los labios y se rio con crueldad. Sin embargo, el primer piloto se puso serio y empezó a fisgonear por el camarote. Miró incluso debajo de la cama donde estábamos sentados el capitán y yo, pero solo había revistas científicas de Alemania y Francia. No encontró ni rastro de aquel muchacho.

De repente, el barco se quedó inmóvil, como si fuera presa de un hechizo que le impidiera moverse. Nos estremecimos. La tripulación al completo estaba temblando.

El barco no se movía... Era la maldición del chico del SOS.

El sol se deslizaba por el cielo azul y despejado y el viento soplaba frío, tranquilo pero cortante. Sin embargo, nosotros estábamos naufragando, como un trozo de jaspe siendo arrastrado por las grandes olas.

No podíamos movernos en ninguna dirección y no tenía sentido enviar una señal de petición de auxilio. Aquello no tenía ninguna lógica. Se trataba de un naufragio sin precedentes.

—Escuchadme: echad a las calderas todo el carbón que podáis. Si es necesario, añadid el algodón que llevamos en las bodegas. Si

no es suficiente, tendréis que quemarme a mí. Vamos. A toda máquina, vamos...

Apenas quedaba carbón. Estábamos en la situación inversa: ya no sufríamos cargando el carbón, como en Yokohama, sino que nos rompíamos la cabeza buscándolo. Reunimos todo lo que pudimos en la sala de máquinas, pero entonces mi segundo, el que llevaba el bigote como Chaplin, entró tambaleándose en mi camarote.

—Tenemos un problema, señor. Hemos encontrado el cadáver del muchacho.

—¿Qué? ¿Cómo dices? ¿El cadáver de Ina?

—Sí, así es, señor. ¡Menudo susto! ¿Podría darme un vaso de agua?

—Venga, toma. Mira que eres cobarde, maldita sea. ¿Dónde estaba?

—¡Menudo susto! Estaba detrás de la cocina, sobre el montón de carbón que había allí. Lleva el uniforme azul marino con cordones dorados del *Empress China* y la cabeza rapada; aunque es casi un esqueleto, no hay ninguna duda de que es él.

—¿Has dicho esqueleto?

—Sí. Allí hace mucho calor, por eso creo que se pudrió muy rápido. No había ni una mosca, pero olía muy mal.

Subí las escaleras en silencio y llegué a los camarotes de los marineros de la cubierta. Me detuve en la puerta y grité enfurecido:

—¡Escuchadme! ¿Dónde está Kane? El Rajado, el que tiene el tatuaje de la decapitada...

Alguien habló desde un rincón oscuro donde había una litera.

—¿Qué pasa? —preguntó, adormilado—. Ah, es usted, Jefe del Infierno.

—Perdona, ¿podría hablar un momento contigo?

—Ajá. Así que al final lo han encontrado.

—Guarda silencio —le dije, y señalé con la mirada el comedor de los marineros.

Kane me dio un cigarro cuya boquilla estaba rodeada de un papel dorado. No dejaba de rascarse la cabeza.

—Lo escondí por temor a la policía de Yokohama.

—¿Lo mataste mientras transportaba el carbón?

—Así es. No lo tenía planeado, pero como todos decían que era una mujer, quise averiguarlo.

—¡Maldito idiota! ¿Y bien? ¿Era una mujer?

—No lo sé. Intenté quitarle la ropa, pero se puso muy agresivo.

—Es comprensible, caray... ¿Qué pasó luego?

—Se abalanzó de repente y, mira... Me mordió aquí.

Kane se remangó el mono y la camisa para enseñarme el bíceps de su brazo izquierdo, que estaba vendado.

—Aún lo tengo hinchado, y me duele.

—Menudo idiota. ¿Qué pasó luego?

—Se me subió la sangre a la cabeza. Pensé que, si lo echaba de aquí, subiría a otro barco llevando la desdicha con él; el único modo de impedirlo era deshaciéndome de él. También era la forma más rápida de averiguar si era un hombre o una mujer. Justo cuando ya me había decidido, abrió la boca que tenía llena de sangre como si fuera a devorarme. Me dijo que yo era un demonio, y yo le dije que lo era él. Entonces me dijo que se lo contaría al capitán, y supe que no podía dejarlo con vida. Lo agarré por el cuello y...

—¡Eres peor que un animal! ¿Y era una mujer o no?

—Resultó que era un hombre.

—No puede ser. ¡Qué imbécil eres! Y luego, ¿qué pasó?

—Pues nada. Estaba tan cansado que dejé el cuerpo allí.

—¿Por qué no lo arrojaste al mar?

—Mi intención era hacerlo cuando nadie me viera, pero me sentía mal por ti y por mis compañeros. Además, cuando fui a hablar con el capitán en Shanghái, me dijo que podía matarlo si quería...

—Espera un momento. ¿Te dijo que podías matarlo?

—Así es. Me dijo que podía hacerlo siempre que no sacara ni un solo pelo suyo del barco. Que no acabaría el viaje si lo hacía. Me lo dijo con una expresión tan siniestra que sentí mucho miedo. Era la primera vez que lo veía así.

—Ya veo. Qué extraño.

—Así es. Yo no entendía nada. El caso es que, si me hubiera pillado tirándolo por la borda, habría perdido mi trabajo. O peor, me habría disparado con esas dos pistolas. Por eso lo dejé ahí. Esa fue la razón. No he dejado de pensar en lo ocurrido, pero la situación a bordo se ha vuelto tan tensa que no podía hacer nada más. He estado a punto de volverme loco. Ya he recibido mi merecido. Perdóname, aunque sé que no soluciono nada con una disculpa.

—Ya no tiene solución. Baja y ocúpate de inmediato del cadáver. Yo voy a hablar con el capitán para poner punto final a este asunto.

—¿De verdad, jefe?

—No me gusta repetir las cosas dos veces.

—Gracias, muchas gracias. Bajaré ahora mismo. Ah, ¡qué alivio!

—Imbécil... Siéntete aliviado cuando lo hayas arreglado.

Kane partió el cadáver en dos con una pala y subió a cubierta con dos cubetas grandes llenas. Al arrojar los huesos por la borda, una parte de los huesos cayó sobre sus pies. El marinero palideció y gritó, asustado.

—*Namuamidabutsu* —dijo, lanzando lejos los huesos.

Después de eso, no tuvimos ningún problema más y llegamos rápidamente a Vancouver.

¿Cómo nos habíamos quedado varados? Era incomprensible.

Pero lo raro de la historia viene ahora.

Mientras observaba el perfil del capitán, no pude evitar sentir que había perdido su humanidad. Era como si alguien hubiera adherido sobre su semblante un papel *shibugami*. Debajo de la frente tenía incrustadas unas bolas de cristal, sus grandes ojos. La boca parecía una alargada pipa de marinero. Tenía los codos apoyados en la baranda del puente de mando, bajo el cielo azul de otoño, contemplando la nieve blanca que cubría el muelle de Vancouver. Más allá brillaba una hilera de luces. Estábamos a punto de llegar.

El muelle estaba lleno de gente preocupada por los cinco días que se había retrasado el *Alaska-Marú*. Nos esperaban con ansia.

—El muchacho nos maldijo incluso después de su muerte.

De pronto, el capitán se giró hacia mí y me miró. Se quitó los dientes postizos y soltó una enorme carcajada.

—Ha sido un experimento divertido. Realmente hay cosas que superan a la ciencia, ¿eh?

(1934)

Notas

[1] Compañero de estudios o trabajo de mayor edad. <<

[2] Espacio elevado de los cuartos japoneses tradicionales. <<

[3] Instrumento de cuerda japonés. <<

[4] Muñeco japonés de la buena suerte que representa una especie de samurái sentado con traje azul. Se llama así a las personas cabezonas. <<

[5] Pinturas xilográficas japonesas. <<

[6] Monstruo que aparece en los mares. <<

[7] En el budismo, «este mundo» en contraposición con el más allá.

<<

[8] Figura de piedra, que suele representar a una deidad budista y actúa como patrón de los desamparados y protector de las almas condenadas. <<

[9] Arroz blanco acompañado de verdura o pescado. Al final se le pone té verde. <<

[10] Sacerdote budista. <<

[11] Altar de veneración budista presente en muchos hogares japoneses. Tiene la forma de un mueble de madera con dos puertas. <<

[12] *Okayu* es un tipo de arroz cocido en agua con distintas legumbres. Generalmente, se sirve caliente y espeso. <<

[¹³] *Tatami* es una estera rectangular gruesa generalmente hecha de paja de arroz y juncos. <<

[14] Pantalón largo de tela gruesa. <<

[15] En francés en el original. <<

[¹⁶] Shōzan Sakuma (1811-1864), pensador y político japonés. <<

[17] Kimono masculino que se usa en festividades importantes. <<

[18] En inglés en el original. <<

[19] En francés en el original. <<

[20] En francés en el original. <<

[21] Es el séptimo día desde que alguien muere. En los funerales budistas, es el día en el que el monje acude a orar. <<

[22] En francés en el original. <<

[23] El salvelino (*Salvelinus alpinus*), también llamado trucha alpina o trucha ártica. <<

[24] Prostituta de alto rango. <<

[25] Instrumento de viento tradicional. <<

[26] Literalmente significa «los mares del sur», lo que ahora sería el sudeste asiático y algunas islas de Oceanía. <<

[27] Término egipcio que significa «los que responden» y son pequeñas estatuas que, en el Antiguo Egipto, se depositaban en la tumba del difunto. La mayoría estaban hechos de fayenza, madera o piedra aunque los más valiosos estaban tallados en lapislázuli. <<

[28] Zona residencial de Tokio cerca del Palacio Imperial. <<

[29] Bosque ubicado en el actual barrio de Yawata, en Ichikawa, Chiba. Se dice que está encantado. <<

[30] Monstruo japonés. Suele usarse como sinónimo de gigante. <<

[31] Salón inaugurado en 1883 por el canciller Kaoru Inoue. El edificio fue demolido en 1943. <<

[32] Período histórico en el que hubo una guerra civil entre los señores feudales por el control político de Japón. Comenzó en 1467 y terminó en 1568. <<

[33] Festividad budista en la que se venera a los ancestros y difuntos.

<<

[34] Utamarō Kitagawa, pintor japonés (1753-1808). <<

[35] Hace referencia a samuráis al servicio directo del *shōgun* durante el período Edo (1603-1867). <<

[36] Un *goku* son 150 kg de arroz y se estimaba que era la cantidad que una persona consumía al año. <<

[37] Grupo de samuráis que tenían una riqueza menor de tres mil *goku* que realizaban trabajos ordinarios y muchos estaban «desempleados». <<

[38] Se le conoce como pargo negro japonés (*Acanthopagrus schlegelii*). <<

[39] Uno de los siete dioses de la fortuna en Japón. Carga un pargo en sus brazos o se le dibuja pescando un pargo. <<

[40] Instrumento musical japonés de tres cuerdas, similar a un laúd.

<<

[41] Pez japonés (*Sillago japonica*). <<

[42] Reinado del emperador Meiji (1868-1912). <<

[43] Se refiere a un famoso actor de *kabuki*. <<

[44] Destilado de caña. <<

[45] Variedad del vino de arroz considerada muy sofisticada en la época Edo. Su fabricación la hace muy parecida al oporto. <<

[46] Tipo de música popular en los últimos años de la época Edo. <<

[47] En la época Edo, *nobotei* era un tipo de caña de pescar hecha de una vara de bambú. <<

[48] Calcetines tradicionales que mantienen separados el pulgar del resto de los dedos. <<

[49] Caja que se colgaba o guardaba en el cinturón de los kimonos varoniles donde se solían guardar cosas pequeñas. <<

[50] Río que tienen que cruzar en el budismo los muertos cuando van al más allá. <<

[51] Arte marcial. <<

[52] Oración budista. <<

[53] Literalmente significa cantos cortos. Se trata de un género de poesía tradicional conformado por cinco versos. <<

[54] En el Japón feudal, un *rōnin* era un samurái sin un amo a quien servir. <<

[55] Queso de soja. <<

[56] Pez japonés (*Plecoglossus altivelis*). <<

[57] Significa «Imágenes del mundo flotante». El término hace referencia a un arte gráfico que floreció en el período Edo (1603-1867), en el que por medio de la xilografía, se retrataban escenas de la vida cotidiana. <<

[58] Papel de color café que se usa para troquelar. <<

[59] Literalmente significa «personas con el pelo de colores». Es una forma despectiva de llamar a los occidentales. <<

[60] Monja budista. <<